



HARLEQUIN

DESEO™

Secretos
del Sur



JANICE MAYNARD

UN CONTRATO DE SEDUCCIÓN

DESEO _____

JANICE MAYNARD
Un contrato de seducción



<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Janice Maynard
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un contrato de seducción, n.º 177 - mayo 2020
Título original: A Contract Seduction
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Por el bien del legado familiar, tenía que sellar un acuerdo matrimonial. Con una esperanza de vida de seis meses, Jonathan Tarleton debía asegurar el negocio familiar con un matrimonio de conveniencia. Había persuadido a su guapa y eficiente secretaria, Lisette Stanhope, para que fuera su esposa, convencido de que su proposición no tenía nada que ver con el deseo de hacerla suya. Pero su compromiso iba a tener que superar una prueba de fuego...

Capítulo Uno

Tumor. Incurable. Cáncer.

Jonathan Tarleton apretaba con fuerza el volante y miraba sin ver por el parabrisas. El tráfico en la carretera 526 de circunvalación de Charleston era ligero a aquella hora del día. Aun así, no debería estar conduciendo. Seguía impactado y lo único que quería era llegar a casa. Como un animal herido en busca de su guarida, necesitaba esconderse y asumir lo inimaginable.

Por suerte, su hermana acababa de casarse y vivía con su marido, el mejor amigo de Jonathan. Si se hubiera dado de bruces con Mazie en la enorme casa de la playa, se habría dado cuenta al instante de que le pasaba algo. Los hermanos estaban muy apegados.

En circunstancias normales, ni Jonathan ni Mazie seguirían viviendo en la casa en la que se habían criado, pero su padre era viejo y estaba solo. Muchos de sus amigos se habían ido a vivir a residencias en las que estaban acompañados y atendidos, pero Gerald Tarleton se aferraba a aquella fortaleza que era su casa en una isla barrera.

Jonathan entró en el garaje y apoyó la frente en las manos. Se sentía débil, asustado y furioso. ¿Cómo demonios iba a sacar aquello adelante? Era el único que se ocupaba de la compañía familiar de transportes. Aunque el nombre de su padre todavía figuraba en el membrete, Jonathan era el único que se encargaba de aquel imperio.

Su hermano gemelo debería estar allí para ayudar, pero no se sabía nada del paradero de Hartley. Después de robar varios millones de dólares a la compañía, su padre lo había desheredado y apartado de sus vidas.

Su traición le había afectado mucho. Era un dolor interno que le reconcomía de la misma manera que la enfermedad. Su padre y él eran los únicos que sabían lo que había pasado. No habían querido entristecer a Mazie

ni alterar la opinión que tenía de su hermano.

Con mano temblorosa, Jonathan apagó el motor, y en cuanto el aire acondicionado dejó de funcionar la humedad empezó a filtrarse en el coche. Los veranos en Carolina del Sur eran muy calurosos.

Recogió sus cosas y subió a la casa. Por razones de seguridad, los Tarleton tenían allí dos despachos con la tecnología más puntera, además de los que tenían en la sede de la compañía. No solo era una forma de garantizar la privacidad, también de que Jonathan mantuviera informado a su padre. No se sentía cómodo en aquella situación, y tenía un apartamento en la ciudad al que se escapaba de vez en cuando.

Para un hombre de treinta y un años, casi treinta y dos, su vida social era prácticamente nula. De vez en cuando salía con alguna mujer, pero pocas de ellas comprendían sus exigencias. Dirigir el impresionante imperio familiar era para él todo un privilegio y también una maldición. Ni siquiera recordaba la última vez que se había sentido unido a una mujer, ya fuera emocional o físicamente.

Pero hacía aquellos sacrificios con agrado. Estaba orgulloso de lo que los Tarleton habían logrado allí en Charleston y quería ver su ciudad prosperar.

Se detuvo unos segundos en el salón para contemplar el océano. El sol de junio se reflejaba en sus aguas y la vista desde aquellos enormes ventanales siempre le había parecido espectacular. Hasta aquel día. En ese momento, la inmensidad del mar parecía estar burlándose de él. Los seres humanos no eran más que pequeñas partículas del universo infinito.

Los viejos clichés eran ciertos. Afrontar la mortalidad de uno mismo lo alteraba todo. El tiempo, ese recurso que siempre había considerado una materia prima inagotable, era de pronto máspreciado que cualquier cosa atesorada en la cámara acorazada de un banco.

¿Cuánto tiempo le quedaba? Los médicos le habían dicho que seis meses, tal vez un poco más, tal vez un poco menos. ¿Cómo iba a contárselo a su hermana? ¿Y a su padre? ¿Qué pasaría con la empresa familiar? Mazie tenía sus propios intereses, su propia vida. Ella sería la única dueña del negocio, una vez que Jonathan y Gerald desaparecieran. Teniendo en cuenta que nunca había demostrado el más mínimo interés por participar en la gestión de Tarleton Shipping, tal vez acabara vendiendo el negocio. Eso supondría el final de una era, pero quizá fuera lo mejor.

La idea le resultaba dolorosa. Hasta ese día no se había dado cuenta de lo

vinculado que estaba emocionalmente a la compañía. No era solo un trabajo para él. Era un símbolo del lugar que ocupaba su familia en la historia de Charleston.

Momentos más tarde encontró a Gerald Tarleton dormitando en un sillón del cuarto de estar y no quiso despertarlo. Se sentía devastado y fuera de control. Además, le dolía mucho la cabeza.

Aquellos dolores habían comenzado hacía un año. Al principio, eran esporádicos, pero poco a poco se fueron incrementando. Un médico le había llegado a decir que eran por el estrés, otro los había calificado de migrañas.

Había seguido una docena de tratamientos sin conseguir mejorar. Ese día, su médico le había dado un puñado de píldoras y la receta para conseguir más. Podía tomarse una, meterse en la cama y dormir hasta que aquel dolor punzante desapareciera.

Pero eso no resolvería los grandes problemas.

La idea de dejarse llevar por el efecto de los medicamentos era muy tentadora. No quería soportar un minuto más de aquel día tan horrible. Pero se dirigió a la cocina, tomó un vaso de agua y se tomó un par de pastillas de acetaminofén.

Tenía responsabilidades, responsabilidades que no le llevaban a ninguna parte. Lo único que había cambiado era el tiempo que le quedaba.

Jonathan siempre había crecido trabajando bajo presión. La descarga de adrenalina por conseguir lo imposible le hacía esforzarse al máximo. Esa cualidad lo ayudaría a soportar los siguientes meses.

Acababa de tomar su primera decisión después del diagnóstico: mantendría en secreto la noticia por el momento. No había razón para entristecer a su familia y amigos.

Lo primero que tenía que hacer era trazar un plan. Una serie de ideas empezaron a formarse en su cabeza, cada una más absurda que la anterior. Tenía que haber una respuesta. No podía permitir que cuando llegara el ocaso final, todo se fuera a la ruina.

Necesitaba tiempo para asimilar aquella espada de Damocles que colgaba sobre su cabeza. Ni su dinero ni su poder ni su influencia podían salvarle de aquello.

Lisette Stanhope introdujo el código de la alarma, esperó a que la verja se

abriera y avanzó lentamente con su coche por la propiedad de los Tarleton. A pesar de que llevaba seis años trabajando para Jonathan Tarleton, no dejaba de maravillarle aquella casa.

Los Tarleton llevaban décadas viviendo en la punta de una pequeña isla barrera al norte de la ciudad. En sus seis hectáreas se levantaban la casa principal y varias construcciones repartidas a su alrededor.

Una imponente verja de hierro protegía el enclave. El acceso desde el mar era imposible por el enorme muro de ladrillo que se había levantado en la arena. Aunque la playa era pública, impedía que se pudiera acceder a la propiedad de los Tarleton tanto para evitar curiosos como por motivos de seguridad. Los huracanes y la erosión hacían que el mantenimiento del muro fuera muy caro, pero el actual patriarca de los Tarleton era por naturaleza paranoico y desconfiado, por lo que la seguridad era una preocupación constante.

Cuando vio el coche de Jonathan aparcado, el corazón se le encogió. Normalmente no estaba en casa a esa hora del día. Tenía pensado entrar, saludar a Gerald y dejar el sobre que llevaba en el bolso en el escritorio de Jonathan.

Podría haber llevado a cabo aquel trámite en las oficinas de la sede donde trabajaba, pero prefería hacerlo en un entorno más discreto. La decisión de presentar su renuncia le producía un nudo en el estómago. Jonathan se quedaría perplejo o se pondría furioso.

Cuando leyera su carta, le pediría una explicación. Ya lo había pensado y había estado practicando su discurso: la rutina, nuevos desafíos, más tiempo para viajar... Frente al espejo, le había resultado casi convincente. Aquello le provocaba una gran desazón, teniendo en cuenta lo buenos que habían sido con ella Jonathan y su familia.

La madre de Lisette había sufrido una apoplejía cuando estaba estudiando su postgrado. Durante casi siete años, Lisette había tenido dos empleos y se las había arreglado para traer comida a la mesa y pagar un sueldo a las mujeres que le ayudaban a cuidar de su madre.

Su vida había cambiado completamente seis años atrás, cuando había sido contratada por Tarleton Shipping. El buen sueldo y el paquete de beneficios habían aliviado sus problemas económicos, y le habían permitido pasar tiempo de calidad con su madre.

Después de que su madre tuviera una segunda apoplejía y muriera en

otoño, Jonathan había insistido para que se tomara su tiempo en pasar el duelo y arreglar los asuntos de su madre. Pocos jefes en el mundo empresarial eran tan generosos.

Ahora, Lisette estaba a punto de pagarle aquel detalle tan considerado abandonándolo a él y a su compañía. Seguramente no se lo esperaba, pero era su única opción.

Quería casarse, tener hijos y llevar una vida normal. Seguir fantaseando con su jefe no iba a ayudarla a hacer realidad aquellos sueños. Necesitaba empezar de cero, tener la oportunidad de conocer a otro hombre y olvidarse de Jonathan de una vez por todas. Su vida amorosa llevaba tanto tiempo arrinconada que no sabía por dónde empezar, pero no le cabía duda de que tenía que pasar página.

El corazón le retumbaba en el pecho. No quería tener que enfrentarse a él. La culpabilidad y otros sentimientos podían echar a perder su plan.

Tras introducir el código y abrir la puerta, entró en la casa. Todo estaba en silencio. Tal vez Jonathan no estaba allí después de todo, tal vez algún amigo lo había recogido o estaba con Mazie y J.B.

No le sorprendió encontrarse a Gerald Tarleton dormitando en su butaca favorita. Lisette pasó de puntillas con cuidado para no despertarlo. Si Jonathan no estaba, podría entrar y salir sin tener que ver a nadie.

En los pisos superiores estaban las habitaciones de la familia. Al fondo de la planta principal, mirando hacia el camino de acceso, había dos despachos tan bien equipados como los que tenían en el centro de la ciudad. El más pequeño era el de Lisette. Había empezado a trabajar para Tarleton Shipping en contabilidad y rápidamente había ido subiendo en el organigrama hasta convertirse en la secretaria de Jonathan, un puesto que llevaban ocupando los tres últimos años. Su misión era hacer todo lo posible para que su vida fuera más fácil.

Y se le daba bien, muy bien.

De un vistazo confirmó que no había nadie en ninguno de los dos despachos. Estando allí, sus dudas aumentaron. Buscó en su bolso el sobre arrugado y lo sacó. La puerta entre los despachos estaba abierta.

La noche anterior había redactado y corregido varias veces la carta. Le parecía una cobardía presentar su renuncia por carta. Jonathan se merecía oír de sus labios su decisión, pero temía que le hiciera cambiar de decisión.

Le sudaban las manos. Una vez dejara la carta, no habría vuelta atrás. Justo

cuando se dirigía hacia su escritorio para dejar la carta, se oyó una profunda voz masculina a sus espaldas.

–Lisette, ¿qué estás haciendo?

Sobresaltada, se dio la vuelta y se las arregló para ocultar el sobre en el bolsillo de la falda.

–Jonathan, me has asustado. No esperaba encontrarte aquí.

–Vivo aquí –le recordó, ladeando la cabeza y sonriendo.

–Sí, claro –replicó secándose el sudor de las manos en las caderas–. Como no habías ido a la oficina, pensé que podría encontrarte en casa. Ya sabes, por si me necesitas –mintió.

Jonathan no parecía prestar atención a lo que decía. Estaba pálido y parecía tenso, distraído.

–Jonathan, ¿te pasa algo?

Era imposible que supiera lo que tenía en mente.

–No está siendo un buen día –respondió mirándola fijamente.

–Lo siento. ¿Puedo hacer algo?

Tal vez el destino le había salvado de elegir un mal momento. No tenía el aspecto de que se fuera a tomar bien su resignación.

–No lo sé –respondió lentamente, como si estuviera algo confuso.

Su comportamiento empezaba a preocuparla. El Jonathan que conocía era rápido e ingenioso, un jefe brillante que dirigía con mano de hierro una compañía gigantesca sin dejar de ser escrupulosamente justo.

–¿Qué está pasando? –preguntó sin poder evitar tocarle el brazo–. ¿Hemos perdido el acuerdo con Porter?

–No –contestó él, y revolvió entre los papeles de su mesa–. Te mandé unos correos electrónicos anoche. ¿Por qué no te ocupas de eso? Luego tengo que dictarte unas cartas.

Se llevó la mano a la cabeza e hizo un gesto de dolor. Cada vez estaba más pálido.

Lisette sabía que sufría dolores de cabeza. Trabajaban codo con codo y sabía que aquellos dolores llevaban acompañándolo varios meses ya.

–¿Has tomado algo?

–Sí, pero todavía no me ha hecho efecto.

–¿Por qué no subes y te acuestas un rato? Desvía tu móvil a este teléfono. Te avisaré si surge algo urgente.

A pesar de que no parecía estar en su mejor momento, Jonathan Tarleton

era guapo y carismático. Transmitía la sensación de tenerlo todo bajo control. Era sorprendente e inquietante verlo tan vulnerable.

–Una hora, no más. Pondré la alarma del teléfono.

Jonathan subió la escalera lentamente mientras asumía la realidad. La situación no iba a mejorar. Podía buscar otra opinión, pero ¿para qué? Ya había visitado a muchos médicos y había sido en las últimas pruebas cuando había conocido el diagnóstico definitivo.

Al llegar a su dormitorio maldijo para sus adentros, asumiendo que tenía que tomar las pastillas. Tenía que pensar con claridad y, en aquel momento, la cabeza le retumbaba como un tambor.

Se tumbó en la cama y se quedó muy quieto a la espera de que la medicación hiciera su efecto. Le tranquilizaba saber que Lisette estaba abajo. Aunque no se durmió, dejó que su cabeza divagara. Poco a poco su cuerpo se fue relajando. El estrés era un asesino silencioso.

Pensar en Lisette le resultaba reconfortante a la vez que le excitaba. Hacía tiempo que formaba parte de su vida. Su código ético le impedía dejarse llevar por la atracción que sentía por ella. Eran compañeros de trabajo, nada más. En algunas ocasiones lo había lamentado, pero ahora se alegraba. Necesitaba tener cerca a alguien que pudiera ser objetivo con lo que estaba por venir.

Lisette tenía un carácter afable. Su capacidad y habilidad para resolver cualquier situación le había ganado desde el principio. Le confiaba todo, desde negociaciones de alto nivel hasta datos financieros.

Para algunos hombres podía pasar desapercibida. Su melena morena y su personalidad eran discretas. Tenía una figura muy femenina, pero no se vestía para impresionar. Su parte más sexy era su cerebro. Siempre le estaba desafiando, lo que le obligaba a estar al quite. Podía afirmar que era tan capaz como él, aunque lo suficientemente prudente como para no excederse en sus funciones, algo que a Jonathan no le habría importado que hiciera.

Sabía que podía encontrar trabajo en cualquier otra compañía del país o del extranjero, y por eso le tenía asignado un buen sueldo, para demostrarle lo mucho que la apreciaba. También le había dado más responsabilidades a la vista de su lealtad hacia Tarleton Shipping.

La tensión de sus músculos fue cediendo gradualmente. El dolor de cabeza

era ya una molestia más que una tortura. Según se fue encontrando mejor, una idea surgió en su cabeza.

¿Y si convencía a Lisette para que lo sustituyera los días en que no se sintiera bien? Nunca sabía de un día para otro cómo iba a estar. Si delegaba en Lisette la toma de decisiones, podría relajarse mentalmente.

Incluso algo mejor, ¿y si le pedía que se encargara de Tarleton Shipping hasta la siguiente generación? Tenía cabeza y don de gentes, y se sentía implicada con la compañía. Además, así podría posponer el anuncio a su familia. La perspectiva de causar dolor a las personas que amaba le atormentaba. ¿Cómo iba a darles una noticia como aquella? Podría matar a su padre. Mazie y J.B. estaban teniendo problemas de fertilidad y no quería preocuparles.

El médico le había dicho que tal vez viviera algo más de seis meses. La clave estaba en comer bien y descansar mucho. Jonathan estaba dispuesto a luchar, pero las probabilidades no jugaban a su favor. Si curarse estaba descartado, lo único a lo que podía aspirar era a contar con el tiempo suficiente para asegurar su legado y el futuro de la compañía. Cuanto más pensaba en los próximos meses, más convencido estaba de que Lisette era la clave de todo.

Se levantó y se pasó las manos por el pelo. Después de lavarse la cara con agua fría, se quedó mirando su reflejo en el espejo. Había sufrido golpes muy duros en su vida, pero aquel era el peor. Sopesó las consecuencias de contarle a Lisette su secreto. No podía soportar que sintiera lástima o compasión por él.

Tenía que poner reglas y dejar que fuera ella la que decidiera si quería tomar parte en todo aquello. Si decía que no, ya vería cómo se las arreglaría.

Cuando bajó la escalera, habían transcurrido dos horas. Los dos despachos estaban vacíos. Se encontró a Lisette sentada en una otomana, charlando con su padre. Siempre procuraba pasar un rato con el viejo y hacerle sentir especial.

Gerald Tarleton había sido padre a una edad madura. Ese era el motivo por el que Jonathan, a sus treinta y un años, cargaba con la responsabilidad de dirigir una compañía tan grande.

Entró en la habitación y se quedó contemplándolos.

—¿Qué, hijo, has estado durmiendo la siesta? Creía que eso solo lo hacía yo.

Jonathan le revolvió el pelo a su padre y se sentó en el reposabrazos del sofá.

–Tenía un dolor de cabeza terrible, pero ya estoy mejor.

–¿De verdad? –preguntó Lisette, preocupada.

–De verdad –asintió–. Papá, vas a tener que disculparnos. Lisette y yo tenemos que revisar unos asuntos antes de que se vaya a casa.

–Por supuesto. Además, quiero asegurarme de que la cocinera tiene preparada la comida. A las seis vienen los chicos a jugar al póquer.

Los que Gerald llamaba chicos eran de su edad. Jonathan se alegraba de ver que su padre volvía a relacionarse. Tanto Mazie como Jonathan lo habían estado animando para que saliera más de la casa. Había estado muy deprimido durante el invierno, pero ya parecía recuperarse.

Lisette siguió a Jonathan hasta su despacho.

–Ya me he ocupado de todo lo que me pediste. ¿Necesitas algo más? Si no, te veré mañana en la oficina.

Jonathan se quedó mirándola fijamente. Lisette tenía todo lo que le gustaba en una mujer. Era guapa, perspicaz, divertida y sexy de una manera que para algunos hombres pasaría desapercibida. ¿Cuál era la finalidad del plan? ¿Salvar el negocio familiar o dar rienda suelta a su libido?

Estaba a punto de averiguarlo.

Capítulo Dos

Jonathan tenía que aprovechar la oportunidad, pero no sabía cómo reaccionaría Lisette. Nunca se había sentido nervioso a su lado, pero era lógico que lo estuviera teniendo en cuenta que estaba a punto de darle una nueva perspectiva a su relación. Era la única persona fuera de su pequeño círculo familiar a la que podía confiar no solo sus secretos sino el futuro de su compañía y de su legado personal.

Aquella idea tan precipitada suponía una enorme carga para ella y debía exponérsela con mucho tacto. Tal vez fuera una idea estúpida.

Lisette lo miró con curiosidad.

–Necesito hablar contigo –le dijo lentamente–, pero no aquí. No se trata de trabajo, o al menos no exclusivamente.

–No entiendo –replicó confusa.

–Puedo pedirle a alguien de recursos humanos que esté presente en esta conversación, si eso te hace sentir más cómoda.

–¿Vas a echarme? –preguntó abriendo los ojos de par en par.

–No, ¿estás loca? ¿Cómo iba a echar a la mejor empleada que tengo?

–Entonces, ¿de qué se trata?

Jonathan tragó saliva.

–¿Quieres cenar conmigo? Podemos ir a algún lugar de la costa donde no nos conozcan. Quiero hablar contigo de algo importante. Aun así, no quiero aprovecharme de tu amabilidad, así que puedes decir que no.

Lisette sacudió la cabeza lentamente, con gesto precavido.

–Nos conocemos de hace mucho tiempo, Jonathan. Me parece bien ir a cenar, no necesitamos carabina. Si hay algo que quieras contarme, estoy dispuesta a escucharte.

–Gracias.

–¿Voy bien vestida? –preguntó, reparando en su falda caqui y su blusa sin mangas.

Él asintió lentamente.

–Podemos hacer un pícnic en lugar de ir a un restaurante. Así tendremos más privacidad y nadie podrá escuchar nuestra conversación.

Aunque era evidente que Lisette estaba nerviosa, no se opuso.

–Lo que prefieras. ¿Quieres que conduzca? Lo digo por las pastillas que has tomado.

–No, esta vez no. No haría nada que pudiera ponerte en peligro.

Después de despedirse de Gerald salieron de la casa. Jonathan metió un par de sillas de playa en el todoterreno. Resultaba extraño ir juntos en el coche. Por su lenguaje corporal era evidente que Lisette no acababa de entender sus intenciones.

Mientras conducía por la costa, fue dando forma a su plan. Treinta minutos más tarde llegaron a un pequeño pueblo pesquero y aparcaron junto a un quiosco de comida cerca del muelle. Pidieron dos cucuruchos de gambas y unas limonadas para llevar.

–Te imaginaba más de cerveza que de limonada.

Él se encogió de hombros.

–No puedo beber alcohol después de haber tomado la medicación para el dolor de cabeza.

–Ah, es verdad, lo siento.

Jonathan recordó un rincón de la playa que no solía estar concurrido.

Tal y como se había imaginado, había mucho espacio libre para estar a solas.

Llevó las sillas mientras que Lisette se ocupaba de la comida y las bebidas. La marea estaba baja, así que eligieron una zona cerca de una poza para instalarse.

Una suave brisa soplaba desde el mar. El agua estaba de color gris y el cielo veteado escarlata, a apenas un par de horas para la puesta de sol. Ninguno de los dos dijo nada mientras abrían las bolsas de la comida.

Jonathan se recostó con un suspiro. Llevaba toda la vida viviendo cerca de Charleston. El mar formaba parte de él, la arena, el cambio de mareas. ¿Por qué pasaba tanto tiempo encerrado trabajando?

Era la naturaleza humana, dar por sentadas las cosas. Después de todo, el mar siempre estaría ahí, pero nunca se le había pasado por la cabeza que él

no.

Una sensación de angustia lo invadió. No quería morir, no era justo. Sentía que acababa de empezar a vivir, pero si el final estaba cerca, quería que Lisette protegiera su reputación y todo aquello por lo que tanto había trabajado.

Estaba comiendo a su lado, con la mirada perdida en el horizonte. ¿En qué estaba pensando?

Tenía que contarle su idea, pero ¿cómo decírselo? Le parecía ridículo. «Escucha, me queda poco tiempo de vida, pensé que deberías saberlo».

Una parte de él deseaba echar a correr por la playa y no parar. Tal vez si corría lo suficientemente rápido el ángel de la muerte no lo alcanzara. Tal vez aquello no fuera más que un mal sueño.

Lisette se echó hacia delante y dejó su vaso en la arena, asegurándose de que quedaba en vertical. Metió los desperdicios en una bolsa y cerró los ojos a la vez que se recostaba.

–Me ha gustado –dijo–. Estaría bien cenar todos los días en la playa.

–No es mala idea.

Se hizo el silencio entre ellos, pero no resultaba incómodo. El sonido de las olas fue relajándolos, borrando la tensión del día.

–Bueno, ¿y cuál es ese secreto? Cuéntamelo, Jonathan.

Sintió que el estómago se le encogía. El mentón se le tensó.

–Tengo un tumor cerebral. Es terminal.

Aquello le cayó como un jarro de agua fría. No, no podía ser verdad.

Se volvió para mirarlo. Las manos le temblaban sobre el regazo.

–¿Estás seguro?

Era una pregunta estúpida. Nadie diría una cosa así a menos que no estuviera seguro.

Su perfil igualaba la seriedad de su lenguaje corporal. Tenía la vista perdida en el mar.

–Desde luego –rio sin humor–. Esta mañana me han dado los resultados de las últimas pruebas.

–Cuánto lo siento –susurró ella.

–No sé cuánto tiempo me queda. Tampoco sé qué esperar, y por eso quería hablar contigo. No quiero contárselo todavía a mi familia. Pensaba que tú

podrías ser más neutral, más como una...

–¿Una amiga, una colega?

La imposibilidad de lo que le pedía la hacía sentirse aturdida.

–Eres más que eso –dijo él con voz grave–. Confío plenamente en ti. Quiero que des un paso al frente y tomes decisiones cuando tenga un mal día. Sé que es pedirte demasiado, pero te daré un puesto y te compensaré.

–¿No debería ocuparse Hartley?

Todavía no sabía por qué había desaparecido.

La expresión de Jonathan se volvió glacial.

–Mi hermano se ha ido y no va a volver, pero no quiero hablar de eso contigo.

–Tu familia tiene que saberlo. No puedes mantenerlo el secreto, Jonathan.

–Lo sé –replicó, aferrándose a los reposabrazos de la silla–, pero tengo que encontrar el momento adecuado. Esperaré todo lo que pueda.

Quiso discutirse, pero sabía que una vez que Jonathan Tarleton tomaba una decisión era imposible hacerle cambiar de opinión.

Estaba empezando a asumir la dimensión de lo que acababa de contarle. Se le rompía el corazón. Lo amaba y por eso había planeado marcharse. Pero ¿cómo decirle que no cuando la necesitaba?

–Me gustaría pensarlo –dijo ella–. No sé si quiero verme inmersa en las políticas de la empresa. Hay mucha gente que no se tomará bien esta situación.

–Soy el jefe. Se hace lo que yo diga.

–¿Y la junta directiva? ¿Y tu padre? ¿Qué pasará cuando estés demasiado enfermo para trabajar?

Las lágrimas le provocaron un nudo en la garganta, pero no podía llorar.

–Necesito dar un paseo –dijo ella.

–De acuerdo.

Se puso de pie también, se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa. Luego se descalzaron y se acercaron al borde del agua. Jonathan acompasó los pasos a los de ella. La luz del sol poniente brillaba sobre su cabello castaño. Escondía sus ojos marrones tras unas gafas de sol. Tenía los brazos bronceados y sus manos eran muy masculinas. Era un hombre muy atractivo y resultaba difícil imaginarse su carisma y vitalidad apagándose.

Media hora más tarde, la tensión había desaparecido y había dado paso a algo más: atracción. Al menos, por su parte. Estar con él de aquella manera le

producía un dolor físico. Sentía algo por él desde mucho antes de convertirse en su secretaria. El hecho de que estuviera fuera de su alcance la había ayudado a contenerse. Pero trabajar juntos día tras día había convertido aquellos sentimientos en algo más intenso y real.

No solo lo amaba, también lo admiraba y lo respetaba. Jonathan Tarleton siempre había tratado a sus empleados, ya fueran hombres o mujeres, con gran consideración.

Si algún defecto tenía, y seguro que tendría más de uno, era su actitud distante. Era reservado y nunca borraba la línea entre su autoridad y los que trabajaban para él. Esa circunstancia hacía que fuera más sorprendente lo que acababa de revelar.

Caminaban uno al lado del otro, lo suficientemente cerca como para rozarse las manos. La playa estaba casi vacía y estaba empezando a anochecer.

Lisette se detuvo, respiró hondo y esperó a que él hiciera lo mismo.

Él se volvió al darse cuenta de que se había detenido.

—¿Quieres volver a casa?

—Lo haré, haré lo que me pides.

—Creía que tenías que pensártelo.

—Tú y tu familia habéis sido muy buenos conmigo. Os debo el favor.

Jonathan se quitó las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo de la camisa.

—Lo que te estoy pidiendo es complicado y agobiante.

Agobiante. Al oír aquella palabra, sintió ganas de reír, pero no por diversión. Estar cerca de Jonathan durante semanas y meses minaría su fuerza emocional y su habilidad para fingir.

—Me siento halagada —dijo lentamente, tratando de no delatar sus secretos—. Me preocupas, Jonathan. Vas a tener que enfrentarte a días muy difíciles. Así que sí, te ayudaré en lo que pueda.

Advirtió cómo su pecho subía y bajaba. ¿Acaso pensaba que no aceptaría su propuesta?

—Gracias.

Lisette sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sin pensárselo, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Luego le dio un breve abrazo.

—Lo siento mucho.

Jonathan se quedó de piedra.

–Tengo normas.

–¿Eh?

–No me gusta que se compadezcan de mí, ¿entendido?

–De acuerdo. Pero cada vez que necesites ayuda, te la ofreceré. No me quedaré quieta dejándote sufrir si puedo hacer algo.

Él parpadeó. Al parecer ni el beso ni el abrazo lo habían sorprendido tanto como que le hablara con tanta beligerancia.

Una sonrisa asomó a sus labios.

–Llevo todo el día pensando que nada me volvería a hacer reír, pero me has demostrado que me equivocaba. Resulta que todo este tiempo tenía a mi lado a una leona disfrazada de gatita.

–Las cosas están a punto de cambiar entre nosotros –dijo sonrojándose–. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

Se echó hacia delante y le dio un suave beso en la mejilla.

–Sí, es lo que quiero.

Algo hizo que se le doblaran las rodillas. Por un momento, pensó que iba a desmayarse. Si así le afectaba un beso cariñoso de Jonathan, no quería imaginarse cómo sería uno apasionado.

–Entonces, está bien.

Jonathan la rodeó con su brazo y se volvieron.

–Es tarde. Tengo que llevarte a casa.

Sentía su piel cálida junto a la suya. Deseaba apoyar la cabeza en su hombro, pero no lo hizo. Algo había pasado en la playa. El vínculo con su jefe había pasado a ser más íntimo. Por desgracia, ni siquiera podía alegrarse del cambio porque significaba que lo estaba perdiendo.

De vuelta al coche, se limpiaron de arena los pies. Jonathan encendió el motor y la miró.

–¿Te apetece un café y algo dulce antes de volver?

Su corazón daba gritos diciendo que sí.

–Ha sido un día muy largo. Será mejor que no.

–De acuerdo –dijo e hizo una pausa antes de continuar–. Creo que no hace falta que te lo diga, pero debes prometerme que no hablarás con nadie de mi enfermedad. Si la verdad se sabe, el precio de las acciones se desplomará. Hasta que no tenga claro lo que voy a hacer, no quiero que se sepa nada.

–Entiendo. Te lo prometo.

Apenas hablaron durante el camino de vuelta. Sin la belleza del océano y la

playa para distraerlos, las consecuencias del diagnóstico de Jonathan le hicieron sentir triste. ¿Cómo era posible que aquello estuviera pasando? No era justo, ni para él ni para su familia ni para nadie.

Pero ¿quién decía que la vida era justa?

Cuando llegaron a casa de los Tarleton, ella se bajó del coche y se acercó al suyo. Bajo la tenue luz que iluminaba la casa, la expresión de Jonathan era lúgubre.

Se le veía valiente y solitario. No podía dejarlo así.

Rodeó el coche, se acercó a él y le abrazó por la cintura. En aquel momento no era su jefe. Era un hombre al borde de un precipicio, un ser humano que solo contaba con su valor y una fuerte determinación para afrontar los días que tenía por delante.

Al principio permaneció indiferente. Tal vez sus emociones lo habían empeorado todo. Pero al poco se estremeció, hundió el rostro en su pelo y se aferró a ella.

Sus lágrimas humedecieron su camisa.

–Lo siento mucho, Jonathan.

Permanecieron así largos segundos antes de que él se apartara.

–No llores por mí –dijo tomando una lágrima con su dedo–. Prefiero ser yo que otra persona. Seguramente me lo merezco.

Ella dio un paso atrás y se quedó mirándolo.

–No bromees. Esto no tiene nada de divertido.

–Tengo que reírme por no llorar.

–No te imagino llorando. Eres fuerte y tienes recursos. Eres muy hombre.

–¿Es así como me ves?

–Eres mi jefe –respondió ella encogiéndose de hombros–. Siempre te he mirado de la misma manera.

–¿Y ahora?

¿Era una pregunta con trampa?

–Eres humano, Jonathan, como el resto de nosotros, pero nunca te he visto así. Siempre he preferido verte como un superhéroe.

–Esto no será fácil para mí, y no me refiero a la parte física. La idea de perder el control me asusta.

–Aquí estaré, Jonathan. Pero tienes que contárselo a tu familia. Se sentirán muy dolidos si no lo haces y se enteran por otra vía.

Se metió las manos en los bolsillos.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

–Se lo diré, te lo prometo. Solo necesito un poco de tiempo para hacerme a la idea.

–¿Te has planteado ir a ver a un sacerdote? Tal vez te venga bien.

Tomó su mejilla con la mano. Su roce la hizo estremecerse.

–Te tengo a ti, Lisette. Eso me servirá.

Capítulo Tres

Lisette lloró hasta que se quedó dormida. Luego tuvo pesadillas. Se despertó al amanecer y sintió alivio unos segundos hasta que la realidad la asaltó: Jonathan se estaba muriendo.

Por suerte, no había presentado su dimisión antes de que le contara lo de su enfermedad. La necesitaba. Estaba decidida a darle todo su cariño y atención, pero sin que supiera que llevaba tiempo amándolo. Eso lo complicaría todo.

Había recurrido a ella porque era la única persona, aparte de su familia, en la que podía confiar.

Se había sentido triste al llegar a las oficinas del centro de la ciudad aquella mañana. Jonathan estaba en una videoconferencia con alguien de Inglaterra. Toda la planta bullía con el habitual trajín de proyectos y actividades.

Lisette disfrutaba trabajando en Tarleton Shipping. A pesar de lo difícil que había sido tomar la decisión de irse de allí, le resultaba imposible imaginarse aquel lugar sin Jonathan. Los nervios le hicieron llevarse la mano instintivamente al estómago.

Tenía que arreglárselas para comportarse como si nada fuera de lo normal hubiera ocurrido y, a la vez, observar el comportamiento de Jonathan y estar preparada para intervenir si la necesitaba.

El día anterior tenía que haber sido muy difícil para él. Recibir una noticia como aquella no era fácil para nadie. El hecho de que Lisette estuviera en su casa en un momento tan crucial podía haber tenido algo que ver con que le hubiera pedido que aceptara un papel tan personal y crítico.

Iba a ser difícil mantenerse indiferente sabiendo que estaba enfermo. No iba a poder evitar sentirse responsable sabiendo que su familia no sabía nada.

El día transcurrió con absoluta normalidad. La gente iba y venía, y Jonathan pasaba de un asunto a otro sin apenas hablar con ella.

Casi empezaba a pensar que lo de la noche anterior había sido un sueño.

De vez en cuando, sus miradas se encontraban y se establecía una conexión entre ellos. La sensación de complicidad la asustaba. Le había mostrado una faceta muy personal y no habría vuelta atrás.

Siempre había deseado un vínculo personal con Jonathan, pero no a aquel precio.

A la hora de comer, su amiga Rebekah la convenció para salir a dar una vuelta.

–Demos un paseo –le dijo–. Hoy no hace tanto calor y me apetece probar ese nuevo restaurante junto al mercado.

Lisette sintió la mirada de Jonathan clavada en su espalda al salir de la zona de los despachos de los altos directivos.

Rebekah la sacó de sus pensamientos mientras comían.

–¿Qué te pasa? –le preguntó frunciendo el ceño–. Apenas has dicho nada. ¿Te sientes bien?

–Sí, estoy bien –contestó Lisette–. Tengo muchas cosas en la cabeza.

–Acabo de darme cuenta de que hoy hace ocho meses que tu madre murió, ¿verdad? Lo siento, cariño.

Un sentimiento de culpabilidad invadió a Lisette. Su amiga había sido un gran apoyo en momentos muy duros.

–Me empiezo a acostumbrar a su ausencia. Cada día encuentro nuevos motivos para ser feliz. No creo que a mi madre le gustara que estuviera triste.

–Bueno, bien –dijo Rebekah–. Porque el amigo de Robbie que acaba de mudarse desde Memphis quiere conocerte. Pensaba que podíamos quedar a cenar el viernes por la noche.

Rebekah llevaba meses insistiendo en que tuviera citas. Entre el trabajo y el cuidado de su madre, apenas había tenido vida social. Después del tiempo transcurrido desde la muerte de su madre, tenía sentido que Lisette volviera a estar disponible.

El problema era que no quería conocer a un puñado de extraños para hacer realidad su sueño de casarse y tener hijos. El único hombre al que quería era Jonathan. Con aquella nueva situación tendría un poco más de él. ¿Sería suficiente para dejar de lado sus sueños?

–Claro –dijo, tratando de igualar el entusiasmo de su amiga–. Me parece buena idea.

Los dos días siguientes transcurrieron igual, al menos en cuanto al

comportamiento de Jonathan. No tenía aspecto de estar enfermo. Aparte de tomarse algún que otro analgésico, su piel bronceada y su energía parecían desmentir aquel diagnóstico.

El viernes por la tarde, Lisette se alegró de que Jonathan no estuviera en la oficina. Su nueva relación la ponía tensa. Fue todo un alivio caminar bajo los rayos del sol hacia su coche. Tenía el tiempo justo para ir a su casa, ducharse y cambiarse antes de encontrarse con Rebekah y sus amigos en el restaurante.

Se quedó sorprendida al encontrarse con su jefe en el aparcamiento. Parecía cansado, pero nada fuera de lo normal.

–¿Te vas? –preguntó.

–Son las cinco y media. ¿Necesitas algo?

–Pensaba que podíamos cenar juntos –dijo él–. Así podríamos hablar de cómo llevamos esta nueva situación en el trabajo.

Ella se sonrojó.

–Lo siento. Tengo planes.

–¿Una cita? –preguntó sorprendido.

–Es una pregunta personal.

Su evidente sorpresa lastimó su orgullo. Era cierto que había vivido como una monja mientras había estado cuidando de su madre. Y sí, era cinco años mayor que Jonathan. Pero no era ninguna paria.

–Siento haberte entretenido –dijo él en tono formal–. Nos veremos el lunes por la mañana.

La triste expresión de sus ojos le encogió el corazón. Estaba tan empeñada en protegerse, en evitar que le hiciera daño, que se había olvidado del infierno por el que estaba pasando.

–¡Espera! –exclamó al ver que se daba la vuelta–. ¿Te apetece comer conmigo el domingo? Te prepararé algo.

–Me parece estupendo –dijo esbozando una amplia sonrisa–. Pero no te compliques.

–En absoluto. Por cierto, me mudé después de la muerte de mi madre. Ahora vivo en un piso al norte de Charleston.

Su sueldo era generoso, pero no tanto como para vivir en el distrito histórico.

–Buscaré la dirección en tu expediente.

–¿Te parece bien a mediodía?

–Allí estaré.

Aquel inesperado encuentro suponía que iba a tener que darse prisa para llegar a casa y luego encontrarse con su amiga. Llegó al restaurante con dos minutos de sobra. Su cita resultó ser un tipo hablador, pero agradable. En otras circunstancias, habría considerado una segunda cita.

No dejó de pensar en Jonathan durante toda la cena. ¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo se sentiría?

–Bueno, ¿qué te parece? –le preguntó Rebekah cuando se excusaron para ir al baño–. Le gustas, es evidente.

–No sé, Rebekah –replicó Lisette mientras se lavaba las manos–. No es mi tipo.

Su amiga resopló.

–No tienes un tipo. Es la primera vez que consigo sacarte de casa. Al menos, dale una oportunidad. Al fin y al cabo, no estás con nadie.

–Tendré la mente abierta, te lo prometo.

Lisette había tenido cuidado de no mostrar sus sentimientos por Jonathan en el trabajo. Cuando había pensado presentar su carta de dimisión, iba a decirle a su amiga que necesitaba un cambio después de la muerte de su madre. Todas aquellas explicaciones ya no serían necesarias.

Pero habría otras preguntas cuando empezara a pasar más tiempo con Jonathan. Iba a tener que inventarse alguna historia para proteger su secreto. Si su ascenso se hacía de dominio público, la situación se volvería incómoda.

Por fin aquella interminable velada llegó a su fin. Nunca antes se había alegrado tanto de irse a casa y meterse en la cama. Aun así, no podía dejar de pensar en su jefe. Le había confiado a ella su secreto. No podía seguir fingiendo que no quería ser más que su apoyo en el trabajo.

Era un hombre tremendamente inteligente y muy decidido. Tenía un gran sentido del humor del que apenas hacía gala. Desde que su padre se vio obligado a dejar la presidencia de la compañía, llevaba una gran carga sobre sus hombros.

Lisette pasó todo el sábado pensando en lo que iba a cocinar y cómo iba a vestirse. Le aterraba que su jefe descubriera sus sentimientos. Si iba a ayudarlo, tenía que hacerle ver que aquello no era más que un trabajo.

El domingo por la mañana, incapaz de domar su pelo, se lo recogió en una coleta. No quería que pensara que para ella era una cita, así que se puso un par de vaqueros viejos, unas bailarinas negras planas y una camiseta. Un poco de brillo en los labios y rímel en los ojos completaban su atuendo.

Cuando acabó de preparar la salsa de tomate y la macedonia, se sintió mareada. ¿En qué estaba pensando? Debería haber presentado su dimisión tal y como había pensado.

Era particularmente débil cuando se trataba de su jefe. Tenía la oportunidad de estar con él de un modo que de otra manera no habría sido posible. Era una especie de intimidad, una peligrosa intimidad que ansiaba tanto como temía.

En vez de olvidarse de Jonathan, iba a enamorarse de él y acabaría con el corazón roto en mil pedazos. No podía corresponder a su amor y pronto saldría de su vida para siempre.

El timbre sonó a las once y cincuenta y nueve. Típico en Jonathan. La puntualidad era para él algo sagrado.

Abrió la puerta y se esforzó por sonreír.

–Buenos días, ¿o debería decir buenas tardes?

Las rodillas se le doblaron al percibir su olor. Llevaba una camisa de algodón blanca que resaltaba sus anchos hombros, con las mangas remangadas dejando ver sus brazos bronceados y musculosos. Un lujoso reloj destacaba en su muñeca.

Nunca antes lo había visto vestido tan informal, con vaqueros. Sus zapatos de piel llamaron su atención. Cuando se dio cuenta de que se estaba excitando pensando en los pies de un hombre, supo que estaba en apuros. Su atractivo y sexy invitado sonrió.

–Aquí huele muy bien.

Jonathan estaba sorprendido y trató de que no se le notara. ¿Qué había pasado con la remilgada mujer que llevaba sus asuntos con tanto aplomo? De repente, parecía una joven de veinte años. Apenas llevaba maquillaje y una coleta dejaba al descubierto su nuca.

Su blusa vaporosa resaltaba sus pechos generosos. ¿Y aquellos vaqueros estrechos? Cualquier hombre desearía poner sus manos en aquel trasero. Su libido, que llevaba tiempo apagada, parecía estar reviviendo a marchas forzadas.

¿Sería su reacción inapropiada? ¿Debería esforzarse por ignorar aquella atracción? O, teniendo en cuenta las circunstancias, ¿podía por fin acercarse a Lisette?

–Es un detalle por tu parte –dijo él–. Me gusta la comida casera.

Lisette se quedó mirándolo, arqueando una ceja.

–Tienes a las mejores cocineras y amas de llaves de todo el estado de Carolina del Sur.

–No es lo mismo que si una mujer cocina para mí.

No pretendía flirtear, pero no pudo evitar el comentario.

Lejos de sentirse ofendida, Lisette esbozó una tímida sonrisa.

–Siéntate en la mesa. Ya está todo casi listo.

Tomó asiento en una silla retro de los años cincuenta. El tablero de la mesa era de formica, en tonos blancos y azules. En el centro había un florero lleno de margaritas y había dispuestos unos manteles individuales amarillos con cubiertos y servilletas de tela.

–Me gusta tu piso.

–Gracias. Necesitaba un cambio después de la muerte de mi madre. Hay buen ambiente en el edificio y me gusta el barrio.

–¿Vive aquí el hombre con el que saliste el viernes?

Aquellas palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera evitarlo. Era una pregunta inapropiada de un jefe a una empleada, aunque perfectamente comprensible por parte de un hombre que sentía que lo estaba perdiendo todo. Toda su vida había cambiado. Esos sentimientos inapropiados que tanto tiempo había estado reprimiendo, estaban saliendo a la luz.

Lisette estaba de espaldas a él, espolvoreando los espaguetis con queso parmesano. Vio que se quedaba quieta, pero no se dio la vuelta.

–No, fue una cita a ciegas que organizó mi amiga Rebekah.

–¿Rebekah, del departamento de compras?

–Sí.

–Lo siento –dijo tamborileando con los dedos en la mesa–, me estoy metiendo donde no me llaman.

Ella se volvió. Su expresión era indescifrable.

–Esto no va a funcionar a menos que hablemos abiertamente. Dadas las circunstancias, entiendo que quieras saber más de mi vida. Si voy a ayudarte, tienes que confiar en mí.

–Y así es, confío en ti –replicó rápidamente.

–¿Pero...?

Lo retó con su medio sonrisa. Era evidente que se había percatado de su

ambigüedad.

–Creo que tenías razón cuando dijiste que la gente no comprendería por qué te doy carta blanca en la toma de decisiones.

Ella asintió lentamente.

–Resultaría extraño. ¿Quiere eso decir que has cambiado de opinión?

Él se levantó y comenzó a dar vueltas con las manos en los bolsillos. Cuestionarse a sí mismo era una novedad que no le agradaba. En casi cualquier situación era capaz de ir al grano y tomar una decisión. Pero eso era en los negocios.

–No he cambiado de opinión, pero he tenido tiempo para pensar en esto y he sacado algunas conclusiones.

–Parece importante –comentó ella, mientras servía un vaso de té helado para cada uno.

–Te lo contaré después de que comamos. Siempre pienso mejor con el estómago lleno. Y toma vino, no tienes por qué abstenerte por mi culpa.

–Resulta que me gusta el té helado. Y no es por presumir, pero me sale muy bueno. Mi abuela enseñó a mi madre y mi madre a mí.

–No sé nada de tu familia.

–No hay mucho que contar.

Lisette llevó a la mesa los cuencos de ensalada y los platos con pasta, además de pan de ajo. Jonathan le sujetó la silla para que se sentara. Luego, se sentó frente a ella.

–¿Sigue viviendo tu padre? –preguntó él–. No recuerdo haberte oído hablar de él.

–Mi madre nunca me habló de él. De niña, me gustaba pensar que era un agente secreto o un príncipe de un país extranjero. Por desgracia, creo que la verdad es que no le importábamos y se marchó.

–¿Estaban casados?

–Eso creo, es lo que pone en mi certificado de nacimiento, pero también se lo podía haber inventado mi madre.

–¿Nunca has tratado de dar con él?

Lisette hizo una mueca, dejó el tenedor en el plato y suspiró.

–Es lo que hacen en las películas, pero lo cierto es que no, no me interesa.

–¿Por qué no?

Jonathan casi se había acabado su plato. Estaba muerto de hambre y la comida estaba muy buena. Lisette apenas había probado sus espaguetis.

¿Sería porque estaba nerviosa? Esperaba que no. Quería que se sintieran a gusto el uno con el otro, aunque tal vez fuera imposible dadas las circunstancias.

Cerró los dedos alrededor del tallo de su copa y arrugó la nariz.

–Mi madre lo hizo lo mejor que pudo, pero con ocho o nueve años, cuando llegaba a casa del colegio, no había nadie esperándome. Mi casa era muy diferente de la de mis amigas. Era un lugar vacío y solitario. Decidí que el día que tuviera mi propia casa, la llenaría de color, ruido y felicidad.

Jonathan asintió y sonrió.

–Lo has hecho bien.

Sus deseos iban a ir en dirección opuesta a los de ella. ¿Era justo pedirle tanto cuando podía darle tan poco a cambio?

–Gracias.

Tenía las mejillas sonrojadas. Podía ser por el calor de la cocina o porque se sentía tan atraída por él como él por ella. Antes de ese día habría dicho que conocía a Lisette Stanhope muy bien. Pero en aquel momento, en la tranquilidad de su acogedora casa, se estaba dando cuenta de lo equivocado que estaba.

Fuera de la oficina, parecía una persona diferente, más joven y vulnerable. De nuevo, sintió remordimientos. Lisette era concienzuda y compasiva. El año anterior, cuando una de las empleadas había estado enferma una larga temporada, había sido ella la que se había encargado de organizar las comidas de la familia.

Durante una década o más había sido una hija devota entregada al cuidado de su madre. Jonathan no quería ser una carga para nadie, y menos para ella.

Si llegaban a un acuerdo, los beneficios no podían ni debían ser en una dirección. Cada vez veía más claro que solo había una forma en que aquella nueva relación podía funcionar. Era un paso drástico que podía cambiarlo todo.

Mientras el silencio entre ellos se prolongaba, Lisette terminó de comer y Jonathan repitió.

–Gracias por cocinar –dijo él.

Aquella comida casera había reconfortado su estómago, además de su alma. La comida era una de las necesidades de un hombre. El sexo, otra. El hecho de que se sintiera nervioso y atraído hacia su anfitriona lo sorprendía tanto como lo que estaba a punto de decir.

Recogieron la mesa juntos y Lisette puso el lavaplatos en funcionamiento.

–Vámonos al salón –dijo rozándole el hombro–. Allí estaremos más cómodos.

La escasa distancia entre una estancia y otra apenas le dio tiempo para preparar su discurso.

Lisette se quitó los zapatos y los dejó a un lado del sofá, antes de sentarse sobre sus piernas.

–Bueno, me tienes en ascuas. Si no voy a tener un ascenso, ¿entonces...?

Jonathan contuvo la respiración, sintiéndose tan alterado como el día en que había recibido el diagnóstico.

–Creo que deberías casarte conmigo.

Capítulo Cuatro

Lisette parpadeó, tratando de mantener la calma.

–Eh...

Tal vez el tumor cerebral estaba afectando su forma de pensar o no le había entendido bien.

Jonathan se dio cuenta de lo sorprendida que se había quedado a pesar de sus intentos por disimular.

–No estoy loco –murmuró–. Sería una forma de resolver los problemas. Nadie diría nada si mi mujer se convierte en mi socia. Podríamos trabajar codo con codo. Estamos hablando del imperio de los Tarleton. Para la clase de decisiones que tendrás que tomar, tienes que ser de la familia. Es la solución perfecta.

No, no lo era. A la vista de cómo sus emociones se habían disparado ante aquella idea era evidente que sería una locura aceptar su ofrecimiento. Lo quería y quería casarse, pero no de aquella manera. La semana anterior, cuando había estado a punto de presentar su dimisión, se había imaginado un futuro con un tipo normal, tal vez un profesor o un contable como ella, dos o tres hijos, una casa con jardín... Ahora el destino, o tal vez alguna divinidad con un sentido del humor retorcido, le estaba ofreciendo una extraña versión de aquel sueño.

–No sé qué decir.

–Dime que lo pensarás –dijo él, recostándose en su asiento.

–Parece una medida extrema –dijo ella después de elegir cuidadosamente las palabras.

–Pero tienes que admitir que es una solución práctica.

–¿Dónde viviremos?

–En la casa de la playa.

–Acabo de comprar este piso y me encanta.

–Puedes alquilarlo o dejarlo así y venir cuando quieras. Pagaré por lo que necesites. El dinero no es un problema. Firmaremos un acuerdo prenupcial detallando a qué tendrás derecho cuando me haya ido.

–Me odiarán cuando la verdad se sepa. Tu familia, tus amigos y tus empleados pensarán que me casé con un hombre moribundo para meter la cabeza en Tarleton Shipping.

–No importa lo que piensen los demás. Nuestro acuerdo quedará entre nosotros. Mi padre no dirá nada y Mazie tampoco. Tiene su propio negocio, por no mencionar que está casada con J.B.

El mejor amigo de Jonathan y su hermana se habían comprometido las pasadas Navidades. Todo el mundo había dado por sentado que celebrarían una gran boda, pero se habían casado a mediados de enero, en las Vegas, en una ceremonia íntima. A su vuelta, la madre del novio había organizado una gran fiesta. Lisette había asistido a pesar de que no se encontraba de humor para fiestas. Los oscuros días de enero habían agravado su tristeza. El nuevo año se presentaba largo y solitario.

Al final, la fiesta le había venido bien. Se había divertido y se había animado al ver a la hermana de Jonathan tan feliz y enamorada de su marido. J.B., como así era conocido Jackson Beauregard Vaughan, era un magnate de la construcción. Él y los Tarleton habían sido amigos desde la niñez. Solo Hartley Tarleton había faltado a los festejos.

Jonathan, por su parte, había destacado aquella noche entre los invitados con su esmoquin. Las mujeres no habían dejado de revolotear a su alrededor. Había sido entonces cuando Lisette se había dado cuenta de que tendría que superar su enamoramiento y alejarse de él para buscar una nueva vida.

En aquel instante la estaba mirando con tanta intensidad que sintió que los pezones se le endurecían y se cruzó de brazos.

–No puedes plantearme una cosa así y esperar que te de una contestación inmediata.

Jonathan sonrió con dulzura.

–Lo sé, Lizzy. Te pareces mucho a mí. Somos personas prácticas y resolutivas. No nos andamos con rodeos. Siempre te he admirado por ello.

–Los halagos no te llevarán a ninguna parte.

–Admítelo, mi plan es perfecto.

Lisette se mordió el labio, más tentada de lo que debería. No se había

referido al matrimonio en ningún otro aspecto que no fuera el laboral. Habría horas del día en que no estarían trabajando. ¿Cómo se imaginaba aquella parte de la relación? ¿Sería el suyo un matrimonio de conveniencia? ¿Un compromiso por escrito de que lo cuidaría y velaría por él cuando le pidiera ayuda? Para eso no necesitaban casarse. Jonathan estaba en una mala situación y necesitaba su ayuda, y ella se la daría muy gustosamente.

–Tiene que haber otra manera.

–¿Por qué hacerlo más difícil de lo que es? Soy consciente de que te estoy pidiendo demasiado y, si te soy sincero, me sentiré menos culpable sabiendo que tendrás una seguridad económica cuando me vaya. Es lo menos que puedo hacer, considerando lo que me das a cambio.

–No quiero tu dinero, Jonathan.

–Puede que no, pero es la condición que pongo. La vida no será fácil para quien se haga cargo de Tarleton Shipping. Tendrás que ser tú o Mazie, y estoy casi seguro de que ella no querrá esa responsabilidad.

–Yo tampoco –protestó Lisette–. Te ayudaré todo lo que pueda porque somos amigos y eres una gran persona, pero no quiero sacar beneficio por estar haciendo lo correcto.

–¿Qué pasará con el negocio cuando ya no pueda ocuparme de él?

–No lo sé, Jonathan. Tal vez debamos reflexionar antes de tomar una decisión irrevocable.

–Quiero ocuparme cuanto antes del papeleo legal. La incertidumbre de mi estado me obliga a dejar resueltos los asuntos cuanto antes.

–¿Cuánto tiempo tengo para decidirme?

–Cuarenta y ocho horas.

No era demasiado tiempo. Respiró hondo y se aferró al reposabrazos del sofá.

–¿Y qué has pensado para la parte física de la relación?

Se quedó boquiabierto. Su franqueza lo había dejado atónito, pero enseguida se recuperó.

–Eso, como tú quieras. No creo que sea el tipo de pregunta que deba abordarse en el acuerdo prenupcial. Eres una mujer muy atractiva y viviremos juntos. Nuestra relación puede ser platónica o física. No voy a pedirte nada que no quieras.

Era evidente que se estaba insinuando. Parecía interesado en llevársela a la cama. Al oír aquello, Lisette perdió la capacidad de pensar con claridad.

Nunca se le había pasado por la cabeza que fuera el tipo de mujer que atraería la atención de Jonathan. El que hubiera tratado el asunto tan abiertamente la había dejado atónita.

–Muy bien –dijo lentamente–. Lo pensaré.

–Le pediré a mi abogada que vaya redactando el contrato. Piensa si hay algo que quieras que se incluya en el documento.

–¿Como qué? ¿Como los antojos de las estrellas de cine? ¿Bombones en mi mesa cada mañana y agua de los Alpes?

Jonathan dejó de dar vueltas por la alfombra y se sentó en el otro extremo del sofá.

–Muy graciosa –comentó con una sonrisa–. Doy mucha importancia a los detalles. Si seguimos adelante con esto, toda tu vida cambiará. Cualquier aspiración personal que tengas tendrá que esperar. No me parece del todo justo, pero si no estuviera desesperado no te lo pediría.

Tenía razón. La verdad era aterradora. Iba a darle seis meses de su vida o, todo lo más, un año si Jonathan tenía suerte. Todas las razones por las que había querido presentar su dimisión seguían ahí. Jonathan tenía casi treinta y dos años y ella treinta y siete. En circunstancias normales era demasiado mayor para él. Durante los años que había pasado cuidando de su madre, Lisette se había perdido todo tipo de experiencias: vacaciones en el extranjero, la diversión y frivolidad de la vida social, las citas... No se arrepentía, nunca se arrepentiría del tiempo que había pasado con su madre. Volvería a hacerlo sin dudar.

Cuando se amaba a alguien, esa persona era la prioridad. Jonathan la había elegido porque pensaba que sería objetiva. Tenía que demostrarle que tenía razón. Haría aquel sacrificio con gusto, pero nunca le diría por qué. Nunca podría saber que lo amaba. Ese detalle le pondría las cosas más difíciles. Sintió un nudo en la garganta.

–No te preocupes, Jonathan. Pensaré en ello. No es algo para tomarse a la ligera.

–Me parece bien –dijo y miró la hora–. Tengo trabajo, así que será mejor que regrese a casa.

–Es fin de semana. ¿No te parece que deberías descansar?

–Descansaré cuando esté muerto.

Era la típica broma de los adictos al trabajo, la forma de describir y justificar sus horarios. Pero en ese momento, Lisette no lo encontraba

divertido.

Se levantó a la vez que él. Los separaban un par de metros.

–Gracias por la comida. Ha sido estupenda.

De repente se dio cuenta de que no podían cerrar aquel acuerdo tan poco convencional sin aclarar algunas cuestiones... sensibles. Jonathan y ella iban a estar muy unidos, sobre todo a medida que fueran pasando los meses y él se apoyara cada vez más en ella.

Estaba cansada de vivir como una monja, cansada de negar que fuera una mujer con necesidades y deseos como cualquier otra persona. Quería a Jonathan, llevaba mucho tiempo deseándolo, y, a la vista de sus insinuaciones, él también parecía desearla.

Antes de que pudiera arrepentirse, se acercó a él y le puso las manos en los hombros.

–¿Me das un beso, Jonathan? –susurró, con un nudo en la garganta–. Necesito saber si hay chispa entre nosotros. No es ninguna broma. Es importante para mí.

El color de sus ojos iba del coñac al chocolate negro. En aquel momento, la luz que vio en ellos la dejó sin respiración e hizo que las rodillas se le doblaran.

–Como quieras.

Lentamente la tomó por el cuello y le hizo inclinar la cabeza a un lado. Después, acercó su boca y cubrió sus labios con los suyos. Al principio, el beso fue torpe y algo cohibido. Era su jefe y ella su secretaria. Antes de ese día, nunca se había imaginado que cruzaría esa línea.

El beso fue perfecto, pero ella se mantuvo rígida, insegura. Jonathan emitió un sonido, una especie de gemido.

–Relájate, Lisette.

Lo intentó, pero había perdido el control. La atrajo hacia él, mientras el beso se volvía apasionado, estrechándola de tal manera que no pudo ignorar la reacción de su cuerpo junto al suyo. Su sexo se levantó y empujó contra su vientre.

Lo correcto sería apartarse, romper aquella conexión y recuperar la cordura. Pero ninguno de ellos optó por ser prudente. Jonathan tiró de la goma que sujetaba su coleta y hundió los dedos en su melena. Cuando le rozó la nuca, ella se estremeció.

Estaba a punto de empujarlo sobre el sofá cuando su instinto le envió una

advertencia. Aquello no era un cuento de hadas. Estaba a punto de tomar un camino que acabaría en una desgracia. A regañadientes, se apartó. Respiraba entrecortadamente y estaba temblando, a pesar de que intentaba ocultarlo.

–Bueno, ya hemos comprobado que hay chispa.

Jonathan frunció el ceño. Con el pelo revuelto y las mejillas encendidas por la excitación, parecía peligrosamente contrariado.

–No es algo de lo que bromear. No saldré con otras mujeres si te conviertes en mi esposa. Espero que tú hagas lo mismo.

Lisette contuvo la risa. La idea de acostarse con otros hombres estando casada con su jefe le resultaba absurda.

–Por supuesto –murmuró–. Cada cosa a su tiempo. Antes tenemos que decidir si conviene que nos casemos o eso lo complicará todo.

–No hay nada que decidir –dijo él cruzándose de brazos–. Sabes que tengo razón. Es la única manera, a menos que cambies de opinión y no quieras ayudarme.

Lisette alzó la barbilla para igualar su mirada.

–No quiero sentirme intimidada. Necesito analizar los pros y los contras. Nunca he sido una persona impulsiva y no voy a empezar a serlo ahora.

–Hablabamos el martes por la noche. Mi padre se va a pescar con el padre de J.B. Llevan meses planeándolo. Pediré a la cocinera que nos prepare la cena y luego pasaremos por la playa.

–De acuerdo, suena bien. Pero dejemos claro que tú también puedes cambiar de opinión. El diagnóstico que te han dado te ha hecho perder la cabeza. Le habría pasado a cualquiera. Tómame tiempo para pensar. No me sentiré herida si encuentras otra manera de resolver la situación.

Lo que no le dijo fue que si lo hacía, la perdería de vista.

–Ya he dado con el plan perfecto. Ahora simplemente se trata de llevarlo a cabo.

–Muy bien.

–¿Irás a trabajar por la mañana? –le preguntó mientras sacaba la cartera y las llaves.

–Por supuesto –respondió ella.

–Pues nos veremos en la oficina –dijo él dirigiéndose a la puerta.

Era un piso pequeño y enseguida llegó a la entrada.

–¡Espera!

Jonathan se volvió y la miró.

—¿Qué?

Por la expresión de su rostro, era evidente que estaba impaciente. Había pasado una tarde agradable con ella, pero parecía estar deseando marcharse. Tal vez se estaba arrepintiendo.

—No pareces enfermo —dijo suavemente sin querer enfadarlo—. Sé lo de tus dolores de cabeza, pero ¿y si el médico se ha equivocado?

—He visitado a media docena de especialistas en los últimos nueve meses. Incluso no estuve en Navidad con mi hermana porque uno de esos médicos me sugirió que pasara una semana en el desierto aprendiendo técnicas de relajación.

—No te ofendas, pero no pareces tú.

—No, no me ofendo. El caso es que nadie se tomó en serio mis dolores de cabeza hasta que hice una segunda visita a mi médico de aquí de Charleston. No mejoraba. El radiólogo me hizo una resonancia magnética y una tomografía. Los informes no dejaron lugar a dudas. No puedo seguir albergando esperanzas. He decidido enfrentarme a esto de la mejor manera. Si no puedes soportarlo, contrataré a una enfermera cuando llegue el momento.

—¿Y Tarleton Shipping?

—Mazie tendrá que hacerse cargo.

Lisette comprendía la futilidad de una esperanza vacía. Ya había pasado por algo así en múltiples ocasiones durante la enfermedad de su madre, pero imaginarse a Jonathan muriendo le resultaba insoportable.

—Lo siento. No volveré a mencionarlo.

—Gracias.

Una vez más, le sorprendía lo solitario que parecía. Tenía familia, pero nadie podía acompañarlo en aquel camino. El corazón se le encogió.

—Te daré la respuesta el martes por la noche, te lo prometo.

—No debería meterte en esto.

—Soy algo así como la solución perfecta. Ahora que mi madre no está, me sobra tiempo. Encontraremos la manera de resolver esto, Jonathan.

Su mirada se posó en los labios de Lisette. ¿O en sus pechos?

—No se lo cuentes a nadie.

—No, será nuestro secreto pase lo que pase.

Capítulo Cinco

Jonathan se fue a casa y se metió en su despacho a estudiar informes y a hacer planes para un futuro que probablemente no conocería. Estaba deseando hablar con J.B. Habían sido íntimos amigos desde el instituto. J.B. no se andaría con rodeos ni le mostraría compasión.

Claro que en cuanto lo supiera su amigo, sería imposible ocultarle el secreto a Mazie. No quería romperle el corazón a su hermana. Estaban muy unidos, y más desde que Hartley había abandonado a la familia.

No quería morir. Quería vivir.

Tal vez los Tarleton estaban malditos desde el principio: la inestabilidad mental de su madre, la mala salud de su padre desde una edad temprana, la traición de Hartley y ahora aquello.

Después de cenar con su padre y echar una partida de ajedrez, Jonathan salió de la casa para dar un paseo por la playa. Hacía una noche ventosa y los granos de arena se le clavaban en la piel.

Aprovechó aquel momento de soledad para recordar la tarde que había pasado con Lisette. Su reacción no tenía sentido. La esperanza era un bien escaso. Era un canalla por pedirle a su secretaria que renunciara a unos meses de su vida para hacer la suya más llevadera. Pero a pesar de la sensación de culpabilidad, no podía cancelar su petición. Estaba muy asustado. Necesitaba a Lisette. Su optimismo y habilidad para afrontar las tareas más complejas le ayudarían a mantener la cordura en la incertidumbre de los meses que se avecinaban. Aseguraría el legado de los Tarleton y le proporcionaría calma.

El hecho de que Lisette hubiera planteado añadir un componente físico a la relación era una prueba de que no se había equivocado al pensar que podría enfrentarse a lo que se avecinaba. Tenía cierta lógica que el sexo surgiera en la ecuación. Además, su cuerpo había reaccionado con urgencia a su beso.

Nunca antes se le había pasado por la cabeza que pudiera sentirse atraído por ella. En el trabajo, siempre se había mostrado circunspecto.

Sin embargo, cuando le había planteado la posibilidad de que su acuerdo incluyera una parte física, su libido se había despertado de inmediato. Solo con recordar el instante en que sus labios se habían unido en aquel beso le provocaba una erección. Si hubiera sabido antes lo que se sentía al tenerla entre sus brazos, se habría saltado antes los límites de su relación de jefe y secretaria.

Deseaba a Lisette.

¿Le permitiría su conciencia incluir relaciones íntimas en su acuerdo? Su parte más racional le decía que fuera prudente. Si Lisette accedía a un convenio tan poco convencional, sus vidas cambiarían significativamente.

Esperaba mucho de ella, tal vez demasiado. Aun así, cuando se imaginaba teniéndola cada noche en su cama, sentía tranquilidad. La tendría a su lado cuando las cosas se pusieran difíciles.

¿Qué iba a ofrecerle a cambio? Había dicho que no quería su dinero y, conociéndola, sabía que era cierto. Con la enfermedad de su madre, le había ofrecido un bono para hacer frente a las elevadas facturas médicas y Lisette, consciente de sus intenciones, lo había declinado muy cortésmente.

Era una mujer orgullosa e independiente. No tenía ni idea de su situación financiera. ¿Le habría causado un estrago económico la enfermedad de su madre? ¿Tendría facturas por pagar?

En ese momento decidió incluir dos condiciones innegociables del acuerdo prenupcial. La primera, que saldaría todas las deudas que tuviera. La segunda, que le compraría una casa en la playa, cómoda y acogedora.

Después de aquella decisión, sus pensamientos giraron en otra dirección. ¿Qué sabía de su secretaria? Era una mujer muy reservada de su vida personal.

Quería demostrarle su gratitud, pero no sabía cómo. Si conseguía persuadirla para que se casara con él, su primer objetivo sería descubrir la personalidad de aquella mujer tan misteriosa para él en muchos aspectos.

Cuando empezó a sentir el cansancio en las piernas, dio media vuelta y volvió. Hasta el martes por la noche parecía quedar una eternidad. Aun así, nada bueno podía salir de aquello a menos que Lisette decidiera ayudarlo por su propia voluntad. Nada de presionarla ni de manipularla emocionalmente. Para un hombre acostumbrado a salirse con la suya, aquella espera era una

tortura. Quería llamarla, presentarse en su casa, obligarla a que entendiera su punto de vista.

En vez de eso, entró en la mansión, se comió un bocadillo y subió a su habitación. Se detuvo en la puerta. Lo primero que haría sería insistir para que Lisette lo redecorara. Si se convertía en su esposa, aquella suite sería el dormitorio de los dos y no solo el suyo. Era un detalle importante.

El aire durante su paseo por la playa le había vuelto a levantar dolor de cabeza, pero era soportable. Se duchó y se metió en la cama. Luego cerró los ojos y trató de recrear la sensación de sus labios junto a los de Lisette.

La excitación era un alivio a pesar de no tener pareja. ¿Cuándo empezaría a dejar de sentirse bien? No podía imaginarse durmiendo junto a su esposa y no querer hacerle el amor. Entre gruñidos y maldiciones, se puso boca abajo y hundió el rostro entre los brazos. Su destino estaba en manos de una mujer. No podía salvarlo de lo irremediable, pero su respuesta tendría un gran impacto en los siguientes seis meses.

Sabía lo que quería. Solo podía esperar que ella quisiera lo mismo.

El lunes por la mañana, cuando Lisette llegó a la oficina, su jefe no estaba en el edificio. De hecho, nadie parecía saber dónde estaba. Debería haber sentido alivio. Sin él allí, podía concentrarse en el trabajo. Pero su imaginación empezó a volar. ¿Le habría pasado algo? ¿Se habría arrepentido de haberle contado su secreto? ¿Le habría prevenido su abogada acerca de contraer matrimonio en sus circunstancias? Tal vez incluso era posible que hubiera cambiado de opinión y no supiera cómo decírselo.

A la hora de comer seguía sin aparecer. Tampoco había llamado ni había mandado ningún mensaje.

La aparición de Rebekah consiguió frenar su creciente escalada de preocupación.

–¿Nos vamos a comer? El menú del día del restaurante de abajo tiene muy buena pinta.

–Prefiero tomarme un yogur y algo de fruta, y salir a dar un paseo, si no te importa.

–Me parece bien. Vuelvo a mi mesa a por las zapatillas y te espero en la entrada del edificio.

Treinta minutos más tarde, acaloradas y con la respiración agitada, se

sentaron a comer en un banco del parque, a la sombra.

–En días como este, no me importaría trabajar de cochero y pasar todo el día al aire libre.

–Sí, claro, explicar la historia a turistas maleducados a los que no les importa, pasarte el día despegando chicles de los asientos y respirar el olor de los excrementos de los caballos.

–Vaya –exclamó Rebekah arqueando las cejas–. ¿Por qué estás de tan mal humor?

–Lo siento –se disculpó Lisette–. Anoche dormí mal.

–Deberías tomar melatonina, he oído que hace maravillas –dijo su amiga, y se levantó–. Será mejor que volvamos. Al gran jefe no le gustan los vagos.

Aquel estúpido comentario hizo que Lisette se retorciera por dentro.

–Hoy no he tenido tiempo ni de respirar y eso que no sé dónde anda. Y es peor cuando está por aquí. La cabeza de ese hombre no para.

Volvieron paseando. Rebekah se quitó las gafas cuando el sol se escondió tras una nube.

–Tamara y Nicole quieren que quedemos para organizar el viaje a Alaska.

¿Cómo se le había podido olvidar el viaje que tenían organizado desde primeros de septiembre?

–Tal vez tenga que cancelarlo. Ha surgido algo.

Rebekah se detuvo en mitad de la acera.

–¿De qué estás hablando? Ese viaje fue idea tuya.

Era cierto. Lisette llevaba tiempo queriendo hacer algo grande para marcar el inicio de su nueva vida libre de cargas. Echaba de menos a su madre, pero por primera vez en mucho tiempo era libre para hacer todas aquellas cosas que se había estado perdiendo. Un crucero por Alaska parecía el plan perfecto.

–Puede parecer una locura y no sé cómo explicarlo, pero no puedo irme de viaje este otoño.

–¿Por qué? –preguntó Rebekah, perpleja.

–Es un secreto, pero como no es mío no puedo contártelo.

–Entiendo.

–No, no lo entiendes –dijo Lisette, tomando del brazo a su amiga–. Te lo diría si pudiera, pero te prometo que es importante.

Rebekah se apartó.

–¿Te das cuenta de que sueñas ridícula?

Sacudió la cabeza, disgustada, y echó a andar. Lisette se apresuró para alcanzar a su amiga.

–Más adelante podré contártelo, pero de momento no. Por favor, no te enfades.

Entraron en el edificio de Tarleton Shipping y se metieron en el ascensor, en silencio. Otros tres empleados subieron con ellas. Cuando llegaron al tercer piso y las puertas se abrieron, Rebekah se bajó sin decir una palabra. Lisette sintió que el corazón se le encogía.

–Te llamaré esta noche –le dijo, tratando de no parecer desesperada.

–Como quieras.

Entonces, las puertas se cerraron.

Durante el resto de la tarde, Lisette tuvo el estómago encogido. Aquello con Jonathan había surgido tan rápido que no había pensado en el impacto que aquel secreto tendría en su círculo de amistades. Su única familia eran sus amigas, y no podía arriesgarse a perderlas por aquella farsa.

A las cuatro y media, Jonathan seguía sin aparecer. Si iban a ser compañeros en aquella triste experiencia, no podía permitir que la hiciera a un lado.

Con manos temblorosas, sacó su teléfono y le envió un mensaje a su número privado.

¿Dónde estás? Estoy preocupada.

Pasaron diez minutos. Luego veinte. Apagó el ordenador y recogió la mesa. La rabia y la frustración superaban su preocupación. Jonathan no podía esperar que viviera volcada a él y no prestarle atención. Eso no funcionaría.

Justo cuando estaba apunto de marcharse a casa, su teléfono vibró.

Lo siento. He recibido una llamada de madrugada acerca de un problema en el astillero de Nueva Orleans. Me necesitaban allí inmediatamente. Ya está todo resuelto. Llegaré a casa antes de medianoche.

A pesar del alivio que sintió, sus dudas fueron en aumento. ¿Sería aquella una de las cosas de las que Jonathan quería que se ocupara en las semanas siguientes? Conocía muy bien los entresijos de Tarleton Shipping, pero eso no significaba que estuviera preparada para desempeñar aquel papel. Después de haberle asegurado que estaría dispuesta a ayudarlo, se sentía atrapada y ansiosa.

Ella no era la jefa. Aunque se casara con Jonathan, ¿cómo iba a imitar a un líder carismático capaz de calmar tormentas con su sola presencia? Una cosa

era firmar cheques y celebrar reuniones. Pero ¿qué pasaría con crisis como la de ese día? ¿Sería capaz de resolverlas?

Estuvo toda la noche dando vueltas, preguntándose si sería de cobardes recular. Jonathan no estaba solo. Tenía a su hermana y a su padre, y también a su mejor amigo y cuñado, J.B. Contaba con recursos de todo tipo, incluidos los emocionales.

Aunque pareciese cruel e insensible, todavía podía presentar su carta de dimisión. Podía poner fin a la relación y marcharse mientras todavía le quedara orgullo.

De nuevo, volvió a preguntarse por qué Jonathan quería casarse. Le había dicho que era para que nadie cuestionara su legitimidad cuando actuara en su nombre. En algún momento, había visto sentido a aquella explicación. Pero ¿y si quería casarse para poder manipularla? Tal vez pensaba que una unión legal le daría mayor control.

Una vez llegó a casa, su aprehensión fue en aumento. Después de años cargando con grandes responsabilidades, era libre para vivir la vida a su manera. ¿Por qué renunciar a eso sabiendo que uniéndose a Jonathan le traería dolor y angustia? En el fondo de su corazón sabía por qué. Lo amaba desesperadamente y quería pasar ese tiempo con él, por breve que fuera.

Sonó su teléfono, interrumpiendo sus pensamientos. El número le era familiar.

—¿Hola?

—Soy yo —dijo la voz de Jonathan desde el otro lado de la línea.

—¿Estás en casa?

—Sí.

Puso los ojos en blanco. Era su jefe y ella su secretaria. A pesar del cambio en su relación, todo seguía igual.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí. Uno de nuestros capataces ha sido acusado de aceptar un soborno para transportar droga en un contenedor de Tarleton Shipping. Se ha armado un buen lío, incluso los federales estaban allí. Menos mal que alguien se enteró de lo que iba a pasar y lo denunció. Por cierto, que le he ofrecido un aumento.

—Me alegro de que todo haya acabado bien —dijo y, después de unos segundos en silencio, añadió—: Si no te importa, Jonathan, me gustaría tomarme el día libre mañana. Tengo mucho en que pensar.

Capítulo Seis

Jonathan sintió que el estómago se le contraía. Por su voz temió que no aceptara su proposición.

–Claro, lo que necesites –dijo tratando de mantener la calma.

–Gracias por tener tanta paciencia conmigo.

Estaba intentando aplacarlo. Su condescendencia solo servía para consolidar la decepción que le oprimía el pecho y dificultaba la respiración.

–¿Por qué no iba a tenerla? –preguntó y se secó el sudor de la frente antes de quitarse la chaqueta–. Cuando se me ocurrió esta idea sabía que nuestro acuerdo era una apuesta arriesgada. Tu respuesta no va a afectar a tu trabajo, seguro que ya lo sabes.

–Sí, claro.

Jonathan odiaba las conversaciones por teléfono. Quería ver su cara, la expresión de sus ojos. Sus iris eran del color del musgo, con destellos en tonos ámbar. Su mirada era, sin lugar a dudas, su mayor atractivo.

–Será mejor que deje que te vayas a la cama –dijo él mirando la hora.

Lisette asintió y puso fin a la llamada.

La palabra «cama» reverberó en la cabeza de Jonathan. A pesar de la chispa que había entre ellos, Lisette no era la clase de mujer que se dejaba llevar por una relación casual, aunque hubiera certificado matrimonial de por medio.

De repente le sorprendió darse cuenta de lo mucho que deseaba ver un anillo en su dedo. ¿Eran auténticos sus sentimientos o estaba imaginando una conexión emocional para justificar el hecho de estar coartando su vida para hacer la suya más fácil?

Era demasiado tarde para pasear por la playa y se sentía cansado. Se dio una ducha y se metió en la cama. Nada más apagar la luz, empezó a dar a

vueltas a los problemas.

Mazie y J.B. no habían tenido luna de miel después de casarse en enero porque habían estado enfrascados en asuntos de trabajo. Tenían previsto irse a Hawái en tres semanas, el uno de julio. Mazie no hablaba de otra cosa últimamente.

En un principio, había pensado darles la noticia cuando volvieran para no estropearles el viaje. Sin embargo, si existía la más mínima posibilidad de que Lisette aceptara casarse con él, tenía que contárselo a Mazie cuanto antes. No podía casarse sin decírselo a su hermana o se molestaría. Además, le haría muchas preguntas sobre una boda tan precipitada.

La cabeza le daba vueltas. Seguía doliéndole a pesar de la medicación que había tomado.

En su intento por dormirse, apartó todas aquellas decisiones y se concentró en Lisette. Otros hombres en su lugar la dejarían marchar, exonerándola de toda responsabilidad sobre su futuro. Merecía ser libre. No podía ofrecerle nada a cambio del sacrificio que estaba dispuesta a hacer, y eso le hizo cuestionarse su propia moral.

Finalmente se durmió, pero no fue un sueño reparador. A la mañana siguiente, se fue a trabajar una hora antes de lo habitual. Lisette no iba a estar en la oficina. Las horas transcurrieron lentamente. A la hora de comer, se tomó un sándwich en su mesa y siguió trabajando. Como no sabía con cuánto tiempo contaba, se sentía obligado a trabajar el doble de lo habitual.

Durante la tarde, lo único que lo ayudó a mantenerse despierto y no dormirse en su mesa fue la idea de ver a Lisette por la noche. Se lo había prometido.

A las cuatro, alguien llamó a la puerta de su despacho.

—Adelante.

La mujer que apareció le resultó familiar. Era la amiga de Lisette. Parecía nerviosa y le dirigió una amable sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Rebekah, verdad?

—Sí —contestó—. Siento interrumpirle, señor Tarleton, pero me preocupa Lisette. Últimamente se comporta de un modo muy extraño y no está en su mesa.

Jonathan no pudo evitar sentirse culpable.

—Estoy seguro de que está bien. Si hubiera surgido algún problema, lo sabría.

–Eh... Siento haberle molestado.

–No es ninguna molestia.

–Gracias –replicó Rebekah, esbozando una tímida sonrisa.

Antes de que pudiera decir nada, desapareció. La visita de Rebekah le había servido para recordarle que Lisette tenía una vida que no lo incluía a él. Le estaba pidiendo mucho a su secretaria implicándola en un asunto como aquel.

Echó un vistazo al reloj y vio que era hora de marcharse. Un rato antes le había mandado un mensaje a Lisette diciéndole que un coche pasaría a recogerla a las cinco y media. Le quedaba el tiempo justo para ir a casa, darse una ducha y cambiarse de ropa.

Por extraño que pareciera, según se acercaba el momento de conocer su decisión, una sensación de calma lo invadía. De una manera o de otra, esa noche obtendría las respuestas que necesitaba y descubriría si Lisette estaba preparada para ayudarlo. Si su respuesta no era la que esperaba oír, Jonathan tendría que buscar otra manera de arreglárselas.

Lisette se había dado cuenta a posteriori de que tomarse el día libre no le había ayudado a encontrar la solución a sus problemas. Al menos trabajando habría estado ocupada y no habría estado cavilando sobre la propuesta de Jonathan.

Había corrido diez kilómetros después de desayunar y había dejado su apartamento immaculado. Después, había preparado una tarta para la recepcionista de Tarleton Shipping, que cumplía años al día siguiente.

No había parado de dar vueltas a una decisión para la que no encontraba una respuesta clara.

El primer obstáculo que había tenido que superar para su encuentro con Jonathan había sido decidir qué ponerse. Había estado en su casa de la playa cien veces, pero esa noche era diferente. Era una ocasión especial y quería estar guapa. Eligió un vestido veraniego de color verde claro con estampado de animales. El largo hasta las rodillas y la cintura entallada la hacían sentirse cómoda y femenina. Completó su atuendo con unas alpargatas con tacón anudadas al tobillo y un poco de maquillaje.

No se había negado a que Jonathan enviara un coche para recogerla. Estaba nerviosa y conducir en aquel estado no era aconsejable.

A la entrada de la verja de la mansión de los Tarleton, el conductor bajó la ventanilla e introdujo el código de acceso. Luego la dejó en la entrada de la casa y se fue por donde había venido.

Lisette se llevó la mano al estómago, confiando en ser capaz de comer. Luego subió la imponente escalera de entrada y se detuvo ante la puerta doble de caoba con incrustaciones de vidrieras. De pronto cayó en la cuenta de que si se casaba con Jonathan, aquella sería su casa. La idea le resultaba extraña, absurda. Era una persona normal, hija de un hogar monoparental en el que el dinero siempre había andado justo.

Aquella lujosa mansión junto a la playa era un sueño. Aunque había estado allí muchas veces por trabajo cuando los Tarleton la habían necesitado, la idea de vivir en un sitio así le resultaba tan sobrecogedora como convertirse en la esposa de Jonathan.

En cualquier otra ocasión habría usado su llave para entrar. El viejo señor Tarleton tenía problemas de movilidad, y la cocinera y el ama de llaves solían estar muy ocupadas para abrir la puerta. Esa noche Lisette no podía entrar sin avisar. Era el hogar de Jonathan y no estaba allí por trabajo. La ocasión era especial. La había invitado para hablar de su futuro en común.

Con el corazón latiéndole desbocado y las manos sudorosas llamó al timbre.

Unos segundos más tarde, Jonathan abrió la puerta. Su sonrisa cálida la tranquilizó.

—Lisette, qué puntual —dijo mirándola de arriba abajo—. Espero que tengas hambre. La señora Rackman se ha superado.

—Huele muy bien.

Al pasar a su lado, percibió su olor, una combinación de algodón almidonado, piel masculina, loción para el afeitado... Se sintió aturdida.

Jonathan solía vestir traje para trabajar. Esa noche iba vestido con ropa informal, aunque seguía llevando una chaqueta azul marino sobre una camisa y un pantalón gris.

—Pasemos al comedor. El suflé de queso está casi a punto y prometí que no nos alargáramos con los aperitivos.

—Bueno, teniendo en cuenta que no puedes beber y que no soy de tomar vino, creo que podremos soportarlo.

Lisette se quedó sin respiración al ver la mesa. Los platos de porcelana de color marfil se combinaban con cubiertos de plata dispuestos sobre un mantel

de tonos rosa pálido. En el centro, había un jarrón con dalias y rosas blancas.

–Espero que tengas hambre –dijo Jonathan, y le sostuvo la silla para que se sentara.

–Ahora sí –replicó, preguntándose si le habría rozado el hombro por casualidad.

Estaban sentados de tal manera que ambos disfrutaban de la espectacular vista del océano.

Jonathan alzó su copa de agua.

–Por un nuevo comienzo.

Lisette rozó la copa con la suya y lo miró con suspicacia. Si con aquel despliegue pretendía influir sobre su decisión, estaba dando resultado.

–Por el futuro –replicó suavemente–. Que sea largo y feliz.

Una sombra cruzó el rostro de Jonathan, pero enseguida desapareció. Parecía decidido a disfrutar de la velada.

La comida fue fabulosa, tan buena como la de los mejores restaurantes de Charleston. Jonathan era un maestro en el arte de la conversación. Tal vez lo había aprendido de su padre. El paradero de la pobre señora Tarleton era un misterio. Sabía que todavía vivía y los rumores decían que estaba interna en una clínica para enfermos mentales.

A la hora de los postres, Lisette había conseguido relajarse lo suficiente como para disfrutar del pastel de crema de coco. No estaba acostumbrada a la compañía de un hombre inteligente y encantador, además de sexy. La cita a ciegas de hacía unos días no era comparable.

Mientras el ama de llaves empezaba a recoger la mesa, se levantaron. Jonathan tomó a Lisette del codo y la condujo hasta el cuarto de estar. Por sus grandes ventanales podía contemplarse un sol rojizo que empezaba a ponerse.

–Siempre me ha gustado esta sala –dijo ella–. Tienes suerte de haber crecido en un sitio así.

–Seguramente no lo he valorado lo suficiente.

Lisette no acababa de descifrar su expresión. Se sentó en el sofá y Jonathan continuó de pie, aunque paseando inquieto de un lado a otro. Se movía de manera errática, muy diferente a su habitual sofisticación.

–Si has cambiado de idea, no pasa nada, Jonathan. De verdad, no me sentiré ofendida.

Él se detuvo y la miró.

–No he cambiado de opinión, aunque te digo lo mismo.

Lisette sacudió la cabeza lentamente.

–No he dejado de pensar en ti desde que me contaste lo que te pasaba. Sigo sin creer que un matrimonio sea la respuesta, pero conoces tu compañía mejor que yo. Si crees que tener esposa te puede beneficiar, estoy dispuesta a ayudarte.

–Me alegro de oír eso –dijo aliviado.

–Tal vez sea más fácil fingir que nos hemos casado. Así no habrá tantas complicaciones.

Jonathan se detuvo junto al ventanal, de espaldas a ella.

–Los aspectos legales son importantes –dijo y después de unos segundos de silencio, se acercó y se quedó al otro extremo del sofá–. Si simplemente me sustituyes, las decisiones que tomes tendrán que ser ratificadas.

–No había pensado en eso.

Después de todo, era precisamente lo que necesitaba de ella, llevar las riendas de Tarleton Shipping cuando estuviera demasiado enfermo para desempeñar su cargo. La idea le producía dolor y tristeza.

–¿Cuándo vas a contárselo a tu familia?

–Sé que no puedo esperar demasiado, pero no quiero hacerles sufrir. No quiero que sus vidas se vean afectadas.

Lisette se quitó los zapatos y apoyó el brazo en el respaldo del sofá, la cabeza sobre su mano.

–No eres Dios, Jonathan, no puedes protegerlos de esto. Son adultos, querrán estar a tu lado cuando las cosas se compliquen. Entiendo que sea difícil, sobre todo teniendo en cuenta que te gusta controlarlo todo. Al fin y al cabo, eres el jefe.

–Lo dices como si fuera algo malo.

–A mí también me gusta tenerlo todo bajo control. Te entiendo. Durante la larga enfermedad de mi madre, tuve que aprender a no ponerme altas expectativas para evitar el estrés –dijo y se detuvo a elegir sus siguientes palabras–. Estás enfermo, Jonathan. Tendrás que bajar la guardia y permitir que otras personas se ocupen de ti.

Él frunció el ceño. Era evidente que todavía no había acabado de asumir lo que le esperaba.

–Entiendo lo que dices. Lo intentaré, es todo lo que puedo prometerte.

–Me parece bien.

Tamborileó con los dedos encima de sus muslos, llamando la atención

sobre la gallardía de su cuerpo. Su actitud relajada la hizo desear acercarse y acurrucarse sobre su regazo. No podía olvidar que aquello era un asunto de negocios. La atracción que sentía por él lo complicaría todo. No podía pensar que Jonathan se enamoraría de ella. Tenía que controlar sus sentimientos y concentrarse en él y en sus necesidades. Pero, ¿y las tuyas? ¿Debería sincerarse y contarle lo que de verdad deseaba? Estaba dispuesto a ofrecerle la luna. Tal vez fuera la ocasión para hacer realidad algunos de sus sueños.

De repente, Jonathan se echó hacia delante y se llevó las manos a la cara.

–Te debo una disculpa –dijo y suspiró.

–No entiendo.

–Tu amiga Rebekah vino a buscarte y le molestó que no le hubieras contado que hoy no irías a trabajar. No me había parado a pensar en las consecuencias cuando te pedí que me guardaras el secreto.

–Vaya. Está molesta porque he decidido no ir a un viaje que estábamos planeando para otoño. No pude darle una razón convincente. Supongo que el que no haya ido hoy a trabajar ha aumentado su confusión.

Él se irguió en el asiento y frunció el ceño.

–¿Por qué has cancelado el viaje?

–No puedo irme de vacaciones con amigas nada más casarme contigo –respondió mirándolo fijamente–. Además, para septiembre quedan tres meses. Muchas cosas pueden cambiar.

En su rostro vio un torbellino de emociones. Se daba cuenta de que tenía razón. Era lógico que no quisiera hacer planes para un futuro incierto.

–Quiero que le cuentes el secreto. Tú también vas a necesitar a alguien en quien apoyarte, Lisette. Le pediré que firme un acuerdo de confidencialidad.

–Gracias. No quisiera perder a mi mejor amiga por esto.

–Siento no haberlo visto antes desde tu perspectiva. No pretendo ser egoísta. Todo esto me está convirtiendo en alguien a quien no reconozco.

Ella se inclinó hacia delante y lo tocó en el brazo.

–Los dos estamos tratando de asumir la situación. No eres una persona egoísta. A pesar de que no te encuentres bien, sigues siendo el mismo hombre al que siempre he respetado y admirado.

Capítulo Siete

Jonathan se apartó, enfadado y avergonzado. Tampoco le ayudaba el buen aspecto de Lisette. Un hombre en su sano juicio estaría pensando en pasar una noche de placer con una mujer tan sexy y atractiva, no en preparar documentos. Pero esa era precisamente la razón por la que Lisette estaba allí. Le incomodaba la preocupación que veía en su mirada. No quería su compasión ni su amabilidad. Era un hombre, y no quería parecer débil ni desesperado.

–Prepararé el papeleo –dijo en tono cortante, deseando acabar con aquello cuanto antes.

Se puso de pie y atravesó la habitación hasta el armario que ocultaba la televisión y otros dispositivos. En vez de guardar los documentos en el despacho que tenía en casa, donde cualquier podía encontrarlos, prefería tenerlos disimulados en un cajón entre baterías y cables.

–¿Quieres que vayamos al despacho para que puedas leer los papeles tranquilamente?

–Aquí estoy bien –contestó–. ¿Por qué no te sientas a mi lado y me vas explicando? Además, confío en ti, no tengo por qué leerlo todo.

–Pues deberías. Eres demasiado confiada.

–Ya te he dicho que no quiero tu dinero –dijo entornando los ojos–. Así que no hay nada de lo que deba preocuparme, ¿verdad?

Su brusquedad hizo que Jonathan recuperara el sentido del humor.

–Tomo nota.

Se sentó a su lado y enseguida se vio inmerso en una fiesta para los sentidos. Su pelo olía a limón. La visión de sus rodillas desnudas asomando bajo la falda le resultaba muy sensual.

Carraspeó, abrió la carpeta y desplegó los documentos sobre la mesa.

–Tómate tu tiempo. Hay muchas expresiones jurídicas, pero creo que el contexto se entiende. Dime si tienes alguna duda.

Lisette también se echó hacia delante. Estaban sentados rozándose las caderas. Habían revisado juntos un montón de contratos, pero ninguno como aquel. A pesar de que tenía la mirada fija en el montón de papeles, no podía ignorar lo cerca que la tenía. Lisette era una mujer y esperaba casarse con ella, aunque fuera por conveniencia. Por mucho que intentara considerar aquella situación como una transacción legal más, le resultaba imposible.

Al menos estaba leyendo el documento. Había incluido una suma generosa para su futura viuda, además de unos pagos mensuales a su cuenta personal el tiempo que fuera su esposa.

Su prolongado silencio empezó a impacientarlo. Tal vez, viendo el acuerdo por escrito, empezaba a dudar.

Por fin cerró el expediente, se irguió y se quedó mirándolo fijamente.

–No puedes darme cinco millones de dólares a cambio de seis meses de mi vida.

–Por supuesto que sí. Ambos sabemos que esta situación puede durar más de seis meses.

–Seis, doce, dieciocho... No importa. Tus herederos deberían ser tus hermanos.

–Hartley no va a recibir nada de mí –sentenció con los puños apretados–. Si quieres hacer el tonto, dale tu parte, pero no lo hagas hasta que me haya muerto.

–¿Sabes lo irracional que te pones cuando hablamos de tu hermano?

–No te metas en eso, Lisette. No tiene nada que ver contigo.

–Así que voy a ser tu esposa, pero no de verdad. Fuiste tú el que me dijo que me convertiría en familia. ¿Era mentira?

–Deja de retorcer mis palabras. Sabes a lo que me refiero.

–¿Qué pasaría si no firmara el acuerdo?

–Que entonces no habría boda.

–Pero me necesitas.

–Así es –dijo él asintiendo–, aunque en mis términos. Mi honor y mi reputación son muy importantes para mí. Al final, es lo que un hombre deja. Si decides hacer esta locura por mí, quiero cuidar de ti aunque sea desde la tumba.

Mientras escuchaba su discurso, sus ojos se fueron abriendo cada vez más.

Su mirada verdeazulada se humedeció.

–No dejo de pensar que esto no es real.

–A mí me pasa lo mismo.

–Oh, Jonathan –exclamó y lo rodeó con los brazos en un intento por ofrecerle consuelo.

Pero no iba a dárselo un simple abrazo. Deseaba el alivio que solo la pasión física podía brindarle. Con el corazón retumbando en el pecho, apoyó la barbilla en su cabeza.

Después, a la vista de que le costaba dominarse, se deshizo del abrazo y se puso de pie. Tenía la frente cubierta de sudor y la boca seca.

–No hay nada en el contrato sobre intimidad física. Quiero que me conozcas antes de decidir si un matrimonio en todos los sentidos es lo que quieres. Esos detalles quedarán entre tú y yo. Tanto si decidimos vivir como marido y mujer y compartir cama como si no, los términos del contrato son vinculantes.

Lisette se puso de pie. Descalza, se la veía pequeña y vulnerable. Aun así, la mujer que conocía era resolutiva y eficiente. La siguió hasta el ventanal manteniendo cierta distancia entre ellos. El océano se veía oscuro, con los reflejos dorados y rojizos de la puesta de sol. La habitación empezaba a estar en penumbra y ninguno de los dos se molestó en encender la luz.

–En otras circunstancias me habría gustado ser tu amante.

Estaba de espaldas a él, así que no pudo ver la sorpresa de Jonathan.

–¿Y ahora?

Lisette se volvió y se apoyó en el cristal, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–No quiero enamorarme de ti y acabar con el corazón roto.

–Entiendo –dijo sintiéndose desilusionado.

–Lo dudo. Eres un hombre muy guapo. Seguro que ha habido muchas mujeres que han querido seducirte. Ni siquiera sé si has tenido alguna relación seria reciente.

–No, solo me interesa el trabajo y la familia. Soy un tipo muy aburrido.

–Buen intento –dijo ella poniendo los ojos en blanco.

Después de suspirar, lo recorrió de arriba abajo con la mirada, como si estuviera valorando un objeto que quisiera comprar. No era una mirada inocente de curiosidad, aunque tampoco de insinuación. Subió y bajó los hombros, atrayendo la atención sobre su piel delicada.

–Me parece que se te ha olvidado algo –añadió.

–No creo –replicó él arqueando una ceja–. Mi abogada es muy minuciosa. Lisette rio. Aquel sonido hizo que el vello de la nuca se le erizase.

–Me dijiste que pidiera lo que quisiera, ¿te acuerdas?

–Ah, sí, te refieres a los bombones cada mañana, ¿no es eso? –bromeó. Ella sacudió la cabeza lentamente. Su mirada brillaba misteriosa.

–Claro que no.

–Entonces, ¿de qué se trata?

Se quedó mirándola, medio excitado, medio alarmado. Al verla humedecerse los labios se dio cuenta de lo nerviosa que estaba.

–¿Lisette? –dijo, animándola a continuar.

Ella se encogió de hombros. Su expresión era precavida.

–Quiero que me des un hijo.

Lisette hizo una mueca al ver retroceder a Jonathan. Su sorpresa era casi palpable. Al ver que no decía nada, sintió que el estómago se le encogía y le ardía el rostro.

–Di algo –murmuró, como si no acabara de creerse su atrevimiento.

Se le había ocurrido por la noche. A las tres de la madrugada, le había parecido algo lógico.

–Eh...

–Eso no es una respuesta.

Jonathan se frotó la barbilla y maldijo entre dientes.

–Lisette, no puedes soltarme una bomba así y esperar que te dé una respuesta inmediata. ¿Hablas en serio?

–Claro que hablo en serio. No voy por ahí pidiéndole a cualquiera que me deje embarazada.

–Pero ¿por qué?

Su perplejidad la enfurecía.

–¿No te das cuenta, verdad? Tengo treinta y siete años, Jonathan. Soy cinco años y medio mayor que tú.

–Cinco años no son nada.

–Lo dice alguien que no tiene todavía treinta y dos. He pasado toda mi vida adulta cuidando de mi madre. Por suerte, ha dejado de sufrir y ya descansa. Soy libre para tomar las decisiones que quiera, pero no tengo pareja y voy a

pasar contigo un año más o menos. Mi reloj biológico no deja de correr y creo que no puedo perder el tiempo.

–Un hijo... –dijo él sin salir de su asombro, como si no supiera en qué consistía el proceso.

–No es tan rocambolesco. Eres un hombre honesto y, si consigo quedarme embarazada, será como si algo tuyo quedara.

La expresión de Jonathan se oscureció.

–¿Algo? ¿Acaso consideras un hijo como una cosa? Ese bebé también será mío, alguien a quien amaré y a quien me dolerá dejar. Lo que me pides no es justo, Lizzy.

No lo había considerado desde aquel punto de vista. Claro que a Jonathan le gustaría tener un bebé, pero no vivir para verlo crecer tenía que resultar una sensación terrible. Aun así, algo en su interior le decía que aquel era el momento y el hombre perfecto, además de su última oportunidad de ser madre.

¿Se estaría engañando al pensar que no llegaría a amar a Jonathan exponencialmente más como su esposa y madre de su hijo? ¿Cómo iba a soportarlo? Al menos, cuando se quedara con el corazón roto tras la pérdida de Jonathan, encontraría consuelo en el bebé.

–Supongo que no –dijo, tratando de ponerse en su lugar–. Pero prométeme que lo pensarás. No te lo pediría si no fuera importante para mí.

–Te lo prometo –afirmó muy serio–. Siendo sincero, no me imagino cambiando de opinión. Mi hermana y mi cuñado están teniendo problemas para tener hijos. ¿Qué pensarían si te dejo embarazada sabiendo que no viviré para criar a mi hijo?

–Si consiguen concebir, ese bebé y el nuestro serán primos. Tendrán una relación muy especial.

–Es un argumento muy persuasivo. Lo pensaré, no puedo prometerme más.

Ella asintió, aunque sabía que no sería fácil convencerlo.

–Dame algo con lo que escribir. Acabemos con esto cuanto antes. No quiero volver a ver esos papeles.

Tomó la pluma de Jonathan y estampó su firma una y otra vez, allí donde estaba indicado. Después volvió a tapar la pluma, recogió los documentos y los guardó en la carpeta.

Su futuro marido no había dejado de mirarla durante todo el tiempo como si temiera que echara a correr. En aquel momento sonreía.

–Estás haciendo algo bueno, Lisette. Te lo agradezco. Te prometo que no te arrepentirás.

Era una promesa que seguramente no podría mantener. Estaba nerviosa. Estaba renunciando a su vida por ver morir al hombre que quería. Estaba enamorada de él, planeando una vida a su lado aunque fuera temporal, para luego verlo desaparecer. ¿Estaría perdiendo su sano juicio?

Tenía que aprovechar la oportunidad. La vida era breve e incierta.

–¿Y ahora qué?

–He hablado con el juez. Es un amigo de la familia. Puede casarnos el sábado por la mañana en su despacho.

–¿Tan pronto?

–No hay por qué esperar.

–¿Estaremos solo tú y yo?

–Necesitaremos testigos. Tráete a Rebekah. Yo avisaré a Mazie y a J.B.

–Eso significa que tendremos que decírselo mañana.

–Sí.

–¿Y tu padre?

Por una vez, parecía dudar.

–Todavía no lo he pensado. La mayoría de los días está bien, pero sus facultades mentales van y vienen. No sé si sería capaz de guardar el secreto. Creo que, de momento, será mejor no decirle nada.

–¿Crees que no se dará cuenta de que hay alguien nuevo viviendo en la casa?

–La habitación de mi padre está en la planta principal. No tendrá ni idea de lo que estamos haciendo arriba.

De repente, se le vino a la cabeza la imagen de la cama de Jonathan, con ambos desnudos entre las sábanas. La respiración se le aceleró.

–La gente dará por sentado que nos iremos unos días de viaje después de la boda.

–Cierto –dijo él frunciendo el ceño–. Podemos irnos a algún sitio unos días.

–O decir que estamos muy ocupados en el trabajo para irnos y que tenemos planeada una escapada romántica a finales de año.

¿Qué pensarían si el jefe no se tomaba unos días libres para casarse?

–¿Qué te parece unos días en el Caribe? –preguntó él, tecleando algo en su teléfono.

–¿El Caribe?

–Uno de mis amigos tiene una casa en Antigua. Me la ha ofrecido un montón de veces. Lo único que hay que hacer es relajarse bajo el sol. Acabo de mandarle un mensaje.

Siete días con sus noches en un paraíso tropical con un marido que también era su jefe. ¿Qué podía salir mal?

Antes de poder protestar, el teléfono de Jonathan emitió un sonido al recibir un mensaje.

–Nos la deja una semana. Me manda las fechas en que estará libre.

–¿De verdad quieres irte tanto tiempo?

Jonathan no solía tomarse días libres.

–Lo necesitamos, Lizzy –respondió dejando el teléfono sobre la mesa–. Es una oportunidad para conocernos mejor, lejos de miradas indiscretas. La farsa de una luna de miel hará que las cosas vayan mucho más fluidas cuando volvamos al trabajo.

Atravesó la habitación y la tomó por los hombros. Sus pulgares acariciaron su clavícula. Lo tenía tan cerca que no podía respirar.

–Supongo que tiene sentido.

–Mírame, Lisette.

A regañadientes, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

–¿Y ahora qué?

–No parece que te entusiasme la idea de tomarte unos días libres.

–Hace mucho tiempo que no me tomo unas vacaciones. No se me da bien relajarme.

–¿Te asusta estar a solas conmigo?

Se sentía desnuda bajo su intensa mirada.

–Estoy segura de que sabremos arreglárnoslas para no interponerlos en el camino del otro.

Jonathan suspiró. Luego, le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja antes de besarla en los labios.

–Gracias por todo, Lisette.

Su primer impulso fue apartarse, y no porque no quisiera el beso. Lo estaba deseando. Pero evitó moverse. Aquel era el hombre con el que iba a casarse el sábado.

Cuando le devolvió el beso, fue él el que pareció sorprenderse. Dejó escapar un gemido y alzó las manos para tomar sus mejillas.

–Eres muy dulce –murmuró.

El beso se volvió apasionado. Lisette se relajó entre sus brazos para disfrutar de la novedad de estar con un hombre, aquel hombre en particular, que sin palabras le hacía saber que la deseaba. Sentía la urgencia de su excitación.

Los hombres sabían disfrutar del sexo sin mezclarlo con sus sentimientos. Aun así, la desesperación de Jonathan le hacía bajar la guardia y creer que aquel matrimonio tenía la posibilidad de hacerse real.

Jonathan le separó los labios con la lengua y rozó la suya. Ella se quedó sin respiración y sintió que las rodillas se le doblaban. Lo rodeó por el cuello y le acarició la nuca, antes de dejar escapar un gemido. Deseaba aquello y mucho más. ¿Cómo iba a poder protegerse?

Se repente vio el reloj de la pared por detrás de su hombro. Al igual que a Cenicienta, el tiempo se le había acabado. Se apartó y se atusó el pelo.

–Tengo que irme –dijo–. El conductor debe de estar esperándome en la puerta.

–¿Le pediste que volviera? ¿Por qué? Sabes que te llevaría a casa.

–No sabía cómo acabaría la noche –le confesó–. Me parecía mejor así.

–¿Me tienes miedo?

Lisette le rozó los labios con dos dedos y se quedó inmóvil unos instantes antes de alejarse de la tentación.

–Tengo miedo de nosotros dos.

Capítulo Ocho

Al día siguiente, Jonathan estaba sentado frente a su hermana y a su mejor amigo, observando cómo se tomaban la noticia. Había escogido las palabras con sutileza para ahorrarles sufrimiento, pero el final era el que era.

Mazie había roto a llorar. J.B. rodeaba a su esposa con el brazo y parecía que acababa de recibir un puñetazo en el estómago.

Habían terminado de cenar. Cuando había llamado a su hermana para decirle que quería ir a verla, ella había insistido en cocinar, alegando que ya apenas tenía ocasión de hacerlo. Su negocio la mantenía muy ocupada.

En aquel momento estaban sentados en el salón y Mazie lloraba. J.B. se aclaró la voz.

–¿Estás seguro?

Era la misma pregunta que le había hecho Lisette. Tal vez fuera la pregunta que se hacían todas las familias al tener que enfrentarse a un diagnóstico así.

Jonathan asintió.

–Sí, estoy seguro. He visitado a varios médicos. No quería contároslo todavía para no estropearos el viaje, pero Lisette insistió.

J.B. frunció el ceño.

–¿Lisette?

–Su secretaria –intervino Mazie, secándose los ojos–. La conozco. Es una mujer encantadora, lo suficientemente inteligente como para mantener a Jonathan a raya.

–Eso espero –dijo Jonathan–, porque voy a casarme con ella el sábado y quiero que vengáis a la ceremonia.

–¿Te has vuelto loco? –saltó Jonathan–. No puedes casarte el sábado. Eso es ridículo.

–No lo entiendo, Jonathan. Nunca me habías contado que te interesara

Lisette. Además, ¿no es algo mayor que tú?

Él se encogió de hombros, molesto por aquel estúpido argumento.

–Sí, cinco años. Tampoco pasa nada. Pero no, no estamos enamorados. Le he pedido que se case conmigo para poder incluirla como socia en la compañía. Cuando me falle la salud, Lisette podrá tomar decisiones. De momento, podrá sustituirme los días malos. Es necesario que retrasemos todo lo posible la noticia de mi enfermedad para que los precios de las acciones no se vean afectados.

J.B. se cruzó de brazos sobre le pecho con expresión seria.

–¿Vas a hacer algo para evitar que pueda arruinarte? Créeme, tengo experiencia en ese asunto. ¿La conoces bien, confías en ella?

Jonathan estaba perdiendo la paciencia. La primera esposa de J.B. había ido detrás de él por su dinero y había convertido su vida en un suplicio. Era comprensible que J.B. hubiera tenido problemas con las mujeres y el matrimonio.

–Le confiaría mi vida –respondió Jonathan–. Aun así, hemos preparado un acuerdo prematrimonial, así que tranquilos. Os quiero mucho a los dos y quiero que estéis el sábado cuando me case. La otra persona que también va a saberlo todo es la mejor amiga de Lisette, Rebekah. Ella también vendrá.

Mazie se puso de pie y lo abrazó. Aquel gesto de su hermana pequeña a punto estuvo de hacerle perder la compostura.

–¿Quieres que prepare un gran banquete? –preguntó.

Sus lágrimas humedecieron la camisa de Jonathan, que tenía la mejilla apoyada en su cabeza.

–Gracias, hermanita, pero no. Nos vamos inmediatamente después de luna de miel a Antigua. Quiero que toda esta farsa del matrimonio parezca real.

J.B. también se levantó. Estaba muy serio.

–¿Y si tu salud empeora estando fuera del país?

Jonathan se irguió y le dio unas palmadas a su hermana en la espalda. No quería compasión en aquel momento. Quería que todo el mundo le tratara como si no pasara nada.

–Según los informes, no va tan rápido. Los dolores de cabeza no siguen un patrón. Hay días que estoy bien.

–Pero se ve que no te encuentras bien –le espetó su hermana, que parecía estar recuperando la compostura–. Deberíamos localizar a Hartley.

–No –exclamó Jonathan alzando la voz.

Sentía rabia y un profundo dolor desde la traición de su hermano. Al ver la expresión de Mazie, moderó su tono.

–No puedo ocuparme de él ahora mismo. Voy a necesitar de toda mi energía para mantener la compañía a flote y afrontar los síntomas que vayan surgiendo. Mi hermano no forma parte de esta ecuación. Prométeme, Mazie, que no intentarás localizarlo.

–Si eso es lo que quieres. ¿Y papá?

Jonathan sacudió la cabeza.

–No tengo ni idea. Habrá que decírselo más adelante. Pero creo que ahora es mejor fingir que no pasa nada.

–Seguramente tengas razón.

Los tres formaban un pequeño círculo. Por un momento, Jonathan casi podía ver a los niños que habían sido mucho tiempo atrás. Eran las personas más importantes de su vida.

–Quiero que seas amable con Lisette. Eso será muy difícil para ella. Necesitará tu apoyo y amistad.

–No voy a echarla de la ciudad –dijo J.B.–, pero no me siento cómoda con la idea de que le des tanto poder.

–La invitaremos a cenar. Ya verás lo encantadora que es –intervino mirando a su hermano–. ¿Te parece bien que quedemos cuando volváis? Cenaremos aquí, así podremos hablar tranquilamente.

–Me gusta la idea –afirmó Jonathan–. Ahora mismo, me estoy concentrando en el día a día. No es una sensación muy agradable.

La conversación derivó a otros temas, pero Jonathan no se dejaba engañar. Era una situación incómoda para todos.

La noticia había dejado muy afectados a su hermana y a su mejor amigo. Mazie no salía de su asombro y estaba muy triste, pero trataba de disimular. J.B., que siempre era el alma de la fiesta, se había puesto muy serio y sus ojos reflejaban un gran dolor.

Jonathan luchaba contra una inexplicable sensación de culpabilidad. Era fuerte y podía enfrentarse a lo que se le viniera encima, pero no soportaba causar dolor a las personas a las que amaba.

Según fue avanzando la noche se dio cuenta de que debía dejarlos solos para que asumieran la noticia. Además, era tarde y estaba cansado por el esfuerzo de mostrarse natural cuando sus sentimientos estaban a flor de piel.

No quería tener sentimientos, no confiaba en ellos. Desde el momento en

que su padre había internado a su madre en un psiquiátrico, Jonathan había aprendido a arrinconar el dolor y negarse a admitir su existencia.

J.B. lo acompañó al coche. Los dos hombres permanecieron en silencio bajo la débil luz de la farola.

—¿Te guardas algo? Puedes proteger a Mazie, pero no soportaría que me mintieras, aunque creas que tienes una buena razón para hacerlo.

Jonathan se apoyó en el coche.

—Te juro que no. No hay cura, ninguna esperanza. Me repetirán las pruebas cada dos meses e iremos viendo.

—Vaya mierda —dijo J.B. con la misma rabia e incredulidad que Jonathan sentía.

—Me voy a casa. Mi padre se estará preguntando dónde estoy.

—¿Y tu futura esposa?

—Nos veremos en el trabajo por la mañana. Tranquilo, J.B. Va a hacer algo maravilloso por mí.

—Al final se convertirá en una viuda rica.

—Por supuesto, es lo que quiero. No sé cómo va a resultar todo esto. Le he pedido a una mujer que ha sufrido un infierno con su madre que vuelva a pasar por lo mismo. El malo de la película soy yo, no Lizzy.

—¿Lizzy? ¿Tanta confianza tenéis?

—Llevamos mucho tiempo trabajando juntos. Somos amigos.

—¿Solo amigos? —preguntó J.B. sin molestarse en disimular su escepticismo—. ¿Acaso hay algo más que no quieres que sepa Mazie? ¿Te has estado acostando con tu secretaria?

—No es asunto tuyo, pero no, no es eso.

—Lo siento, colega, pero no suenas muy convincente. Creo que sientes algo por ella y cuando has visto que tu mundo temblaba por esta maldita noticia, te has agarrado al salvavidas más cercano.

Jonathan respiró hondo. J.B. lo conocía desde los cinco años. Era un tipo muy inteligente y perspicaz. Tal vez tuviera algo de razón en lo que acababa de decir.

—Qué demonios...

—Te gusta, ¿verdad?

Jonathan se frotó la nuca.

—Mentiría si te dijera que no he pensado en ella de vez en cuando, pero te prometo que nunca he cruzado la línea. Nunca, ni una sola vez.

–Tranquilo, te creo. La cuestión es si sabes lo que Lisette siente por ti.

–Lo que sé es que tiene un gran corazón y que siente lástima por mí.

–No sería una sorpresa que quisiera algo contigo. A algunas mujeres les van los tipos serios y formales.

Jonathan soltó una carcajada.

–Gracias por el apoyo –dijo con ironía.

–Cuando sonríes y te olvidas de informes y presupuestos, eres un tipo agradable.

–Lo pondré en mi lápida.

–Mierda, Jonathan, esto no puede estar pasando –dijo J.B. y en un movimiento inesperado, lo abrazó–. Puedes contar conmigo para lo que quieras, ¿lo sabes, verdad?

Jonathan se apartó, conmovido a la vez que desesperado.

–Sí.

Permanecieron en silencio lo que pareció una eternidad. Ninguno de los dos parecía querer moverse. Al fin, J.B. maldijo entre dientes.

–Si me entero de algún otro especialista, ¿irías? Puedo pagarlo, ya lo sabes.

–Y yo también. Te agradezco tu generosidad, pero te prometo que he visitado a los mejores. Han sido en estas últimas pruebas donde se ha descubierto lo que pasaba. Mi médico es un gran profesional. El maldito tumor es enorme... –dijo, y su voz se quebró.

J.B. clavó la vista en el suelo.

–Eres sin duda el mejor tipo que he conocido en mi vida. Si hay alguna posibilidad, por mínima que sea, hay que intentar encontrarla.

Jonathan sintió que los ojos le ardían.

–Tonterías. Si pretendes darme ánimos, deja de ponerte en ridículo. Además, todavía estoy vivo.

–Somos un equipo, amigo, y estamos juntos en esto.

En otra época, aquel equipo había incluido a Hartley. Jonathan apartó aquel doloroso pensamiento.

–Nos veremos el sábado.

–Allí estaremos.

–Le mandaré un mensaje a Mazie con los detalles.

–Sabes que va a estar pendiente de ti hasta agobiarte, ¿verdad? Es una mujer muy cariñosa y atenta.

–Desde luego. ¿Habéis empezado ya algún tratamiento de fertilidad?

–Todavía no, es pronto. El médico nos ha dicho que es importante que estemos relajados.

–Lo conseguiréis.

–Yo también lo creo.

–Me habría gustado haberle evitado este disgusto. No creo que las preocupaciones le vengan bien si está intentando quedarse embarazada.

–Mazie te habría matado si no se lo hubieras contado y se hubiera enterado por otro sitio. Estaremos bien.

Jonathan se subió al coche, encendió el motor y bajó las ventanillas.

–Cuida de mi hermana, J.B.

–Siempre –dijo su amigo e inclinó la cabeza.

A las diez de la mañana del jueves, Lisette bajó con Rebekah a la entrada del edificio de Tarleton Shipping y se encontraron con Jonathan. Después de los saludos, los tres se metieron en el coche de Jonathan. Lisette se sentó en el asiento trasero con Rebekah.

Cuando sus miradas se encontraron por el espejo retrovisor, Lisette sintió que el estómago le daba un vuelco. Parecía que habían transcurrido un millón de años desde el día anterior. Aunque Jonathan había estado entrando y saliendo de su despacho, apenas habían hablado. Sabía que había quedado con su hermana y su cuñado la noche anterior, pero no había tenido oportunidad de preguntarle qué tal había ido todo.

Rebekah se sentía confusa y asustada, y trataba de disimularlo. Lisette le había explicado que iba a conocer algunos secretos de la compañía y que tenía que firmar un acuerdo de confidencialidad.

Apenas tardaron diez minutos en llegar al bufete de la abogada. Era una mujer rubia muy atractiva, de la edad de Lisette o poco más. Después de saludarse, Jonathan se disculpó y se fue a otro despacho para dejar que las tres mujeres hablaran.

Lisette agradeció el detalle. Rebekah estaba cada vez más sorprendida, y seguramente se sentía más cómoda sin el presidente de la compañía en la misma habitación. Cuando las tres mujeres estuvieron a solas. La abogada tomó la palabra.

–Gracias por venir hoy, Rebekah. Jonathan y Lisette quieren compartir cierta información con usted, y el asunto es delicado. Si no quiere seguir

adelante, dígalo, y nos olvidaremos de ello.

–¿De veras quieres que haga esto? –preguntó Rebekah mirando a su amiga.

Por un momento, Lisette se sintió culpable. Guardar secretos no era fácil. Estaba deseando contarle a su amiga lo que estaba pasando.

–Sí. Siempre lo hemos compartido todo. Si no fuera importante, no te lo contaría.

Rebekah se volvió hacia la abogada.

–Deme los papeles. Firmaré lo que me pida Lisette.

El documento tenía al menos doce páginas. Cuando todo estuvo firmado, la abogada guardó los documentos en una carpeta.

–Pediré que preparen las copias. Cada parte se llevará una, incluyendo a Jonathan. Las dejaré a solas unos minutos para que puedan hablar.

La estancia se quedó en silencio. Rebekah se llevó las manos a las mejillas.

–Di algo. Estoy aterrada. Me siento como en una película de espías. ¿Qué demonios está pasando?

Lisette fue a decir algo, pero se detuvo. Iba a ser un gran alivio compartir los detalles de los últimos días con una amiga y que la ayudaría a superar los dilemas personales y éticos a los que se enfrentaba. Cuando le explicó la enfermedad de Jonathan, Rebekah se mostró afectada.

–Oh, Dios mío, cuánto lo siento.

–Hay más –continuó Lisette–. Quiere que la noticia se mantenga en secreto el máximo tiempo posible para que no afecte a la compañía.

Rebekah asintió.

–Tiene sentido. Eres su secretaria y tienes que estar al tanto de lo que pasa –dijo y frunció el ceño–. Pero ¿por qué yo? ¿Qué pinto en todo esto?

Lisette se mordió el interior del labio hasta que percibió el sabor de la sangre.

–Pensabas que estaba actuando de una manera rara y egoísta, y tenías razón. Eres mi mejor amiga. Quería que lo supieras para que nuestra relación no se viera perjudicada.

–Pero seguro que hay algo más. Acabo de hipotecar mi vida. ¿De qué va todo esto?

Lisette no pudo seguir sentada. El despacho de la abogada era amplio y espacioso, y estaba decorado con mucho gusto. Temblaba y estaba muy tensa. El oírse decir todas aquellas cosas en voz alta, hacía que su decisión pareciera más real y peligrosa.

–Jonathan me ha pedido que me case con él –dijo lentamente–. Así, cuando empeore, podré tomar decisiones y representarlo.

La expresión de Rebekah hizo que Lisette tuviera más dudas. Su amiga parecía horrorizada o muy sorprendida, o tal vez ambas cosas.

–Es una locura. No puede pedirte eso. Es demasiado.

–Pues lo ha hecho –murmuró Lisette.

Nunca le había hablado de la atracción que sentía por su jefe.

–Va a pasar por un infierno. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo como sufre.

–¿Y su familia?

–Serán un gran apoyo, pero debido a mi posición, soy la única que puede ayudarlo a dirigir Tarleton Shipping. La farsa de nuestra boda acallará cualquier protesta acerca de por qué tengo tanta libertad para tomar decisiones.

–Aun así no me gusta –dijo Rebekah–. Creo que se está aprovechando de ti. No me parece justo.

Había llegado el momento de sincerarse.

–Siento algo por él.

–Como ser humano, ¿no?

–Como hombre. Le quiero. Por difícil que sea esto, quiero estar a su lado todo el tiempo que le quede.

Capítulo Nueve

En las horas siguientes, la vida de Lisette se volvió más fácil a la vez que más complicada. Más fácil en el sentido de que Rebekah era ya su confidente, su tabla de salvación. Más complicada porque el plan que habían puesto en marcha se estaba precipitando.

Rebekah tomó un taxi para volver a la oficina mientras que Lisette y Jonathan se fueron a solicitar el certificado para contraer matrimonio.

Teniendo en cuenta las circunstancias, ver a Jonathan pagar las tasas no resultaba lo más romántico del mundo. Lisette sintió un nudo en la garganta.

Cualquier mujer estaría dispuesta a casarse con un hombre como Jonathan, pero las prisas y la meticulosidad con la que estaba dando cada paso resultaba demasiado frío, en opinión de Lisette. Quería ser para él algo más que un medio para conseguir un fin.

La mano le tembló al escribir su nombre junto al suyo. La tinta se emborronó y la letra quedó casi ilegible.

–¿Tenemos que repetirlo? –preguntó a la funcionaria.

–La joven negó con la cabeza.

–No, sigue siendo legal. Es todo lo que importa.

Cuando salieron a la calle, Lisette se detuvo para sacar las gafas de sol del bolso. Hacía un día soleado, pero lo que realmente quería era ocultarse detrás de ellas.

–¿Vamos a comer algo? –preguntó—. Estoy muerta de hambre. Esta mañana estaba muy nerviosa con todo ese asunto de Rebekah y la abogada, y no desayuné.

–Me encantaría, pero tengo una reunión. De todas formas, puedo dejarte en la oficina.

Jonathan desvió la mirada hacia los turistas que paseaban por la calle.

Charleston era un destino muy popular.

De nuevo, se mostraba distante. Lisette sintió que el corazón se le encogía. ¿Era así como iba a ser su relación, fría y distante, cuando no pudiera controlar los aspectos sentimentales de aquella situación? De repente, no se sentía con fuerzas para estar a su lado.

–Iré andando.

Bajó los escalones a una velocidad suicida, teniendo en cuenta los zapatos de tacón que llevaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas y parpadeó para contenerlas. ¿Cómo podía tratarla como a una simple empleada después de haberle pedido que se casara con ella?

–Espera, detente.

Lo ignoró y apretó el paso. Sentía un nudo en la garganta. Tenía cuarenta y ocho horas para decidir si podía seguir adelante con aquella farsa.

Una mano fuerte y masculina la agarró del hombro, obligándola a darse la vuelta. Jonathan la llevó hasta una zona de sombra, a la entrada de un callejón.

–Lo siento –dijo él con gesto de arrepentimiento–. Nunca antes he pasado por algo así. Lo estoy estropeando todo. No sé cómo debo comportarme.

Sin pedirle permiso, le quitó las gafas de sol y le secó las lágrimas. Lisette se sintió desnuda sin aquella protección.

–Dámelas –dijo, y al tratar de recuperarlas, él apartó la mano–. Al menos finge que te casas con una pobre mujer engañada que siente algo por ti –añadió levantando ligeramente la voz.

Su ardiente mirada se clavó en sus labios.

–¿Sientes algo por mí, Lisette?

–No es una pregunta justa –farfulló, recuperando las gafas y poniéndoselas de nuevo–. Necesito comer algo, vete.

Su boca masculina se curvó en una sonrisa que la dejó sin respiración.

–Siento algo por ti, Lizzy Stanhope, desde hace mucho tiempo. En muchas ocasiones he estado a punto de invitarte a salir, pero en la era del *#MeToo*, no me parecía lo correcto. Ni siquiera sabía si estarías interesada.

–¿Sientes algo por mí? ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

–Eres guapa, divertida e inteligente. Me gusta estar contigo.

Aquella afirmación le hizo perder la compostura.

–Siento haberte levantado la voz. Anda, vete o llegarás tarde a tu reunión.

Jonathan soltó un taco y luego deslizó las manos por su pelo hasta sujetarla por la cabeza. Cuando unió su boca a la suya y sintió sus labios cálidos, firmes y ansiosos, todo empezó a darle vueltas. Tal vez estaba teniendo un golpe de calor.

¿Era posible que un buen beso produjera un cortocircuito en la mente de una mujer? Cuando recuperó el sentido, Jonathan estaba respirando con dificultad. Tenía el rostro sonrojado. Sus gafas de sol estaban en el bolsillo de su chaqueta. ¿Cómo era posible?

—¿Eso ha sido una disculpa?

—No sé, ¿ha tenido éxito?

—Sí, maldita sea. Pero no creas que podrás engatusarme tan fácilmente cada vez que tengamos una discusión.

—¿Engatusarte? Tal vez seas demasiado mayor para mí.

El hecho de que le hiciera bromas al poco de besarla era la prueba de que se sentía cómodo con ella.

Aquella química que había entre ellos no era precisamente algo relajante.

—Anda y ocúpate de los negocios. No estoy enfadada contigo. Sé que es difícil para un poderoso empresario faltar una semana.

Jonathan miró su reloj y murmuró algo por lo bajo.

—Te veré por la mañana.

—Probablemente no. No eres el único que tiene planes.

—¿Nos vemos entonces en el juzgado el sábado? ¿A las dos?

—Allí estaré.

Volvió a besarla dulce y lentamente.

—Gracias, Lisette. Te prometo que no te arrepentirás.

Ya se había arrepentido, pero ya pensaría en eso en otro momento. De momento, fingiría que no pasaba nada.

—Vete. Todo va bien. No temas, no te dejaré plantado. No te preocupes por mí, Jonathan.

Jonathan dio un paso atrás y levantó la mano.

—Hasta el sábado. No llegues tarde.

Luego echó a correr y desapareció al doblar una esquina.

Lisette y Rebekah pasaron el resto del jueves en la oficina y decidieron tomarse el viernes libre para buscar un vestido de boda para Lisette. Era todo un reto para tan poco tiempo.

Por suerte, Rebekah era una ávida lectora de revistas de moda y a las nueve

de la mañana del día siguiente recogió a Lisette con una lista de tiendas de novias.

Lisette no pudo evitar desear que su boda fuera diferente. Siempre había soñado con el día en que se dirigiera hacia el altar por el pasillo de una gran iglesia al son de los violines tocando el canon de Pachelbel.

«Madura», se dijo. Durante los años de la enfermedad de su madre había aprendido que las ocasiones especiales no podían planearse al detalle. Las circunstancias podían cambiar.

Apartó aquellas fantasías infantiles y se recordó el motivo por el que había accedido a celebrar aquella boda.

Jonathan Tarleton la necesitaba.

Cuarenta y ocho horas después de la reunión con la abogada, Jonathan estaba en el despacho del juez, con el corazón desbocado. Lisette llegaba tarde. No mucho, lo suficiente para sentir un nudo en el estómago.

–Estás muy guapo –susurró Mazie con los ojos llenos de lágrimas–. Sé por qué os vais de luna de miel, pero no quiero que os vayáis. Estaré preocupada por ti a cada minuto. Prométeme que me llamarás y me mandarás mensajes.

–Por supuesto –replicó y le dio un beso en la frente a su hermana–. Además, ahora mismo me siento bien. Hace tres días que no me ha dolido la cabeza.

–No hace falta que te hagas el fuerte conmigo –dijo abrazándolo–. Hartley debería estar aquí. Esto no está bien.

–No empieces, Mazie. Bastante duro es el día de hoy como para que empieces a hacerme sentir culpable.

–Eres mi hermano y te quiero, pero a veces eres tan cabezota que me dan ganas de darte una bofetada.

La tomó por la barbilla en un gesto que odiaba desde niña.

–Nos pasa a los dos, hermanita.

J.B. deslizó el brazo entre ellos.

–Venga, tranquilos. Creo que la novia acaba de llegar.

Jonathan se dio la vuelta y vio la puerta abrirse. Rebekah entró primero, con un bonito vestido verde del color de los ojos de Lisette. Detrás de ella apareció la mujer que le aceleraba el corazón. Sus pies recorrieron la estancia sin ser consciente de haberles dado la orden.

–Lizzy –murmuró conmovido–. Estás impresionante.

El vestido de novia era perfecto, ni demasiado tradicional ni demasiado informal. Era el adecuado para una boda en el despacho de un juez. El tono marfil resaltaba la frescura de su piel. El corpiño sin mangas resaltaba sus pechos y su cintura. La falda, ligeramente acampanada, acababa justo encima de las rodillas.

Sonreía con confianza, aunque algo nerviosa.

–Tú tampoco estás mal, señor Tarleton. Siento llegar tarde. Se me había olvidado la maleta, así que tuvimos que pedirle al taxi que volviera.

Jonathan se tranquilizó. Gracias a Dios no había cambiado de opinión.

–Ya estás aquí, eso es lo que importa.

Dio un paso atrás y dejó que Lisette presentara a su amiga a Mazie y J.B. El juez carraspeó para indicar que estaba listo para comenzar. Todos ocuparon sus puestos. Jonathan se sorprendió al sentir sus manos húmedas. No todos los días se casaba uno.

Por un momento, una sensación de arrepentimiento lo invadió. Seguramente aquel no era el escenario que Lisette había imaginado de niña. Al menos, le había comprado un ramo de novia. Los lirios y las rosas rojas resultaban exagerados, pero aportaban una nota festiva. Lisette tomó las flores con la mano izquierda y deslizó la derecha en la suya.

Sintió que flotaba. Aquello parecía surrealista. Nunca en un millón de años se había imaginado casándose de aquella manera. Tampoco lo estaba haciendo a punta de pistola, pero casi. La voz potente del juez resonó en el pequeño despacho y Lisette se aferró a sus dedos.

Jonathan le apretó la mano. Todavía no podía creer que hubiera aceptado tomar parte de su plan. Estaba profundamente agradecido por su buen corazón y su sentido práctico.

Cuando llegó la hora de los anillos, un sentimiento de culpabilidad lo invadió. El día anterior, había dedicado tantas horas a trabajar que se había olvidado completamente de las alianzas. Por suerte, había tenido tiempo para buscar en la caja fuerte de su casa y había encontrado un anillo que había pertenecido a su bisabuelo. Como había sido diseñado para que lo llevara un hombre en su dedo meñique, serviría para que lo llevara Lisette hasta que tuviera tiempo de encontrar algo mejor.

Jonathan esperó a que Rebekah tomara el ramo de manos de la novia. Luego, tomó la mano izquierda de Lisette y le deslizó el anillo en el dedo.

–Con este anillo, te tomo a ti...

De repente, se le vino encima la trascendencia de aquella ceremonia. Aquello no estaba bien. Su intención no había sido burlarse de la institución del matrimonio. Estaba tan empeñado en mantener su imperio a flote que prácticamente le había exigido a Lisette su colaboración. Ella había sido muy amable y no le había hecho ver que estaba siendo un egoísta.

La miró, esperando ver reproche en su expresión, pero una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

–Por el poder que me ha sido conferido –continuó el juez–, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Estaba casado. Lisette Stanhope era su esposa.

Ella lo miró con timidez, esperando. Las otras cuatro personas que estaban presentes, también.

Sentía el cuerpo torpe y falto de coordinación. Jonathan Tarleton, que siempre sabía exactamente qué hacer en cada situación, estaba desconcertado. Como no vio otra opción, bajó la cabeza y unió sus labios a los de Lisette. Fue un beso fugaz simplemente para cumplir con los convencionalismos.

Cuando se apartó, hubo unos instantes de silencio antes de que todos se abalanzaran sobre ellos para darles la enhorabuena.

Lisette sonrió y aceptó los parabienes con gran naturalidad, pero evitó en todo momento encontrarse con su mirada.

Entonces, todo acabó. El juez tenía que irse y no iba a haber ninguna celebración. Mazie y J.B. se ofrecieron a llevar a Rebekah a su apartamento. Un coche alquilado estaba esperando para llevar a Jonathan y Lisette al aeropuerto. Jonathan había alquilado un avión privado para volar a Antigua.

Como hacía demasiado calor para estar en la calle, se despidieron en el vestíbulo. Excepto por el gran ramo que Lisette llevaba, no había nada festivo en toda aquella situación. Rebekah y Mazie parecían preocupadas. La mirada de J.B. era cautelosa.

Jonathan sabía que todos estaban observándolos, atentos a él por si se desmayaba. Su preocupación lo irritaba.

–Tenemos que irnos. El piloto nos está esperando –anunció.

Mientras los hombres recogían el equipaje que habían dejado al portero del edificio, las mujeres estuvieron charlando.

Apareció el coche y hubo una última ronda de despedidas. Al poco, Jonathan estaba sentado en el asiento trasero junto a su esposa.

–¿Estás bien de temperatura, tienes calor? –dijo ajustando el aire acondicionado.

–Estoy bien –contestó Lisette en tono apagado.

Hacía tres años que trabajaban juntos, y muchos más que se conocían. Sin embargo, en aquel momento, parecían unos desconocidos.

¿Qué debía decirle? ¿Cómo debería comportarse?

Por suerte, el trayecto hasta el aeropuerto apenas duró media hora. Era sábado por la tarde y apenas había tráfico.

–Creo que disfrutarás el viaje. Es un vuelo directo, con nuestra propia tripulación, dos pilotos y un sobrecargo.

–Seguro que es muy caro.

–Es el día de nuestra boda. Podemos darnos el lujo.

Lisette se quedó impresionada al ver el avión. Mientras el piloto hacía las últimas comprobaciones, el sobrecargo les sirvió champán y pastas.

Jonathan ni se molestó en decir que no podía tomar alcohol. Simplemente se limitó a pasarle su copa a Lisette cuando terminó la suya. Después de unos segundos de duda, dio cuenta de aquella segunda copa. Si estaba tan nerviosa como él, aquello la ayudaría.

Una vez en el aire, Lisette se quitó los zapatos y se sentó sobre las piernas. Había dejado el ramo en el asiento de al lado. Jonathan estaba a escasos centímetros, pero al otro lado del pasillo.

La presencia del sobrecargo los salvó de un silencio incómodo. Después de una hora en la que se sirvió la comida, el azafato se excusó y se retiró a un pequeño cubículo en la parte trasera del avión, dejándolos a solas.

Lisette reclinó su asiento, tomó una almohada y una manta y cerró los ojos.

Jonathan la estudió mientras dormía. Tal vez estaba fingiendo estar dormida. ¿Cómo saberlo? La luna de miel no estaba teniendo un buen comienzo. Si así iban a ser los siguientes siete días, lo mejor sería suspender el viaje.

Aunque no contemplaba esa opción. Su nueva esposa y él se dirigían al Caribe para pasar una semana que todo el mundo pensaba que sería de sexo y más sexo.

Resopló para sus adentros. Confiaba en que pudieran aprovechar esos días para conocerse mejor, no necesariamente en el plano sexual, aunque no podía negar que se le había pasado por la cabeza.

Incluso en aquel momento, su cuerpo se estremeció ante la idea de llevarse

a su nueva esposa a la cama. Antes lo había creído posible, pero en aquel momento, no.

Sin nada en qué ocupar su tiempo, tomó el ejemplar del *Wall Street Journal* que había guardado en el bolsillo del asiento delantero. Las predicciones y análisis financieros habituales no lograron mantener su interés más de unos minutos.

Acabó por dejar el periódico a un lado y maldecir entre dientes su insatisfacción.

Su compañera de viaje se irguió en su asiento y bostezó.

–¿Qué te pasa? He viajado con niños pequeños más tranquilos que tú.

–Lo siento –dijo, sin molestarse en disimular su tono malhumorado.

Ella lo fulminó con la mirada.

–Si tienes algo que decir, dilo. Llevas de mal humor toda la tarde. ¿Es por la boda? ¿Te arrepientes? ¿Te sientes atrapado?

–Es por todo.

Capítulo Diez

Lisette parpadeó sorprendida. Se estaba poniendo de mal genio.

–Fuiste tú el que insistió en casarnos. ¿Acaso el lobo feroz está teniendo dudas?

Jonathan estiró los brazos por encima de la cabeza y suspiró.

–Odio volar –murmuró.

–Pero a Antigua no se puede llegar en coche.

–Exacto.

Su ceño fruncido debería intimidarla, pero estaba cansada de fingir que aquel era un día de amor y romanticismo.

–Puedes ignorarme si quieres –dijo ella mirando las nubes por la ventanilla.

–No puedo ignorarte, Lizzy, ese es el problema.

–¿Qué significa eso? –preguntó volviendo la cabeza.

–Con ese vestido, eres la tentación personificada. Llevo toda la tarde deseando arrancártelo.

Se quedó boquiabierta mientras una oleada de calor subía por su garganta hasta su cara.

–No puedes hablar en serio.

–Soy un hombre –replicó encogiéndose de hombros–. Eres mi esposa. Ningún hombre en su sano juicio podría ignorar las consecuencias.

–Pensé que estabas cuestionándote nuestro acuerdo –susurró ella, sintiendo un nudo en la garganta.

–Y así era, pero no como piensas. Me molesta haberte estropeado el día. Pase lo que pase en tu vida, esta será siempre tu primera boda, y en lo que a celebraciones se refiere, ha sido un fiasco.

Su sinceridad alivió parte del dolor que sentía.

–Yo no me preocuparía por eso. Las expectativas no eran altas.

–Ay.

Su sonrisa le devolvió la confianza a Lisette. Aquel equilibrio de poder entre ellos era una situación sin precedentes. En sus papeles en Tarleton Shipping, las líneas habían estado muy claras. Nada de zonas grises.

Sin embargo, su relación pasaba a ser una amplia zona gris.

–¿Cómo te sientes? –preguntó, estudiando su rostro en busca de alguna señal de dolor o molestia.

–No quiero hablar de mi salud, ¿recuerdas?

–¿Así que no puedo preguntarle a mi marido cómo está? Eso resulta frío. Me interesaría igualmente por un conocido que supiera que está enfermo.

–Yo no estoy enfermo.

–No entiendo.

Jonathan se desabrochó el cinturón y comenzó a pasear arriba y abajo por el pasillo. De repente, una turbulencia sacudió el avión y Jonathan dio un traspie.

El azafato asomó la cabeza desde la parte de atrás del avión, con el micrófono en mano.

–Señor, va a tener que sentarse.

Jonathan asintió con la cabeza, y rápidamente tomó asiento y se abrochó el cinturón.

–¿Estás bien? –preguntó mirando a Lisette.

–Sí. No has contestado a mi pregunta.

–Tampoco ha sido una pregunta.

–No juegues con las palabras. ¿Por qué has dicho que no estabas enfermo?

Se quedó mirando al frente unos segundos antes de contestar.

–Tengo una bomba de relojería en mi cabeza, pero no quiero estar continuamente preocupado, preguntándome cuándo va a estallar y matarme. Tengo una vida que vivir y un futuro que planear, aunque no vaya a ser tan largo como me gustaría. No quiero pasarme cada día pendiente de mi lento deterioro. ¿Lo entiendes?

Se había aferrado con tanta fuerza a los reposabrazos que tenía los nudillos blancos. Sabía que no le daba miedo volar, así que su malestar debía de proceder de otra cosa.

Lisette alargó la mano derecha y entrelazó los dedos con los suyos.

–Sí, no volveré a preguntarte o, al menos, lo intentaré. Por lo que a mí

respecta, vas a vivir hasta los noventa años. ¿Te parece bien?

Parte de la tensión se desvaneció.

–Gracias –dijo mirándola de reojo–. Te prometo que buscaré ayuda cuando llegue el momento.

–Me parece bien.

No había imaginado que hacer manitas con su marido en el día de su boda fuera a afectarla tanto. Le había ofrecido su mano en un gesto de consuelo y comprensión. Ahora, no quería soltarlo, pero lo hizo. De esposa, solo tenía el nombre.

Las turbulencias pasaron y el azafato reapareció con bebidas y aperitivos.

–Aterrizaremos en cuarenta y cinco minutos.

–¿Tan pronto? –preguntó ella sorprendida.

Jonathan sonrió.

–Ahora, ya conoces las ventajas de volar en un avión privado. Además, nada es suficiente para mi nueva esposa.

El sobrecargo sonrió, así que su farsa debía de resultar convincente. Tal vez nadie se diera cuenta de que en realidad no eran pareja.

El aterrizaje en St. John's fue suave. Jonathan también había planeado aquella parte del viaje. En vez de que los recogiera un coche, había alquilado un todoterreno para llegar por las carreteras escarpadas que llevaban hasta la villa de su amigo.

El ambiente era cálido y húmedo, aunque no más que en Charleston, y el viento soplaba del océano. Se respiraba una fuerte fragancia de la exótica vegetación.

Después de cargar su equipaje en el jeep, Jonathan la ayudó a subirse al asiento del pasajero y enseguida iniciaron la última parte de su viaje. Conducía con destreza por las estrechas y accidentadas carreteras. Cuando se detuvieron ante la bonita mansión que sería su refugio durante una semana, Lisette se quedó sin palabras al ver todo aquel lujo.

Una doncella uniformada les dio la bienvenida y les enseñó la casa antes de excusarse para ir a acabar de preparar la cena. Las vistas daban al puerto natural de English Harbour, una extensión de aguas azules salpicada de varias decenas de veleros. Coloridas buganvillas rodeaban la propiedad y se enredaban por las balaustradas.

–Podemos cenar aquí –dijo Jonathan, señalando la elegante mesa de cristal de la terraza–. Veremos la primera puesta de sol a vista de pájaro.

–Me parece perfecto.

–Estás muy guapa con ese vestido –dijo mirándola de arriba abajo–, pero ¿no prefieres ponerte más cómoda para el resto de la tarde?

Buscó un significado oculto en sus palabras y no encontró ninguno. La idea de una ducha fresca después de un intenso día de boda y viaje le pareció maravillosa.

–Sí –respondió–. Como solo vamos a ser nosotros, no tenemos que ponernos ropa formal, ¿verdad?

–Desde luego que no. Esta semana es para nosotros.

La calidez de sus palabras y su sonrisa cómplice le produjeron un escalofrío. Independientemente de las circunstancias, pasar tiempo con Jonathan era un placer. Era un hombre fascinante y carismático. También era un hombre muy atractivo y masculino, y no quería pensar en lo que podía desencadenarse en aquel paraíso tropical.

La doncella les había conducido a la suite principal con su impresionante ducha de cristal. Jonathan fue a buscar las maletas al jeep y las colocó en sendos baúles, a los pies de la enorme cama. Sus postes curvos eran reflejo del estilo colonial inglés, al igual que las acuarelas que había repartidas por toda la habitación.

Lisette dejó los bultos de mano junto a la cómoda. Solo por estar con Jonathan en aquella habitación pensada para acoger a parejas, la inquietaba.

–Usaré el baño del otro lado del pasillo –dijo, evitando mirar a la cama o a su marido–. Será mejor que no lleguemos tarde a nuestra primera cena. La doncella dijo que estaría preparada en media hora –añadió, tratando de sonreír a pesar de su nerviosismo.

–De acuerdo.

Tomó el neceser y algo de ropa y se apresuró. En la otra habitación, cerró la puerta con cerrojo y se dejó caer en la cama. El corazón se le salía del pecho. ¿Tendría pensado Jonathan pasar la noche juntos?

Aquella posibilidad le producía una confusa mezcla de deseo y pavor. Ya no podían seguir disimulando la atracción sexual que había entre ellos. Jonathan ni siquiera se molestaba en ocultar las ansias de su mirada. Pero había dicho que necesitaban tiempo para acostumbrarse a estar juntos. ¿Lo habría dicho por ella?

Seguramente. Rara vez los hombres dejaban escapar la oportunidad de estar con una mujer que se mostraba interesada y disponible. Siendo su

esposa, era evidente que estaba disponible. Y hacía mucho tiempo que estaba interesada.

Aunque necesitaba unos momentos para recuperar la calma, el reloj corría en su contra. Se desvistió y se metió en la ducha, bajo el chorro de agua helada. El contraste entre el frío y la calidez de su piel la hizo revivir.

Se soltó el pelo que había llevado recogido en un moño para la boda y el viaje, y se lo cepilló. Luego se lo sujetó con una horquilla a cada lado y se miró en el espejo.

Jonathan le había contado que no había tenido ninguna relación seria recientemente. No tenía motivos para no creerlo. Aun así, la idea de desnudarse ante él la intimidaba. Su experiencia sexual era limitada y seguramente no tendría la misma desenvoltura que él.

Sin embargo, había tomado una importante decisión que afectaría a su vida. Después de años enamorada de su jefe, allí estaban, a solas, disfrutando de una falsa luna de miel. Si encontraba el momento adecuado, le diría que quería que aquel matrimonio fuera auténtico en todos los sentidos. Volvería a proponerle la idea del bebé. Al fin y al cabo, estaba renunciando a mucho por él.

Suspiró y sacó la ropa que había elegido para su primera noche juntos. Se trataba de un vestido suelto y vaporoso, que se anudaba al cuello. Era de color beis, lo que daba la impresión de estar medio desnuda. Unos finísimos hilos dorados recorrían el tejido de algodón de arriba abajo, captando la luz con cada movimiento.

Dejó caer el albornoz al suelo y eligió la ropa interior. El impulso de ir a por todas era fuerte, pero no era tan valiente. Prescindió de sujetador y se puso un tanga nuevo que se había comprado el día anterior en una tienda de lencería. Se metió el vestido por la cabeza y lo dejó caer hasta los pies. El suave tejido era una caricia en su piel delicada. Aunque se adivinaban sus pezones erectos, era perfecto para una cena romántica, especialmente en una luna de miel. Luego se retocó el maquillaje y volvió a mirarse al espejo. El vestido le sentaba bien y resaltaba sus curvas. ¿Le gustaría a su nuevo marido?

El corazón le latía como si hubiera estado corriendo. Trató de respirar hondo, pero no sirvió para nada. Estaba tan nerviosa como una virgen en su noche de bodas.

Abrió la puerta del cuarto de invitados y se asomó al pasillo. Jonathan

había dejado la suite abierta, así que pudo ver que la habitación estaba vacía.

Había estado mucho tiempo arreglándose. Probablemente estaría esperándola en la terraza.

Su intuición no se equivocaba. Lo encontró junto al muro de piedra, contemplando el idílico paisaje. Su ropa la sorprendió. En vez del habitual traje oscuro y corbata, se había puesto unos pantalones caqui y una camisa blanca de lino que resaltaba la anchura de sus hombros. Unos náuticos de piel completaban el atuendo.

Por alguna razón, aquella versión relajada de Jonathan le hacía parecer un desconocido.

–Espero que la cena esté lista –dijo ella–. Estoy muerta de hambre.

Jonathan se dio la vuelta y toda la sangre de su cuerpo se concentró en su entrepierna.

–Lizzy –murmuró–. Estás aquí.

Su sonrisa tímida lo encandiló. Llevaba un vestido muy atrevido, diseñado para hacer perder la cabeza a un hombre. Se ajustaba a sus pechos y cubría su cuerpo como si no llevara nada debajo. ¿Estaría desnuda?

La doncella apareció en el momento más inoportuno. Jonathan quiso decirle que se fuera, pero la bandeja que llevaba estaba llena de delicias y su estómago rugió.

La mesa estaba puesta de tal manera que los dos tenían vistas al océano. Le apartó la silla y esperó a que se sentara. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y quiso acariciarlo.

En vez de eso, se sentó frente a ella y prestó la justa atención a la explicación de qué era cada plato. Había plátanos fritos y un pescado local acompañado de una salsa de piña. De postre, un pastel de lima.

Lisette charló animadamente con la mujer, arrancándole una sonrisa de su rostro inexpresivo. Jonathan pensó en lo diferentes que eran. Ella se relacionaba con todo el mundo, mientras que él siempre se mostraba muy reservado.

El reciente diagnóstico solo había servido para aumentar su deseo de ocultarse detrás del directivo. Aun así, la dulce, generosa y compasiva Lisette había accedido a tomar parte en su plan. Quizá inconscientemente había sabido que lo haría, lo cual le convertía en un oportunista.

Aquello lo avergonzó, pero ya era demasiado tarde.

Una vez la sirvienta se aseguró de que tenía todo lo necesario, desapareció, dejando a los recién casados a solas para disfrutar del banquete.

Jonathan se obligó a comer, charlar y sonreír como cualquier hombre en su situación. Su confusión fue disminuyendo, en parte gracias a la magia de aquella noche tropical.

Lisette se recostó en su asiento, olvidándose de la comida, cuando el sol tocó la línea del horizonte.

–El sol está a punto de ponerse –susurró y tomó la mano de Jonathan–. Pide un deseo.

–Creía que eso solo se hacía con las estrellas fugaces.

–Podemos hacer lo que queramos. ¡Mira! –exclamó.

El sol parecía estarse ocultando más rápidamente en aquel momento. En cuanto el borde inferior tocó el océano, se convirtió en una gran bola y enseguida desapareció. Jonathan se quedó contemplando los colores del horizonte. ¿Cuántas puestas de sol viviría para ver?

–Ahora entiendo por qué mi amigo compró esta casa, no solo para deducirse impuestos.

–¿Deducirse impuestos? Oh, Jonathan, qué poco romántico eres.

–¿Has pedido un deseo?

–Sí, pero no voy a contártelo.

–Apuesto a que podría sacártelo.

–Eh... ¿Puedo preguntarte algo?

–Adelante, soy todo oídos.

–Hemos hablado de si íbamos a tener relaciones sexuales en nuestro matrimonio. También de pasar tiempo juntos para conocernos mejor.

Hizo una pausa tan larga que Jonathan se vio obligado a decir algo.

–Sí.

–Dijiste que sería si yo quería.

–Así es.

–Bueno –vaciló Lisette–. La incertidumbre me pone nerviosa, así que será mejor que tome la iniciativa y acabemos con esto cuanto antes.

Capítulo Once

Él frunció el ceño.

–Lo dices como si hablaras de una endodoncia o de la vacuna del tétano. Discúlpame si no me siento halagado. Ya te dije que no era necesario que nuestro matrimonio incluyera relaciones sexuales.

Ninguna mujer había considerado el sexo con él como un obstáculo a superar.

–No me he expresado bien. Es mi primera noche de bodas y no tengo guion.

–Yo tampoco, pero estoy seguro de que unos recién casados de verdad habrían tenido sexo antes de cenar. Tal vez ni habrían cenado.

Estaba prácticamente gritándola y no sabía muy bien por qué. De lo único que estaba seguro era de que quería arrancarle el vestido y comprobar cómo era Lisette Stanhope en la cama.

–Lo siento, no quería que te enfadaras. Olvídate de lo que he dicho.

Él se levantó bruscamente. La excitación corría por sus venas. Si no ponía un poco de distancia, iba a acabar haciéndola suya allí mismo, sobre la mesa.

–Discúlpame.

–¿No quieres tomar postre?

–Al demonio con el postre.

Una hora más tarde, Lisette estaba sentada con los pies descalzos sobre la barandilla, jugueteando con un trozo de pastel de lima. Era uno de sus postres favoritos y aquel era uno de los mejores que había probado jamás. Pero tenía el estómago hecho un nudo.

La doncella había recogido la mesa al poco de irse Jonathan. Después, la

mujer se había marchado discretamente en su coche. Lisette había oído el rugido del motor alejándose colina abajo.

Revivió en su cabeza la velada, preguntándose si tendría que haberse comportado de otra manera. No había pensado que surgirían problemas tan pronto. Parecía que la luna de miel se había acabado.

Había anochecido y el cielo se había llenado de estrellas. Se respiraba calma. Había dormido una siesta en el avión y no tenía sueño. Le resultaba más agradable disfrutar de la magia de la noche caribeña que meterse en una cama desconocida.

Además, no iba a compartir la cama con Jonathan. ¿Habría llevado su maleta al cuarto de invitados? ¿O habría dejado allí la suya? Se sentía demasiado cobarde para entrar y averiguarlo.

Tenía que superar los siguientes seis días y seis noches antes de poder volver a casa. La villa tenía una fantástica piscina y había llevado un par de trajes de baño nuevos. Tan vez podría dedicarse a leer y a tomar el sol.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de arrepentimiento, pero las contuvo. El rechazo de Jonathan le había dolido. Tan solo había pretendido hacerle saber que estaba preparada. Lo deseaba. Sin embargo, lo había dicho como si acostarse con su nuevo marido fuera una obligación. Con razón se había enfadado.

Dejó el plato con los restos del postre a un lado y se recostó para contemplar el cielo. Nunca se había sentido tan confusa ni tan insegura. Quería ayudar a Jonathan durante los siguientes meses.

Era un hombre honesto, atento y trabajador que había tenido mala suerte. Era también la clase de hombre que siempre había deseado como compañero, pero nunca había conocido a ninguno hasta dar con él. Al menos, nadie que la hiciera temblar de deseo. Lo deseaba desesperadamente.

¿Qué sabía ella de seducción? Aparentemente nada. Estaban en medio de un paraíso tropical y todavía seguía confusa. No quería dejar que él tomara la iniciativa. Quería hacer valer su femineidad, mostrarse atrevida y valiente.

Tal vez a los hombres no les gustaba eso en las mujeres. Tal vez preferían ser ellos los que dieran el primer paso, al menos al principio.

Era tarde. Debería meterse dentro. Justo cuando iba a levantarse, oyó una voz masculina detrás de ella.

–Lisette...

Se levantó y lo miró.

–¿Sí?

–Lo siento –dijo encogiéndose de hombros.

–Yo también lo siento.

Jonathan sacó el teléfono del bolsillo, tocó varios iconos y dejó el aparato sobre la mesa. Una música lenta comenzó a sonar, y le tendió la mano.

–¿Quieres bailar conmigo?

Nunca había imaginado que Jonathan Tarleton supiera bailar y enseguida comprobó que estaba equivocada. Cuando la tomó entre sus brazos y empezaron a dar vueltas por el patio, fue como si bailaran entre nubes.

Con la mejilla apoyada en su pecho, sintió su respiración acelerada. La estrechaba contra él, seguramente sintiendo que estaba casi desnuda bajo el vestido.

Terminó una canción y empezó la siguiente. Sentía su erección contra el vientre. Lisette no sabía qué decir, pero tampoco tenían por qué hablar. Sus cuerpos se comunicaban sin palabras.

Después de unas cuantas canciones más, se acabó la música. Antes de poder hacer nada, sintió los dedos de Jonathan jugando con el nudo de la nuca.

–¿Puedo? –preguntó, respirando junto a su oreja.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

–Sí.

Unos segundos más tarde, el vestido cayó al suelo. Jonathan dio un paso atrás y se quedó mirándola.

–Quiero otra oportunidad.

Ella se cubrió los pechos con los brazos. Se sentía tan excitada como insegura.

–Yo también. Quiero dormir contigo, Jonathan.

–¿Dormir? –dijo él arqueando una ceja.

–No te burles de mí. Estoy tratando de mantener la calma, pero es evidente que estoy en desventaja.

Su comentario le provocó una sonrisa.

–¿Qué te parece si me quito la camisa?

Se desabrochó los botones con tanta prisa que Lisette no pudo evitar reír. Pero cuando vio su pecho desnudo, se quedó de piedra.

–Si hubiera sabido que tenías esos abdominales debajo de tus trajes, habría tratado de seducirte hace mucho tiempo.

La tomó en sus brazos, su mirada ansiosa y ardiente.

–No, no lo habrías hecho. Siempre has sido una gran profesional. Nunca has dejado entrever que estuvieras interesada en mí.

–Por supuesto que no. Eras mi jefe.

Abrió la puerta de un empellón, entraron en la casa y cerró, empujando con la cadera.

–Y ahora soy tu esposo.

–Me alegro de que cambiaras de opinión –dijo ella acariciándole la mejilla–. Siento haberme expresado tan mal y haberte hecho creer que acostarme contigo era una imposición. No quería esperar, pero no elegí bien las palabras.

–Tendrás que compensármelo –afirmó dirigiéndose al dormitorio–. Tengo que hacerte una confesión –añadió dejándola sobre la cama–. Me temo que se me ocurrió esta idea de casarnos porque estaba obsesionado contigo, no porque estuviera pensando en Tarleton Shipping.

–Tal vez lo hiciste por ambas cosas. No me parece mal.

Jonathan se puso de pie y se quitó los pantalones y los calzoncillos. Al ver su miembro erecto se le secó la boca. Tenía un cuerpo muy viril. A pesar de ser un hombre que se pasaba el día trabajando, algo debía de hacer para mantener aquel físico.

Cuando sacó tres preservativos del bolsillo de los pantalones, Lisette cayó en la cuenta de que el motivo por el que había vuelto a la terraza a hacer las paces era porque quería una noche de bodas auténtica.

Su sonrisa traviesa le llegó al corazón y sus ojos se inundaron de lágrimas. Lo amaba. Esa era la verdadera razón por la que había dicho que sí a aquel matrimonio.

Seguía queriendo tener un hijo, pero a la vista de que habían estado a punto de echar a perder la noche, decidió no sacar el tema. Aun así...

Apartó las sábanas y alargó la mano.

–Ven a calentarte.

El suelo estaba muy frío por el aire acondicionado.

Aunque la cama era grande, cuando Jonathan se tumbó a su lado, su cuerpo grande y varonil llenó el espacio. Trató de irse a un lado, pero él la sujetó por la muñeca.

–Ven aquí, señora Tarleton –dijo apoyándose en un codo y apartándole un mechón de pelo de la cara–. Quiero una auténtica luna de miel.

Aquellas palabras no fueron especialmente provocadoras, pero la expresión de su cara la hizo temblar.

–Yo también –replicó ella, acariciándole el hombro.

–Me gusta que me toques, Lizzy.

Cuando él le tomó el pecho y le acarició el pezón con el pulgar, ella jadeó. Una oleada de calor recorrió todo su cuerpo, despertando sensaciones que ni siquiera sabía que existían.

Trató de decir algo, pero él se inclinó sobre su delicada piel y clavó suavemente los dientes. Se aferró a su pelo, dejando escapar todo el aire de sus pulmones.

Casi le daba la risa al recordar cómo se había imaginado aquel momento. En su cabeza, la primera vez con Jonathan iba a ser tierna y delicada. No sabía por qué se había hecho aquella idea.

La realidad estaba siendo muy diferente a sus fantasías. Era mucho más visceral, más ardiente. La tocó por todas partes y, mientras lo hacía, no dejó de murmurar halagos y exigencias. No permitió que se mostrara cohibida. Sus ansias encendieron las suyas, llevándola a sitios que nunca antes había conocido.

Rodaron por el colchón, ambos deseando llevar al otro al límite. Jonathan le bajó el tanga de encaje por las piernas con cuidado para no rompérselo. Luego, se deslizó hacia abajo en la cama.

–Quiero saborearte –dijo él–. Separa las piernas.

Con aquellas tres simples palabras, se convirtió en su esclava. Por un instante, sus muslos se tensaron instintivamente.

Jonathan se apoyó en los codos, le separó los tobillos y levantó la cabeza, mirándola desafiante.

–¿Te parece demasiado, Lizzy?

Ella se obligó a relajarse.

–No, eso nunca –contestó suavemente.

Además de bailar, Jonathan tenía otras habilidades. A velocidad vertiginosa la llevó al borde del primer orgasmo. Su cuerpo era suyo. Era un maestro plegándola a su voluntad.

Aunque quería darle el mismo placer que le estaba dando a ella, apenas podía tomar aire para respirar ni para ahogar los jadeos de satisfacción. No le dio ni un minuto de tregua, hasta que las sacudidas del éxtasis la dejaron agotada.

Por fin pudo descansar.

–Eres increíble –dijo él, apoyando la mejilla en su muslo–. Tal vez no salgamos nunca de esta habitación.

Con el pelo revuelto y las pupilas dilatadas de la excitación, parecía un hombre muy diferente al que controlaba aquel imperio empresarial con total seguridad. Esa noche estaba desnudo y completamente entregado a satisfacer a su esposa.

–Llevaba mucho tiempo deseando esto –dijo ella sin parar de temblar–. Túmbate boca arriba, Jonathan. Quiero disfrutar de ti.

Los músculos de su garganta se tensaron al tragar saliva. Su erección chocó con su muslo.

–¿Debería estar asustado? –preguntó divertido, mientras se colocaba en el lado vacío de la cama.

–Mucho.

Colocó las manos detrás de la cabeza. Su sonrisa pícaro lo hacía parecer más joven y desenfadado. Por un momento, consideró la realidad del futuro que les esperaba, pero enseguida apartó aquel pensamiento. Nada de lágrimas ni lamentos en aquel momento.

A pesar de lo que acababa de ocurrir, se sentía intimidada de que la viera desnuda. Mientras pensaba en cómo hacerle disfrutar, tiró de la colcha, se cubrió con ella y la mantuvo agarrada con una mano.

Su mirada fue a dar con una urna llena de hierbas secas. Sacó una pajita y deslizó su punta por el brazo.

–Esto servirá.

Jonathan abrió los ojos de par en par. Quizá esperaba sexo oral. Todo a su debido tiempo. Quería mantener desconcertado a su nuevo marido, que a veces pecaba de arrogante. No le vendría mal un poco de intriga sobre lo que estaba tramando.

Trató de volver a la cama sin soltar la colcha, pero le fue imposible.

–He visto todo lo que hay que ver. No hay razón para que te muestres tímida ahora.

El tono desafiante de su voz la envalentonó. Dejó caer la colcha y se quedó de pie a un lado de la cama, desnuda. La intensa mirada de Jonathan fue suficiente para sentir que se derretía.

–No es timidez. Simplemente estoy planeando mi asalto.

–Eso suena peligroso.

–Cierra los ojos, Jonathan, y relájate –dijo deslizando la mano lentamente por su muslo.

Él obedeció a la primera orden y rio.

–¿Relajarme? No puedes hablar en serio. Me tienes al borde de las llamas.

–Tengo fe en ti –afirmó y se inclinó para besarlos en los labios.

Metió la lengua en su boca y buscó la suya.

–Hagas lo que hagas, no abras los ojos, simplemente déjate llevar por el placer –dijo bajando la voz hasta quedarse en un susurró–. Quiero que sientas todo, ¿comprendido?

–Lo intentaré –asintió él.

Con la punta de la pajita lo acarició por las orejas y después por las mejillas. Él jadeó y cerró los puños sobre las caderas. Luego, siguió deslizando la pajita por su esternón y fue bajando por su vientre. Cuando se acercó a su miembro erecto, todo su cuerpo se puso rígido y dejó escapar un gemido.

–Todavía no –susurró ella–. Estás muy tenso. Quieres tener el control, ¿verdad?

–Por supuesto.

Le pasó la punta de la pajita por los muslos y rozó como sin querer la zona sensible de su entrepierna. Luego continuó bajando por las pantorrillas y los tobillos hasta llegar a los pies.

–Si te dejas llevar será maravilloso –le prometió Lisette.

La palabra que soltó Jonathan la hizo sonreír. Siguió acariciando su cuerpo con la pajita y se detuvo a jugar con su erección. Su miembro estaba duro y erguido, listo para la acción.

Al estimularlo de aquella manera, un escalofrío recorrió su cuerpo.

–Por favor, déjalo ya –murmuró él.

Dejó la pajita a un lado y se metió en la cama. Luego, tomó su miembro entre las manos y lo apretó suavemente.

Antes de que pudiera saborearlo en el sentido más íntimo, trató de recuperar el control. Se incorporó, tomó su cabeza entre las manos y atrajo su boca hacia la suya antes de besarla con desesperación.

–No puedo esperar –protestó–. Ahora, Lizzy, ahora.

Jonathan buscó a tientas un preservativo y la embargó una gran desilusión. ¿Cambiaría en algún momento de opinión respecto a tener un hijo?

Enseguida se colocó sobre ella y la penetró, provocando que su mundo

explotara. Se aferró a sus hombros y le clavó las uñas. Él gruñó de dolor, pero no se detuvo. Tampoco quería que lo hiciera. La sensación de tenerlo dentro de ella se quedaría impresa en sus recuerdos para siempre.

Lisette arqueó las caderas, incitándolo a penetrarla más profundamente.

–Jonathan... –gritó.

Se sentía eufórica, a la vez que aterrada. Nunca sería capaz de proteger su corazón.

–Relájate, Lizzy –le susurró al oído–. Te deseo de todas las maneras que se puede desear a una mujer. Vas a ser mía durante todo el tiempo que tengamos.

Ni siquiera el hecho de que se refiriera a la cruda realidad en aquel momento pudo evitar que se detuvieran en su carrera hacia el éxtasis.

–Sí –dijo ella entre jadeos–. Sí.

Para su sorpresa, volvió a poseerla, arrastrándola por la fuerza de la pasión. Jonathan se puso rígido y la embistió una y otra vez hasta que su cuerpo se liberó y se dejó caer sobre ella.

Capítulo Doce

«Dios mío, ¿qué hemos hecho?».

Jonathan estaba adormilado y saciado. Tenía el cuerpo entumecido y el cerebro empañado por un montón de pensamientos sin sentido.

Cuando pudo abrir un ojo, vio a su esposa dormida, acurrucada contra él. Aquella visión fue suficiente para que el miembro se le endureciese de nuevo.

Si hubiera sabido que sería así, no se habría separado de ella en los últimos tres años. Esa noche había conocido una nueva faceta de Lisette Stanhope. Sabía que era capaz y eficiente, pero no que fuera atrevida en la cama.

Se había estado escondiendo detrás de aquella ropa recatada y aburrida. Allí, en Antigua, su sexualidad había florecido. Tal vez siempre había estado ahí y no se la había mostrado.

De repente le asaltó un pensamiento desagradable. Su nueva esposa no era virgen, tenía treinta y siete años. ¿Cómo habría aprendido a volver loco a un hombre? Había disfrutado dándole placer a Jonathan, pero cuando le había llegado el turno a ella, le había llevado a perder el control con aquellas caricias, la situación lo incomodaba.

Había sido una experiencia muy excitante y le había abierto los ojos en un sentido erótico, pero había resultado un momento inquietante. Nunca antes había tenido sexo así con una mujer. Lo básico no había sido muy diferente, pero sí las sensaciones, la forma en que su cuerpo había respondido al olor de su piel y al sonido de su voz.

Se levantó de la cama y se fue al baño. Lisette seguía profundamente dormida, así que se dio una ducha. Cuando volvió a la habitación cubierto tan solo por una toalla, tenía los ojos abiertos.

Se incorporó y se apoyó en los codos. La sábana cayó por debajo de sus pechos.

–Buenos días.

–Buenos días para ti también –respondió sin poder disimular el bulto de la toalla.

Lisette fingió no darse cuenta.

–¿A qué hora viene la doncella?

–Me dijeron que había comida suficiente en la nevera para desayunar y comer. El domingo es su día libre. Estamos solos.

Aquellos increíbles ojos verdes se quedaron estudiándolo atentamente. Parecía estarlo desafiando con la mirada.

–Estupendo.

–¿Has dormido bien?

–Creo que sí. No recuerdo nada de anoche. Estaba muerta.

–Lástima. Hubo momentos espectaculares.

–Ah, eso sí lo recuerdo –dijo sonriendo con picardía.

Jonathan se quitó la toalla y la buscó con sus brazos.

–Del uno al diez, ¿cuánta hambre tienes?

La colocó sobre él y le acarició el trasero.

–Tenía hambre de una tortilla, pero me vendrá bien un aperitivo antes.

Él se tomó un momento para disfrutar de las vistas. Con el pelo revuelto y la piel caliente de la cama, sentía dolor solo de verla. Parecía más relajada. La noche anterior, algo se había consolidado en su relación.

–Aun a riesgo de parecer un pervertido, tengo que decir que tienes unos pechos espectaculares.

Eran generosos y firmes, con los pezones rosados. La imagen de su esposa amamantando a un bebé se formó en su cabeza. Sabía que Lisette quería tener un hijo, se lo había dejado muy claro. Era demasiado pronto para tomar una decisión así, pero de repente, empezaba a considerarlo.

–Dime la verdad –dijo él respirando pesadamente–. Anoche te pusiste ese vestido para hacerme perder la cabeza.

–Hacía mucho calor anoche –afirmó esbozando una sonrisa inocente.

Él resopló.

–En Charleston también hace calor y nunca te había visto con un vestido así.

–Solo me ves en el trabajo. Tal vez siempre visto así cuando no estoy en la ciudad.

Tiró de ella y le dio un beso.

–¿Ah, sí?

–No.

Lisette se dio cuenta de que las cosas iban muy rápido. Necesitaba desesperadamente ir al baño.

–¿Jonathan?

–¿Sí?

La estaba besando en el cuello, justo debajo de la oreja derecha.

–Dame tres minutos.

En el cuarto de baño cerró la puerta, confiando en que no oyera el sonido del cerrojo al correrlo. Necesitaba intimidad, pero sobre todo, poner orden a sus pensamientos.

Después de aliviar sus necesidades más urgentes, se aseó, y se quedó mirándose al espejo. Ya era una mujer casada. Estaba vinculada legalmente a Jonathan y estaría con él día tras día. Era su esposa, en lo bueno y en lo malo.

Un rato antes, cuando se había despertado y lo había visto junto a la puerta, casi le había parecido un desconocido. En los años que hacía que lo conocía, nunca lo había visto sin afeitado. En aquel momento, una barba incipiente ensombrecía sus mejillas, dándole un aire desenfadado. Ese Jonathan desaliñado le gustaba más que el Jonathan en esmoquin.

Volvió al dormitorio sintiendo una mezcla de ansiedad y temor. El sexo por el día era diferente. No se podían disimular los defectos ni fingir ser muy seductora cuando en realidad no se era.

Jonathan estaba mirando su teléfono, pero lo guardó en cuanto la vio. Su sonrisa le provocó un escalofrío.

–Hola –dijo dándole una bienvenida cálida–. Ven aquí conmigo.

A pesar de la vergüenza que sentía, no se lo tuvo que pedir dos veces. Se mordió el labio superior e ignoró el cosquilleo de su estómago antes de lanzarse en caída libre cuando Jonathan tiró de ella y le acarició el brazo. Cuando continuara con las caricias por otras partes de su cuerpo, estaría perdida.

–¿Qué quieres hacer hoy? –preguntó ella.

–¿Después del sexo y el desayuno? Al paso que vamos, no nos quedara mucho tiempo libre.

–¿Es eso una queja?

Apoyó la mano en su muslo y sintió la fuerza de sus músculos.

–Por supuesto que no. Estoy dispuesto a saltarme el desayuno si mi mujer me mantiene ocupado toda la mañana.

Como si fuera una señal, a Lisette le rugió el estómago. Se acurrucó junto a Jonathan y le puso la mano sobre el pecho. Luego le paso una pierna por encima de las suyas.

Sin previo aviso, él se volvió, se colocó sobre ella y la besó suavemente.

–¿Tienes mucha hambre? –le preguntó, frotando su nariz con la suya.

Un torbellino de emociones se apoderó de ella y sintió que se ahogaba. ¿Cómo iba a mostrarse indiferente? La mayoría de los recién casados estarían haciendo planes sobre su futuro. Sin embargo, lo que Jonathan le pedía era que viviera el momento, algo que le estaba resultando más difícil de lo que había pensado.

–Tengo hambre de ti. Lo demás puede esperar.

Tal vez Jonathan percibió su ambivalencia, porque después de tomar un preservativo, la acarició con tanta delicadeza que a punto estuvo de llorar. ¿Cómo iba a protegerse? Estar con él de aquella manera resultaba devastador. No soportaba la idea de perderlo.

La penetró tan lentamente que lo rodeó con las piernas para instarlo a que se diera prisa.

–Dime cómo te gusta, preciosa –dijo él con voz temblorosa–. Despacio y delicado, o rápido y salvaje. Te daré lo que quieras.

–Quiero un hijo, Jonathan. Por favor.

Aquellas palabras escaparon de sus labios, llevada por la necesidad de retener una parte de él con ella para siempre. Enseguida se dio cuenta de que había estropeado la magia. Jonathan estaba al borde del orgasmo, pero rodó a un lado con expresión muy seria y se marchó al baño.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y recogió sus cosas para buscar refugio en el cuarto de invitados. No podía hacer aquello. No era justo.

Hundió el rostro en las almohadas y no paró de llorar hasta quedarse sin lágrimas. Apenas llevaban veinticuatro horas juntos y su matrimonio hacía aguas. Jonathan le había pedido lo imposible, que fuera su sustituta en el trabajo y su compañera en la cama. Pero no había hablado de amor. No podía tomarse aquello como algo real.

La relación no iba a funcionar como había planeado. Pensaba que se

conformaría con una pequeña porción de su vida, que podría olvidarse de él cuando llegara el momento. Pero ya no estaba tan segura de que fuera a resultarle fácil.

Se levantó y se duchó. Después, se puso uno de sus nuevos biquinis y se cubrió con un vestido recatado. Cuando sintió hambre, fue a la cocina y descubrió que su marido ya había comido. Se tomó un plátano, un yogur con cereales y una taza de café solo con mucha azúcar.

Luego estuvo andando y tomando el sol. Al cabo de un rato, Jonathan apareció y se acomodó en una tumbona al otro extremo de la piscina. Después, se puso a leer una revista económica y echó alguna que otra cabezada. En ningún momento hizo amago de entablar conversación.

Estaba dolida y enfadada, pero no estaba dispuesta a pedir disculpas por sentirse así. No le parecía ilógico pedirle un hijo. Al fin y al cabo, estaba renunciando a sus sueños por Jonathan. Él le había prometido que se lo pensaría, pero ¿lo habría dicho en serio?

Tal vez había una manera mejor de hacer sanar sus heridas, algo muy básico y elemental como la atracción entre un hombre y una mujer.

Cuando el calor del sol apretó, se quitó el vestido y se aplicó crema bronceadora. De espaldas a Jonathan, se recogió el pelo en un moño y se agachó para recoger el cepillo que había dejado caer intencionadamente. ¿La estaría mirando? Nunca antes había hecho nada así por llamar la atención, pero estaba desesperada.

Esta vez, en lugar de tirarse de cabeza como un rato antes, se puso las gafas de sol y se metió en el agua por los escalones de la piscina, que casualmente estaban al lado de Jonathan. Después, dio algunas brazadas de un extremo a otro. Cada vez que daba la vuelta, desviaba la mirada hacia él. Con la mirada oculta tras las gafas, podía observarlo sin que se diera cuenta.

Había despertado hacía un rato.

Llevaba unos pantalones sueltos y no podía ver si estaba respondiendo físicamente a su provocación, pero sí reparó en que se había aferrado al reposabrazos de la tumbona.

Era evidente que no podía ignorarla y era eso con lo que contaba. Tal vez la suya no fuera una relación normal, pero había posibilidades de que progresaran.

Jonathan no podía seguir obviando el asunto del bebé. La deseaba desesperadamente, tanto como ella a él.

La indignación y la lujuria eran una combinación peligrosa. Jonathan no estaba satisfecho de cómo habían ido las cosas ese día, pero se negaba a arrastrarse ante su esposa. Sabía cómo se sentía, se lo había dejado muy claro.

Era un maestro negociando y por experiencia sabía que siempre era mejor que el adversario se acercara a él que viceversa. Así que se quedó donde estaba, convencido de que estaba en lo correcto, lo cual no le sirvió de consuelo cuando Lisette se puso de pie en la parte menos profunda de la piscina y empezó a salpicarse agua.

Según el gusto caribeño, su biquini era recatado, pero lo cierto era que los pechos parecían a punto de salirse del top y el trasero apenas quedaba cubierto por la parte inferior.

Cuando le dio la espalda por enésima vez y comenzó a dar brazadas hacia el otro extremo, ya estaba harto. Se puso de pie, bajó los escalones y se dirigió hacia su presa sigilosamente. En la universidad, había pertenecido al equipo de natación y llevaba toda la vida viviendo en la costa.

Lisette Stanhope Tarleton no tenía posibilidades.

Unos segundos después, se deslizó debajo de ella, la rodeó por las piernas y tiró del ella hacia el fondo. Aquel repentino asalto hizo que perdiera las gafas.

La tomó por el cuello y la besó con fuerza. Luego, se impulsó hacia la superficie. Cuando pudieron respirar, la tomó por la cintura y la levantó lo más alto que pudo.

–Sujétate al trampolín, Lizzy.

Ella obedeció, pero se la veía confusa.

–¿Qué estamos haciendo? ¿Acaso es una pose de yoga?

–Llámalo como quieras, señora Tarleton, pero no te sueltes.

Lentamente, deslizó el top del biquini por debajo de sus pechos. Estaba jugando a un juego arriesgado. Para mantenerse a flote tenía que estar continuamente moviendo las piernas. La rodeó con un brazo por la cintura. Eso estaba mejor. Así podía llevarse a la boca uno de sus pezones sin hundirse.

Su piel sabía a cloro y a aceite de coco. Por lo visceral de su reacción, podía estar saboreando su sexo. Con la mano libre, le bajó la parte inferior y

lo dejó al borde de la piscina. Enseguida le siguió el top. Suavemente, la penetró con dos dedos y sintió que sus muslos internos se contraían.

–¿Jonathan?

–No sé qué hacer contigo –murmuró, sorprendido por su propia reacción.

–Podríamos irnos a la parte que no cubre.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que se había referido a las grandes cuestiones de la vida, mientras que ella se había tomado su comentario al pie de la letra y le estaba dando una solución práctica.

–Cierto. Suéltate, cariño. Te tengo.

La llevó hasta el centro de la piscina, donde el agua cubría por el cuello. Seguía rodeándolo por los hombros, a pesar de que ya no necesitaba apoyarse en él.

Sus ojos verdes lo miraban como si pudiera atravesarlo. Al menos, eso le pareció por un instante.

–Me gusta tu aspecto de pirata –dijo ella suavemente–. Lástima que tenga que desaparecer cuando volvamos a casa.

–Ser el jefe tiene a veces su lado negativo –replicó, y la besó en la nariz y luego en los labios–. Voy a tomarte aquí mismo.

–No tenemos preservativo, ¿recuerdas?

–No voy a correrme dentro.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

–No puedo correr ese riesgo, no cuando estás tan seguro de no querer tener un hijo. Quiero que me dejes embarazada, pero porque sea una decisión meditada por tu parte.

–Abrázame con las piernas.

Lisette estaba completamente desnuda, pero Jonathan no se había quitado el bañador. No podía pasar nada, así que obedeció. Sus senos acabaron aplastados contra su pecho.

–Tenemos una magnífica cama enorme. Podemos volver dentro.

Jonathan se estremeció y frotó su miembro erecto contra su sexo, atormentándolos a los dos. Lisette hundió el rostro en su hombro y gimió.

–Te deseo –dijo él.

Por un momento, estuvo a punto de ceder. Dejar embarazada a Lisette era una idea que rondaba en su cabeza. Podía darle un hijo, su hijo.

Pero su fuerza de voluntad era más fuerte que su deseo porque la quería. Ser madre soltera era una tarea difícil y solitaria. Cuando faltara, quería que

Lisette fuera libre, que no tuviera cargas.

Le apartó los brazos del cuello y la hizo levantarse.

–Vamos dentro, Lizzy, date prisa.

Ella arqueó las cejas.

–No puedo salir así. Estoy desnuda. Pásame el biquini.

–Estamos solos. Venga, doña Recatada, si alguien aparece, me echaré sobre ti y te cubriré para que no vean nada.

Lo tomó de la mano y lo siguió fuera la piscina, riendo.

–¿Harías eso por mí?

Abrió el grifo de la ducha exterior.

–Por supuesto. Solo tienes que pedírmelo.

Se turnaron para ducharse y luego se envolvieron en unas toallas. Jonathan estaba al borde de perder el control. Hacía horas desde la última vez que había hecho el amor a su esposa y estaba decidido a recuperar el tiempo perdido.

Capítulo Trece

Unas horas después de salir de la piscina, Lisette estaba junto a su atractivo marido en medio de un grupo de gente en Shirley Heights, una fortaleza militar. Aquel lugar, justo encima de la villa que estaban ocupando, ofrecía unas vistas increíbles de la puesta de sol. Cada domingo por la noche, los lugareños organizaban una multitudinaria barbacoa amenizada con música.

Como era el día libre de la doncella, Jonathan había sugerido que cenaran allí. La sujetó contra él mientras se abrían paso entre la gente. Los deliciosos aromas de las parrillas y los ritmos de los tambores creaban un ambiente festivo.

Después de que hubieron cenado, buscaron sitio en lo alto de una colina para contemplar la famosa puesta de sol de la isla. Lisette se sentía segura entre los brazos de Jonathan y se recostó en él a la espera de ver el destello verde del crepúsculo. Allí, en mitad de aquel regimiento de turistas, sintió la extraña combinación de relax y excitación. Olía maravillosamente a una mezcla de piel masculina y loción para el afeitado.

Alguien los empujó al pasar y Lisette tropezó hacia delante.

–¿Estás bien? –preguntó Jonathan observándola.

–Sí. ¡Ahí está! ¡El destello verde!

El sol acababa de desaparecer y en el horizonte se adivinaba un rayo verde.

–Tal vez sea un buen augurio –susurró Jonathan junto a su oído, y la rodeó por la cintura.

–No imaginaba que fueras supersticioso.

El Jonathan Tarleton que la mayoría de la gente conocía era un tipo racional, poco dado a dejarse llevar por fantasías.

Rápidamente se hizo la oscuridad y lentamente volvieron adonde habían aparcado el jeep.

–¿Lista para volver a casa, señora Tarleton? –preguntó, ayudándola a sentarse antes de besarla.

Sus labios era firmes y cálidos, y sabían a la canela del postre que habían compartido. Cuando se separó para rodear el coche hasta el lado del conductor, Lisette se llevó la mano al pecho. Habían hecho el amor dos veces ese día y aun así seguía deseándolo.

De vuelta en la casa, ella se duchó mientras él revisaba que estuvieran cerradas las puertas y encendía el filtro de la piscina. Cuando volvió, la encontró sentada en la cama con otra de sus nuevas adquisiciones. Aquel raso color café la hacía sentirse sexy y juguetona.

Por el brillo de los ojos de Jonathan supo que a él también le gustaba.

–No tardaré mucho –le prometió.

Mientras esperaba, se dio cuenta de que tenían un problema. No deberían usar el sexo para manipularse mutuamente. No era conveniente ni tampoco sano. Jonathan le había prometido que pensaría en el asunto de tener un hijo, pero no veía ninguna señal que indicara que estuviera cambiando de opinión.

Tal vez debería insistir. Jonathan tenía que hacer algunas concesiones. Se había casado con ella y no podía ocultarle lo que sentía. Si iba a estar a su lado, tenía que confiar en ella.

Todos aquellos pensamientos se esfumaron cuando apareció en la habitación y se metió en la cama mojado de la ducha.

–¿Te has secado?

–Tenía prisa –contestó, deslizando la mano entre sus muslos–. Estás muy guapa con esto.

Le acarició un pecho por encima del raso. Tenía las pupilas dilatadas y su erección volvía a estar a punto.

–Gracias.

Se tumbó de espaldas y tiró de ella hasta colocarla sobre él.

–Me encanta verte así. Eres preciosa, Lizzy –dijo subiéndole el camisón hasta la cintura.

Ella se echó hacia delante y puso las manos sobre sus hombros.

–Me gusta adónde está yendo esto.

Jonathan tomó un preservativo y se lo dio con una sonrisa retadora.

–¿Me haces los honores?

–Si quieres...

Bajo su atenta mirada, no pudo evitar ponerse nerviosa. Después de abrir el

envoltorio, cuando llegó el momento de desenrollar el látex por su pene, le temblaban las manos. Jonathan, por su parte, permaneció inmóvil. Estaba rígido, como si estuviera afrontando una tortura insoportable.

La poca experiencia de Lisette en aquellos menesteres hacía que aquella hazaña resultara una provocación. Él inspiró profundamente y cerró los ojos.

–Ya he acabado –anunció.

–De eso nada –dijo él abriendo un ojo–. No hemos hecho más que empezar.

Nada de lo que hizo se lo esperaba. En vez de colocarla sobre su erección, la estimuló con su dedo pulgar. Estaba empapada.

–Estoy lista –murmuró, algo avergonzada de que sus partes más íntimas estuvieran tan expuestas.

–Deberías verte desde aquí. Eres pura perfección.

Ella cerró los ojos, incapaz de seguir observando sus grandes manos sobre su cuerpo. Estaba a punto de correrse y, para evitarlo, empezó a recitar mentalmente las tablas de multiplicar.

Jonathan no parecía tener prisa por pasar de los prolegómenos. Con ambos pulgares le separó sus pliegues más íntimos.

–Te deseo con locura, Lizzy.

Ella se puso de rodillas y trató de acelerar las cosas. Tomó su miembro erecto y lo dirigió hacia su sexo. Lentamente se colocó sobre él hasta que quedaron unidos. La sensación de plenitud era indescriptible. Jonathan hundió los dedos en su trasero con tanta fuerza, que estuvo segura de que al día siguiente tendría cardenales.

–Cabálgame, Lisette –le rogó.

Al principio se sintió cohibida, pero la reacción de Jonathan la animó. Cada vez que se deslizaba sobre él, encontraba nuevos puntos de placer.

–Jonathan... –dijo entre jadeos, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

Él tomó las riendas y ella se limitó a sentir y disfrutar. Cada vez que estaban juntos era novedosa y diferente. Esa noche, le proporcionó un placer aún más intenso, experimentando qué caricias la excitaban sin dejarla alcanzar el clímax.

Su autocontrol era absoluto.

Todavía llevaba el camisón puesto mientras que Jonathan estaba completamente desnudo. El tejido satinado sobre su torso musculoso

resultaba muy provocador.

–Eres mía, Lizzy –dijo y sus ojos ardientes se clavaron en los de ella.

Frunció el ceño. Aquellas palabras resultaban muy posesivas para un hombre que lo único que podía ofrecerle era su cuerpo, y de manera temporal.

–Lo mismo digo, Jonathan –afirmó, mirándolo con ojos entornados–. Lo quiero todo de ti. No me importa nadie más, solo tú.

Sus palabras lo conmovieron y soltó un gruñido. No había otra forma de describir el sonido que escapó de su garganta. Apoyó los pies en el colchón y empujó con fuerza para hundirse en ella.

Lisette se lanzó al precipicio que llevaba horas bordeando. El placer fue muy intenso, casi doloroso.

El orgasmo de Jonathan sacudió su cuerpo, dejándolo rígido y jadeando, y pareció durar una eternidad. Cuando se derrumbó sobre él, su marido tiró de las sábanas para cubrirlos.

–Duérmete –murmuró.

Lisette asintió y hundió el rostro en su cuello.

El lunes amaneció un día espléndido, aunque Lisette no vio el sol ni el cielo despejado hasta casi el mediodía. Jonathan la había despertado dos veces por la noche y estaba adormilada y dolorida.

Al ver que su marido no estaba en la cama a su lado, frunció el ceño. Antes de que se atusara el pelo, Jonathan apareció en la puerta con aspecto descansado. Ella, sin embargo, estaba hecha polvo.

Al ver su seductora sonrisa, tiró instintivamente de las sábanas. Necesitaba comer algo para recuperar fuerzas. ¿Serían así todas las lunas de miel?

Entonces reparó en que traía una bandeja con el desayuno.

–¿Puedo pedirte un favor? –preguntó cortésmente.

–Por supuesto.

–Dame cinco minutos para asearme y luego vuelve. Y para tu información, tal vez no tengamos suficiente café con una cafetera.

Su amante infatigable rio y, dándose media vuelta, desapareció. Ella aprovechó para ir al baño. Se puso un albornoz, se cepilló el pelo y se lavó la cara antes de volver al dormitorio.

Jonathan apareció justo cuando se sentaba en la cama. Se recostó en el

cabecero y esperó a que le pusiera la bandeja con el desayuno sobre el regazo.

–¿Quieres sentarte aquí conmigo? –preguntó ella, dando unas palmadas a su lado.

–Solo voy a tomar café. Tomé algo hace un rato. Parecías tan cansada que no quise despertarte.

–¿Y de quién es la culpa?

–Mía, solo mía.

A pesar de que ya había comido, no paró de robar algún que otro bocado. Comieron en silencio, con las ventanas abiertas, disfrutando de la brisa.

Lisette se quedó observando a su marido cuando pensó que no se daba cuenta. Se le veía joven, sano y fuerte. Era increíble que estuviera tan enfermo como le había dicho.

Tal vez todo se debiera al estrés. Allí en el Caribe y de vacaciones, no parecía estar teniendo dolores. Su pose era relajada y tenía buen color. En cuanto volvieran a Charleston, insistiría en que fuera a otro médico para tener otra opinión. Muchas veces se cometían errores. Era imposible que Jonathan se estuviera muriendo.

Cuando terminó de comer, Jonathan le retiró la bandeja y se tumbó a su lado, apoyando la cabeza en el brazo. Luego arqueó una ceja.

–Ah, ni hablar. Tenemos que recuperar fuerzas. Además, me prometiste unas vacaciones en el Caribe y apenas hemos visto nada.

–Yo he visto mucho –dijo sonriendo con picardía.

Lisette se levantó antes de dejarse llevar por la tentación y sacó un vestido de la maleta.

–¿Qué tienes pensado para hoy? Y no me refiero a sexo.

Jonathan fingió sentirse desilusionado, pero a la vista de que se había duchado y se había puesto unos pantalones y una camisa, era evidente que ya tenía pensado salir de excursión.

–Pensaba que podíamos ir a St. John's. Tenemos que comprarnos las alianzas.

Lisette se quedó de piedra.

–No hace falta, ¿no crees?

–Nos hemos dado tanta prisa en casarnos que he tenido que improvisar. No quiero que quede ninguna duda de que eres la esposa del presidente de la compañía.

–Supongo que tiene sentido –dijo ella, algo decepcionada.

Por su comentario, estaba claro que para él el acuerdo que tenían era algo práctico más que romántico.

Veinte minutos más tarde, iban en dirección a la capital. La ciudad, de algo más de veinte mil habitantes, era más cosmopolita de lo que Lisette había imaginado. Bancos internacionales y tiendas de marca se mezclaban con pequeñas tiendas de artesanía local. Las torres de la catedral dominaban el perfil de la ciudad.

Jonathan aparcó y la tomó de la mano al salir del coche.

–Mi amigo, el dueño de la casa, me ha dicho cuál es la mejor joyería. He llamado para avisar de que veníamos.

Dentro del pequeño establecimiento había vitrinas llenas de anillos, collares y relojes. En un rincón había una jaula con un loro y sonaba de fondo música calypso.

–¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Él asintió.

–Se supone que tengo que preguntar por Henry.

Un hombre gigantesco apareció de detrás de una cortina.

–Ese soy yo y supongo que ustedes son los Tarleton. Bienvenidos a Antigua.

–Gracias, soy Jonathan y ella es mi esposa Lisette. Nos hemos casado con prisas y no hemos tenido tiempo para comprar los anillos. Hemos venido a poner remedio.

–Excelente. Como pueden ver, tengo mucha variedad.

Mientras los hombres empezaban la búsqueda, Lisette acarició el anillo de su mano izquierda. No quería quitárselo. Se había casado con él y era especial para ella. Muy a su pesar, se lo quitó y lo guardó en su bolso.

Cuando se unió a los hombres junto a una vitrina al otro lado de la joyería, Henri había dispuesto varios modelos sobre un tapete de terciopelo rojo.

–¿Tú también vas a llevar alianza? –preguntó sorprendida al ver que todos los modelos iban a pares.

–Por supuesto. ¿Por qué no?

Se le ocurrían un montón de razones. Aquel no era un matrimonio de verdad. Solo pretendía proteger su compañía y ocultar su enfermedad. Por suerte, su pregunta era retórica y no hacía falta contestar.

–¿Ve algo que le guste, señora?

–Esos están bien –respondió Lisette señalando un par de sencillas alianzas plateadas.

Le resultaba una inmoralidad gastarse una fortuna en unos anillos.

–A mí también me gustan –asintió Jonathan.

–Excelente elección –dijo el joyero, ofreciéndole a Jonathan ambos anillos–. Son de platino.

Antes de que Lisette pudiera protestar, Jonathan tomó su mano y le deslizó en el dedo la alianza más pequeña. Le quedaba perfecta.

–¿Qué te parece? –preguntó sonriendo.

–Me encanta.

En vez de ofrecerle la otra alianza para que se la pusiera, él mismo se la colocó en el dedo.

–Estas están bien. Ahora, necesitamos echar un vistazo a los anillos de compromiso.

Lisette tiró de su brazo.

–¿Puedo hablar contigo en privado?

–¿Ahora mismo?

–Sí, ahora mismo.

Mientras Henry volvía a colocar las piezas descartadas en la vitrina, Lisette tiró de Jonathan hasta la puerta.

–No quiero un anillo de compromiso –dijo bajando la voz–. No creo que sea necesario dadas las circunstancias.

La mirada de Jonathan se volvió gélida. No estaba acostumbrado a que nadie contraviniera sus deseos.

–¿Qué circunstancias?

–No te hagas el tonto. Este matrimonio es por conveniencia. No tiene sentido gastar miles de dólares en un detalle meramente romántico.

Se había quedado de piedra. Aquel era el hombre que conocía, el ejecutivo imperturbable, el empresario implacable.

–¿Y la luna de miel?

Ella ladeó la cabeza, confundida.

–¿Qué pasa con la luna de miel?

–¿Dirías que ha sido real? –preguntó, bajando la vista a sus pechos–. Supongo que merece algún reconocimiento.

–Existe una palabra para cuando un hombre se acuesta con una mujer y se lo paga con regalos caros –dijo enfadada.

–Eres mi esposa, no una mujer cualquiera –replicó–. No sé por qué regalarte un diamante te parece mal.

–Prefiero tener un bebé que un anillo de diamantes.

De vuelta a la casilla de salida. Otra vez estaban discutiendo. Al parecer, solo estaban en perfecta armonía cuando se metían en la cama. Sentía un nudo en la garganta. No estaba enfadada con Jonathan sino consigo misma por caer en la trampa de pensar que aquello era auténtico. Bajó la cabeza para que no viera su angustia.

–De acuerdo, elige uno –murmuró Lisette.

Después de unos segundos, Jonathan maldijo entre dientes, se dio la vuelta y volvió con el joyero.

Lisette se negaba a tomar parte en aquello, así que se quedó donde estaba, fingiendo estar interesada en la colección de relojes. Si Henry estaba sorprendido por su indiferencia, no lo mostró. Quince minutos más tarde, Jonathan y él habían completado la transacción.

Fuera, el sol era cegador y Lisette se puso las gafas de sol.

–¿Podemos ir a comer? –preguntó ella–. Me está entrando hambre.

–Todavía no –dijo y sin previo aviso, hincó una rodilla en el suelo y la tomó de la mano–. Lisette Stanhope, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Capítulo Catorce

Jonathan sabía que se había metido en un problema. Sin querer, había causado dolor a su esposa y estaba dispuesto a hacer el ridículo con tal de devolverle la sonrisa. Ansiaba un hijo y él disfrutaría dándoselo, pero algo lo detenía. No le parecía justo que se enfrentara sola a la maternidad.

Lisette tiró de su brazo.

–Levántate, por el amor de Dios. Nos está mirando todo el mundo.

Se puso de pie, pero continuó sosteniendo el anillo en su mano.

–Te he hecho una pregunta, Lizzy. Dime que te casarás conmigo.

–Ya estamos casados. Esto es ridículo.

–¿Cuándo es tu cumpleaños?

–Fue hace tres semanas, ¿recuerdas? Me tomé el día libre y pasé el día en Savannah con una amiga.

–Ah, sí –replicó tomándola de la mano–. Entonces, considéralo un regalo de cumpleaños. No habría sido adecuado viniendo de tu jefe, pero ahora sí –dijo y, antes de que pudiera protestar, le deslizó el anillo en el dedo–. Feliz aniversario de dos días, señora Tarleton. Por muchos más.

Lisette vio el anillo y se quedó muy sorprendida. Jonathan había elegido una piedra impresionante, de corte esmeralda y tres quilates.

–¿Te gusta? –preguntó él–. Si no te gusta, podemos cambiarlo por otro. Quería que tuvieras algo tan bonito como tú.

Lisette lo rodeó por el cuello.

–¿Cómo es posible que esté a punto de matarte y al minuto me muera por besarte?

–No es fácil lo que estamos haciendo –contestó estrechándola contra su pecho–. Me embarqué en esta aventura sin pensarlo demasiado. Pero ya verás como salimos adelante, te lo prometo.

Ella lo besó dulcemente.

–Siento haber sido tan gruñona. Gracias por el anillo.

Cada vez que la tomaba entre sus brazos la deseaba.

La tregua duró toda la comida. Encontraron un restaurante junto al mar y cenaron marisco y ensalada. Lisette se tomó una copa de vino. Jonathan reparó en cómo le brillaban los ojos de felicidad.

Entonces, sin previo aviso, la verdad lo sacudió como un tsunami: estaba enamorado de su esposa. Sentía el corazón rebotando en las costillas. Aquello no formaba parte del acuerdo. De repente, dejar embarazada a Lisette le parecía lo más lógico del mundo. La necesitaba tanto como la deseaba.

Como no le podía dar amor eterno, tal vez dándole un bebé era la mejor manera de demostrarle lo mucho que le importaba.

–¿Estás bien? –preguntó ella tocándole la mano.

Incluso el inocente roce de sus dedos le hizo estremecerse.

–Lo siento. Estaba dando vueltas a un asunto.

–Espero que no fuera de trabajo –dijo Lisette haciendo una mueca–. Ya nos ocuparemos de lo que haga falta dentro de unos días.

–Tienes razón. ¿Te he contado ya que mi amigo tiene un barco? Pensaba que podíamos salir a dar una vuelta.

–Me encantaría. Ahora entiendo por qué insististe en que trajéramos la bolsa de la playa.

Su entusiasmo era contagioso.

–Quería sorprenderte, pero no sabía si te gusta practicar el nudismo.

Dejaron el jeep aparcado a la sombra, en una calle tranquila, y caminaron hasta el puerto. Al cabo de un rato, abandonaban el puerto hacia mar abierto. Lisette se recogió el pelo bajo un sombrero. Se había sentado en la proa, mirando hacia el horizonte.

–Será mejor que te lo sujetes o se te volará.

Cuando la embarcación tomó velocidad, fue como si volaran sobre el agua. Durante media hora estuvieron bordeando la costa y disfrutando de una nueva perspectiva de Antigua y sus playas. Jonathan detuvo el motor y dejó que las olas balancearan el barco.

Lisette se volvió.

–¿Vas a echar el ancla?

–No, es demasiado profundo. Pero aquí estamos bien. ¿Quieres beber algo? Protégete del sol, te estás quemando la nariz.

Se dirigió a la popa del barco dando tumbos y de repente una ola bañó la cubierta.

–¿Cómo que protégete del sol? ¿Qué es esto, una nueva forma de tontear? Nunca he tenido sexo en un barco.

–Siéntate –dijo dándole una botella de agua–. Puedo dejarme convencer, pero te advierto que la parte de abajo es muy estrecha.

Lisette vació la botella y apoyó la cabeza en el respaldo del banco.

–Me gustaría una vida así –dijo cerrando los ojos, con expresión soñadora.

Se quedó mirándola fijamente y reparó en cómo la brisa agitaba el vestido de encaje blanco que llevaba.

–Nunca sé qué me gusta más, si la emoción de la velocidad o el reto de luchar contra el viento.

–Los veleros son preciosos –comentó ella mirando hacia el puerto–. Pero seguramente me confundiría de cabo y acabaría cayéndome al agua.

Lisette se levantó, se acercó a él y lo rodeó por la cintura con sus brazos.

–Nunca permitiría que eso te pasara, Lizzy.

Inclinó la cabeza y la besó lentamente, dejándose llevar por la excitación y la tranquilidad de una tarde de verano.

No había nubes en el horizonte. La única tormenta que se avecinaba era la que tendría que afrontar personalmente. Cada vez que la abrazaba de aquella manera, deseaba luchar por un futuro, pero ¿qué sentido tenía? Tratar de evitar lo inevitable solo les causaría dolor.

Era mejor mantener el rumbo que había elegido, disfrutar de cada día al máximo mientras pudiera. Y si nacía un bebé de ese amor, quizá un hijo pudiera ser un mejor legado que una compañía de transportes.

Cuando Lisette bajó al baño, Jonathan se quedó mirando al mar. A su cabeza vino el recuerdo de cuando Hartley y él tenían quince años y pensaban que podían comerse el mundo. Un amigo les había dejado su velero aquella tarde. Los dos chicos eran marineros experimentados, pero había surgido una tormenta de pronto y el océano se había convertido en una bestia. A duras penas habían conseguido volver al puerto. Si Hartley no hubiera estado a su lado, habría muerto.

Ahora iba a morir y no iba a estar su hermano a su lado. El dolor del pecho le provocaba un sabor agridulce. Seguir enfadado era agotador y no llevaba a ninguna parte. Hacía meses que había apartado a Hartley de su vida. Ya no tenía hermano.

Cuando Lisette apareció, trató de contener la melancolía.

–He echado un vistazo abajo. No está tan mal.

–Te escucho.

Había mantenido el barco en la misma orientación, encendiendo el motor de vez en cuando para corregir la posición. Pero no pasaría nada por dejarlo a la deriva.

Lisette se quitó el vestido y la parte superior de su biquini.

–¿Un polvo rapidito para aguantar hasta que lleguemos a la casa?

Su sonrisa desafiante era adorable. ¿De verdad pensaba que iba a poner alguna objeción? La vista de sus pechos turgentes completamente desnudos le dejaba la boca seca.

Apagó el motor y bloqueó el timón.

–Cinco minutos –dijo mirando el horizonte–. Ahora mismo estamos solos y no hay peligro a la vista. Cuidado al bajar los escalones. Estoy justo detrás de ti.

Lizzy rio cuando, al desnudarse, Jonathan se golpeó el codo con un armario. El dolor se extendió por su brazo, pero permaneció impasible.

Ella se quitó la parte inferior del biquini y se metió a toda prisa en el camarote más cercano.

–Date prisa. Has dicho cinco minutos.

La velocidad no iba a ser un problema. De repente, Jonathan apretó el mentón y dio una patada al catre.

–¿Qué pasa? –preguntó Lisette sorprendida.

–No tengo preservativos, maldita sea.

–Vaya.

Tiró de la colcha para cubrirse y trató de disimular su decepción con una sonrisa tímida.

–Entonces esperaremos, no importa.

Estaba librando una batalla consigo mismo. No podía decirle lo que sentía. Su amor no sería más que una carga. Solo había una cosa que podía hacer y era darle el bebé que tanto deseaba. Le dolía el alma solo de pensar que no conocería a su propio hijo, aunque más le dolía no poder amar a Lizzy como se merecía.

–¿Jonathan? –dijo incorporándose.

–¿Todavía quieres quedarte embarazada?

Ella palideció unos instantes antes de sonrojarse.

–¿Hablas en serio?

Dejó caer los brazos y apretó los puños.

–Completamente.

–Sí, Jonathan –contestó con una sonrisa radiante.

–Entonces, hagámoslo.

Su mundo se tambaleó. El tiempo pareció detenerse. Se tumbó al lado de ella, analizando la situación. Cuando deslizó un dedo por su sexo, estaba lista para él. El espacio en el catre era estrecho y no tenía muchas opciones, así que optó por colocarse sobre su amante y penetrarla.

–Santo Cielo –susurró él.

Ella le apartó el pelo húmedo de la frente con una suave caricia.

–¿Qué pasa, Jonathan?

Él la besó en la sien, en la nariz, en los labios...

–Nunca he estado con una mujer así, sin protección.

La mirada de Lisette reflejaba la misma ilusión que él sentía.

–Eso me gusta –le confesó ella–, pero ya sabes que será necesario más de una vez.

–Tendremos que seguir intentándolo.

Le acarició la espalda y le clavó las uñas cuando se hundió en ella. Su gemido lo excitó aún más. Sin la barrera física del preservativo, se sintió arrastrado a un abismo de placer del que tal vez nunca pudiera regresar a la superficie.

El orgasmo lo sacudió con fuerza y duró una eternidad hasta vaciarse completamente. Luego, se desplomó sobre su esposa. Vagamente recordaba haberla oído correrse.

Ambos estaban cubiertos de sudor. El graznido de una gaviota a lo lejos lo devolvió a la realidad.

Se sintió apesadumbrado. Amaba a su esposa y no quería renunciar a ella. ¿Cómo decirle adiós? ¿Cómo pensar que algún día, otro hombre disfrutara de la vida que debía haber sido suya? No podía soportar la idea de perder todo lo que le importaba.

Se tumbó de lado y le acarició la mejilla. Luego, jugueteó con su ombligo.

–Debería subir para asegurarme de que todo está bien en cubierta.

Ella asintió.

–Pues mientras tú haces eso, yo me quedaré aquí deleitándome con el recuerdo.

–De acuerdo, mocosa.

Tomó su camiseta y su bañador, y muy a su pesar la dejó y subió los escalones de dos en dos.

Todo seguía igual, el mar moviéndose bajo el casco y el sol brillando con la misma fuerza. Pero para Jonathan, la vida había dado un giro. Iba a luchar. Buscaría otros tratamientos y rezaría para que su esposa se enamorara de él.

Quería decírselo a Lizzy, darle las gracias por rescatarlo de la desesperación y demostrarle que quería que aquel matrimonio fuera auténtico. Pero algo lo detenía.

No tenía sentido darle falsas esperanzas a Lisette. Ambos se llevarían un gran disgusto si no había posibilidad de que se recuperara.

Encendió el motor y miró el radar. Estaban en una zona profunda; no había de qué preocuparse.

Cuando Lisette se unió a él, su sonrisa era indescifrable. Si acaso, parecía moderadamente satisfecha. Pensándolo bien, era una buena descripción de cómo se sentía él en aquel momento.

–¿Tenemos combustible suficiente?

–Sí, ¿por qué? –contestó mirando el indicador.

Ella suspiró y apoyó la cabeza en su hombro, a la vez que lo tomaba del brazo.

–Quiero sentir la velocidad otra vez.

–Agárrate a la barandilla –dijo Jonathan alzando la voz para hacerse oír sobre el rugido del motor–. No quiero perderte.

–No vas a perderme, Jonathan Tarleton –comentó y se volvió con expresión divertida–. Seré tuya hasta la última puesta de sol. Pongámonos en marcha. A ver si consigues hacerme gritar.

El doble sentido de la frase le hizo reír.

–Acepto el reto.

Cuando estuvo seguro de que estaba agarrada, aceleró. Sabía muy bien hasta dónde podía llegar. Los ojos le escocían a pesar de las gafas de sol y el viento golpeaba su rostro.

–¿Más? –le preguntó a gritos.

Ella asintió, alzó una mano y señaló al cielo. Si por él fuera, llevaría a Lizzy más allá del horizonte en busca de un final feliz. En vez de eso, hizo lo único que podía, hacerla sentir como si volaran.

El combustible se agotaba y decidió que era hora de volver.

De repente sintió un dolor punzante detrás de su ojo derecho y se le nubló la vista.

«Por favor, ahora no».

Sujetó con fuerza el timón, incapaz de ver.

–Lizzy, necesito que vuelvas aquí.

–Estoy bien –replicó ella agitando la mano en el aire.

Jonathan sintió la espalda sudorosa. El dolor le provocaba náuseas.

«Vamos, piensa».

Lentamente tomó una botella de agua y la abrió. Trató de dar un sorbo, pero su estómago se revolvió, así que se la echó por el cuello. El corazón le latía desbocado.

Estaban lejos de la costa, demasiado lejos.

Alzó la voz por segunda vez.

–Lizzy, necesito que vuelvas aquí ahora, por favor.

Capítulo Quince

Lisette volvió la cabeza, asustada. El estómago se le encogió. Por el tono de voz de Jonathan supo que algo no iba bien. Se levantó y corrió a su lado.

–¿Qué ocurre? –preguntó, entrando en pánico al ver su palidez.

–Me pasa algo en el ojo derecho –contestó él temblando.

–¿Te duele?

–Sí, y no veo por ese lado.

Ella se quitó las gafas y las dejó en el cuadro de mandos.

–Dame la mano –dijo hablándole como si fuera un niño asustado–.

Siéntate, Jonathan.

Él obedeció y se dejó caer en el banco.

–Tendrás que llevarnos de vuelta. Te ayudaré a pilotar el barco.

–Me da igual el barco –gritó ella con lágrimas en los ojos–. Dime que llevas la medicación contigo.

–Sí, en mi cartera hay dos pastillas, necesito tomarme una. Me las dio el médico por si acaso.

Las manos le temblaban mientras revisaba los bolsillos del cortavientos en busca de su cartera. No podía soportar ver a Jonathan sufriendo.

Por fin encontró las pastillas y abrió el envoltorio. Luego le dio una y le ofreció agua. Él se tomó la medicina, haciendo una mueca de dolor.

–¿Te encuentras mal, verdad?

–Un poco –mintió.

¿Qué harían si la pastilla no le hacía efecto?

–Quédate quieto unos minutos.

–Está bien.

Jonathan se deslizó hasta quedar tumbado de espaldas y se cubrió los ojos con un brazo. El toldo los protegía del sol. Lisette se dio cuenta de que el

motor seguía encendido al ralentí. En vez de preguntarle a Jonathan, estudió el cuadro de mandos hasta dar con el botón apropiado para apagarlo. El barco se mecía en las olas en medio de aquella inmensidad azul.

–¿Quieres que llame para pedir ayuda?

–No.

A pesar de no encontrarse bien, resultaba muy varonil. Tenía una pierna extendida en el asiento y con el otro pie estaba tocando el suelo. Lisette se arrodilló a su lado y apoyó la mejilla en su brazo.

–Tómame el tiempo que necesites. No tenemos prisa.

Le acarició el pelo y notó que le temblaba la mano. Los minutos fueron pasando: cinco, diez, treinta... En otras circunstancias, el mecer de las olas le habría resultado relajante. Pero en aquella situación tenía el estómago hecho un nudo. Estaba muy asustada, pero no por ella, sino por Jonathan.

Al cabo de un rato se incorporó y se sentó. Su rostro había recuperado ligeramente el color y ya no parecía que se fuera a desmayar. Cuando puso ambos pies en el suelo, ella apoyó las manos en sus rodillas.

–Mírame, Jonathan, y no me mientas. ¿Te duele mucho la cabeza?

–Es soportable.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

–Está bien. Dime qué tengo que hacer.

Lentamente se irguió.

–Estaré a tu lado. Vamos a tomárnoslo con calma. Esta aguja tiene que estar entre estas dos líneas. La parte más difícil es la entraba al puerto. Va a estar concurrida.

–No pasa nada. Siempre he querido aprender a conducir un barco.

–Un barco no se «conduce».

–Lo que sea. Anda, vuelve a tumbarte y descansa.

Aunque estaban a pocas millas de la costa, a la velocidad que iba Lisette, iban a tardar más de media hora en llegar.

Jonathan permaneció erguido todo el camino, sentado a escasos centímetros de ella. Su presencia le daba la seguridad que tanto necesitaba.

Una vez llegaron a la entrada del puerto, Lisette redujo la velocidad y se aferró al timón.

–Lo estás haciendo muy bien.

Al llegar a la zona del muelle donde el barco tenía el amarre, se fue

poniendo nerviosa.

–Espero que tu amigo tenga seguro. Esto es peor que aparcar en paralelo.

–Te ayudaré –dijo Jonathan–, todo irá bien.

Se puso de pie y murmuró algo. Ella lo miró asustada.

–¿Qué te pasa?

–Me cuesta distinguir las distancias. Tendremos que dejarnos llevar a la deriva. Los chicos del muelle nos sujetarán.

Lisette consiguió acercar el barco al muelle y Jonathan lanzó un cabo. Su primer intento acabó en el agua, pero al segundo lo consiguió. Cuando Jonathan apagó el motor, Lisette dejó escapar un suspiro.

–Nunca más.

–Lo has hecho muy bien –la felicitó y le dio un beso.

Cuando se agachó para recoger sus cosas, ella puso los ojos en blanco.

–Deja que yo me ocupe –dijo ella, tomándolo del codo para levantarlo.

–Lisette, estoy bien.

La frialdad de su voz era prueba de que volvía a ser el jefe, pero era evidente que no estaba bien. Sabía que lo peor para él había sido perder el control. Trató de hacer que se sentara, pero como desoía sus intentos, se colocó delante de él y lo miró fijamente.

–Te voy a decir lo que vamos a hacer, grandullón. Vamos a ir caminando lentamente hasta el coche y yo conduciré de vuelta a la villa. Después, tendremos una cena relajada y pensaremos una estrategia.

–¿Para qué necesitamos una estrategia? Si insistes en que descanse, pasemos el día de mañana en la piscina. Problema resuelto.

–La luna de miel se ha terminado, Jonathan. Volvemos a casa en cuanto consiga que ese lujoso avión venga a recogernos. Puede que necesite tu ayuda para ello.

Jonathan recogió el cesto de paja y le hizo un gesto para que lo precediera.

–Tú primero y dale la mano a alguien al desembarcar. El barco puede moverse inesperadamente.

Contuvo la respiración hasta que Jonathan estuvo en tierra firme, por supuesto que sin reclamar ayuda para desembarcar.

El calor de la tarde era abrasador. La distancia al coche parecía haberse multiplicado. Creía que habían aparcado más cerca del agua. Jonathan caminaba a su lado, en silencio. Quiso preguntarle cómo se sentía, pero corría el riesgo de que le arrancara la cabeza.

Cuando por fin llegaron al coche, puso una toalla en el asiento del conductor para evitar quemarse el trasero con el cuero caliente. Jonathan se sentó con cuidado en el asiento del pasajero. Le daba la impresión de que estaba evitando hacer movimientos bruscos con la cabeza.

Una vez en la villa, aparcó el jeep y se volvió para mirarlo.

—Por favor, Jonathan, vete directamente a la habitación. Hablaré con la doncella para que nos prepare la cena. Luego iré a verte y hablaremos.

Él asintió. Había vuelto a palidecer.

Cuando media hora después fue a su habitación, lo encontró tumbado en la cama, boca abajo, como si hubiera desfallecido. Susurró su nombre. Al ver que no obtenía respuesta, comprobó si respiraba. El pánico que había logrado controlar un rato antes, volvió a asaltarla. Quizá fuera el principio del fin.

Tomó ropa limpia, se fue al baño y cerró la puerta. Luego, se metió en la ducha y lloró. Jonathan se había casado con ella porque necesitaba a alguien tranquilo y competente a su lado. Tenía que encontrar la manera de superar su dolor y ser la mujer que necesitaba.

Cuando volvió a la habitación, tenía los ojos hinchados. Con un poco de suerte, Jonathan no se daría cuenta. Esta vez lo encontró tumbado de espaldas, mirando al techo.

Aunque parecía imposible dadas las circunstancias, lo deseaba. Necesitaba su contacto físico para asegurarse de que no lo estaba perdiendo todavía. El día había sido aterrador a la vez que clarificador. Jonathan había sido una parte importante de su vida durante años. Ahora era su marido. Lo que le pasara iba a afectar a todas las facetas de su existencia.

Se metió en la cama y se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en el borde de la almohada. Al instante, él la rodeó con su brazo, pero permaneció en silencio.

Cuando encontró fuerzas para hablar, no le vio sentido a seguir con aquel juego.

—¿Te das cuenta de que tenemos que volver a casa, verdad?

—Lo sé.

La entonación de aquellas dos palabras podía enmascarar rabia o desesperación.

—Deberíamos llamar a tu hermana y a tu cuñado y pedirles que cenén con nosotros mañana. Mazie se va a dar cuenta de que pasa algo cuando se entere de que hemos vuelto antes de lo previsto. Será mejor que se lo expliquemos

cara a cara.

–Por eso me casé contigo –dijo él–. Eres la voz de la sabiduría.

–No pareces muy contento. Ese comentario me ha sonado sarcástico.

–¿Cuánto queda para cenar?

–Media hora.

–Iré a darme una ducha y nos encontraremos en la terraza.

–Acabaré de arreglarme en el cuarto de invitados –dijo ella.

–Como quieras –replicó él–. Me daré prisa.

Jonathan estaba siendo un imbécil. Aunque era consciente de su comportamiento, no parecía poder hacer nada para evitarlo. Quería esconderse del mundo, en especial de Lisette.

El episodio de ese día había supuesto un duro golpe para él. Pensaba que tenía tiempo, pensaba que las cosas se pondrían feas al final. Pero al parecer, se había negado a aceptar la realidad.

Lisette quería un hijo y tal vez habían creado una nueva vida ese mismo día, pero si no era así, tal vez fuera lo mejor. Se le estaba acabando el tiempo. Poco a poco, su futuro con Lisette se le escapaba de las manos, provocándole un pesar muy doloroso.

Aunque lo último que le apetecía era disfrutar de una cena romántica, no podía dejar sola a su esposa en plena luna de miel. Además, había quedado en reunirse con ella.

Durante la cena, observó que Lisette se tomó tres copas de vino. No era él el único que había pasado un mal día. Seguramente se había llevado un gran susto, pero había mantenido la calma y había hecho lo que debía.

Esa noche, parecía un ángel. Llevaba un vestido en color melocotón y el pelo recogido en un moño, dejando al descubierto la suave piel de su nuca.

La amaba y hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto la quería. La idea de perderla le provocaba una avalancha de sentimientos que no estaba dispuesto a revelar.

¿Le desearía de la misma manera? ¿Habría cambiado su opinión de él?

Comió lo justo para no ser descortés y picoteó de su postre. El sorbete de mango sobre galleta estaba delicioso, a pesar de que había perdido el apetito junto con su fe en el futuro.

La doncella estuvo yendo y viniendo, llevando y recogiendo platos. Sus

continuas interrupciones sirvieron para justificar la falta de conversación entre los recién casados. Pero una vez terminaron de cenar, el silencio se alargó.

Jonathan sentía que aumentaba el peso de la carga que soportaba: su esposa, su compañía, su hermana, su padre... ¿Cómo se resolvería todo? ¿Aparecería Hartley y se haría cargo? Los motivos de su hermano para desaparecer seguían siendo un misterio.

Jonathan no debería haberle pedido a Lisette que lo ayudara. No se merecía aquello. Necesitaba a su lado un hombre íntegro que le diera hijos, un hogar y una vida feliz.

Se levantó bruscamente y dejó la servilleta en la mesa.

–Me voy a dar un paseo –anunció–. No me esperes levantada.

Le había dolido que su marido hubiera rechazado su compañía. Jonathan la estaba apartando de su lado.

Se refugió en el cuarto de invitados al otro lado del pasillo. La sensación de vacío no la abandonaba. Se puso el camisón que se había comprado para la luna de miel y se sentó en la cama, se recostó en el cabecero y empezó a leer la novela que había llevado. Después de leer tres veces el mismo párrafo, desistió.

Tomó su teléfono móvil y a punto estuvo de caérsele cuando empezó a sonar. Era un número desconocido, pero por el prefijo era de la zona de Charleston, así que contestó.

–¿Hola?

Después de unos segundos, escuchó una voz masculina al otro lado.

–Lisette, soy Hartley Tarleton, el hermano de Jonathan.

–¿Por qué me llamas? ¿Cómo has conseguido mi número?

Llevaba trabajando en Tarleton Shipping desde antes de que Hartley desapareciera, así que lo conocía.

–Me lo ha dado Mazie. Escucha, Lisette. Necesito saber de Jonathan. Está en apuros, ¿verdad? Cuéntame qué está pasando. Mazie me ha dicho que está enfermo.

–¿Por qué piensas que está en apuros?

–Somos hermanos gemelos. Entre nosotros hay un vínculo especial. Necesito saber.

–No deberías haberme llamado –dijo, tratando de mostrarse tranquila a pesar de que por dentro temblaba–. Pregúntale a tu hermana.

–Ya lo he hecho, maldita sea. Mazie me ha contado algo, pero me ha dicho que tú eres la que sabe todo lo que le está pasando a mi hermano.

–Se equivoca. Tu hermano es una persona muy reservada. ¿Acaso se te ha olvidado?

–No se me ha olvidado nada.

–Voy a colgar –susurró–. Jonathan se enfadará si se entera de que he estado hablando contigo. No sé qué le hiciste para que se sienta tan dolido.

Se hizo un silencio. Lisette podía oír su respiración al otro lado de la línea.

–Jonathan no es el único que se siente herido, Lisette. Piénsalo. Y si tienes corazón, prométeme que me avisarás si las cosas se ponen feas. Me gustaría estar con él. Por favor.

–No puedo prometértelo.

–Le quiero.

–Yo también –replicó Lisette sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

–Guarda mi número.

Sabía que no debía hacerlo, pero sentía una gran empatía hacia el hermano de Jonathan.

–Lo haré, pero es todo lo que puedo prometerte, Hartley. Lo siento.

Apretó el botón rojo y terminó la llamada antes de que pudiera arrepentirse.

Capítulo Dieciséis

La adrenalina y el estrés del día habían dejado huella en Lisette. Después de la extraña llamada de Hartley, se quedó dormida al momento, aunque estuvo muy inquieta.

Poco después de la una de la madrugada, un sonido la despertó.

–Soy yo, Lizzy –susurró Jonathan tomándola en brazos–. Siento haber sido tan imbécil. No puedo dormir contigo –añadió mientras la llevaba su habitación.

Ella se acurrucó contra él y una sensación de alivio invadió su cuerpo.

–No me ignores.

Quería decirle que lo amaba, pero se contuvo.

–Lo intentaré.

–¿Estás bien?

Le había pedido que no le preguntara por su salud, pero necesitaba saber cómo estaba.

Después de unos segundos de pausa, la besó en la frente y la dejó suavemente sobre la cama. Luego, se tumbó a su lado y suspiró.

–Estoy bien.

Ella se incorporó, apoyándose en un codo, y le acarició el pelo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba completamente desnudo.

–¿De verdad?

–De verdad.

Su expresión era indescifrable. La única luz provenía de la luz encendida del cuarto de baño.

–¿Ya has pedido que venga a recogernos el avión privado?

–Tenemos que estar en el aeropuerto antes de las diez y media.

–Entonces nos queda esta noche.

Quería que Jonathan recordara aquellas últimas horas juntos. Cuando volvieran a Charleston, no soportaría que la apartara de su lado. Quería hacerle entender que eran un equipo.

Se apoyó en una mano y lamió su pezón. Con la otra, le acarició el torso.

–Me gusta tu cuerpo –murmuró.

Jonathan se estremeció cuando sintió que acariciaba su erección. Trató de colocarse sobre ella, pero se lo impidió.

–Déjame hacer esto, lo estoy deseando. Por favor...

Él cerró los ojos y todo su cuerpo se puso rígido. Lisette le pasó la lengua por la punta de su erección y comenzó a dibujar círculos, excitándose aún más cuando lo oyó gemir. Allí en su habitación, lograba traspasar sus barreras. En la oscuridad de la noche, le permitía conocer sus deseos, sus necesidades. Tal vez aún le ocultaba sus pensamientos y siempre lo haría, pero al menos allí eran libres para conocerse plenamente.

A pesar de lo tarde que era, Lisette quería alargar el placer. Jonathan no podía soportar seguir haciéndose el sumiso. Maldijo entre dientes y soltó un puñetazo en las sábanas.

–Ya está bien –dijo, quitándole el camisón–. Tumbate de espaldas. Quiero contemplarte.

–No he cambiado. Mi cuerpo sigue siendo el mismo.

–En eso te equivocas –replicó él negando con la cabeza–. Cada vez que te tomo, me deslumbras. Tienes un cuerpo suave y cálido, perfecto, aunque no es lo mejor de ti. Eres inteligente, divertida y fuerte, aunque todo eso no es nada en comparación con tu gran corazón.

Se quedó boquiabierta. Nunca le había oído hablar con tanta ternura, y sus ojos se empañaron.

–Qué cosas más bonitas dices.

–Es la verdad –dijo rodeándole un pecho con la mano–. Ahora, aun a riesgo de estropear lo que acabo de decir, voy a hacerte mía sin piedad porque llevo horas deseándote y me voy a morir como no te haga el amor enseguida.

Sabía que era una forma de hablar, pero no pudo evitar sentir un nudo en la garganta.

–Yo también te deseo con locura, Jonathan Tarleton –dijo y lo besó–. Soy toda tuya.

Sentía tanto alivio que se sentía aturdido. Lizzy estaba siendo mucho más generosa de lo que él habría sido en su lugar. Su empatía le hacía desear ser mejor persona.

A pesar de lo excitado que estaba, se obligó a esperar. Quería demostrarle lo mucho que significaba para él sin necesidad de decírselo con palabras. Después de colocarle una almohada más debajo de la cabeza, se dedicó a darle placer hasta que ninguno de los dos fue capaz de soportarlo más. Saboreó cada centímetro de su cuerpo, descubriendo cada uno de sus rincones.

Continuó estimulándola, llevándola al borde del éxtasis, pero conteniendo lo que ambos tanto deseaban.

Cuando pronunció su nombre entre jadeos y lo rodeó por el cuello, Jonathan supo que el momento había llegado. Se colocó entre sus muslos y dirigió la punta de su miembro hacia su sexo.

–Mírame mientras te penetro.

Sus pupilas se dilataron. Llevaba tanto tiempo besándola que tenía los labios hinchados. Lisette bajó la vista para contemplar cómo sus cuerpos se unían y lentamente asintió.

–Sí, Jonathan.

La penetró lentamente. Cada centímetro que avanzaba era una tortura. Su cuerpo se aferró al suyo. Su conexión era más que física.

Cuando se hundió en ella completamente, vaciló. Estaba soportando casi todo su peso con los brazos.

–¿Lizzy?

–¿Sí?

Su expresión era relajada, abierta. ¿Era amor lo que veía en ella? Quería que así fuera. Deseaba creer que Lizzy estaba con él porque lo quería, no porque él la necesitara. Llevaba tanto tiempo encerrado en sí mismo, que se había convertido en una costumbre. Deseaba su amor. Una sensación de pánico lo invadió. Temía ser débil, temía fallarla y dejarla sola.

–Nada, no es nada –murmuró–. Puede esperar.

Salió y volvió a hundirse en ella, provocando un delirio en ambos. No supo si estuvo horas o minutos cabalgándola, disfrutando de cómo sus músculos internos se aferraban a él como si no quisieran dejarlo marchar. La sensación resultaba exquisita y dolorosa a la vez. Su cuerpo se estremeció y finalmente

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

estalló de placer. Lizzy también se corrió. La oyó gritar y lo rodeó con sus piernas por la cintura, ofreciéndole su cuerpo hasta la última sacudida.

Cuando todo acabó, el cansancio lo venció. Se durmió al instante, mientras sus cuerpos seguían entrelazados.

Capítulo Diecisiete

El viaje de regreso a Charleston fue tan tranquilo y relajado que Jonathan deseó haberse quedado toda la semana en Antigua. Se sentía perfectamente, pero ya era demasiado tarde.

El único contratiempo fue que tuvieron que esperar más de una hora para despegar del aeropuerto de St. John's, así que llegaron por la tarde a Charleston, a la casa de la playa.

Tampoco era un gran inconveniente. El padre de Jonathan se había ido de viaje con sus amigos a jugar al golf. Aunque ya apenas jugaba, disfrutaba de la compañía.

Había tenido que llamar al ama de llaves y a la cocinera interrumpiendo sus días libres, pero ya la compensaría. En aquel momento, se afanaban en tener preparada la cena a las seis.

Jonathan y Lisette llegaban con el tiempo justo. Habían dormido en el avión y habían disfrutado de un vuelo agradable, pero había mucho tráfico en las inmediaciones del aeropuerto. Seguramente llegarían a la vez que Mazie y J.B.

Lisette sacó un peine y un cepillo y empezó a arreglarse el pelo.

–Relájate, estás muy guapa. Es solo mi hermana.

–Claro, lo dices porque tú no tienes estos pelos de loca.

Jonathan sonrió a pesar de que tenía el corazón encogido. Temía el momento de contarles a Mazie y a J.B. lo que había pasado en Antigua.

Al final, los dos coches coincidieron en la verja. Aparcaron y Jonathan respiró hondo.

–Dejemos el equipaje aquí. Ya lo recogeremos más tarde.

Lisette asintió y le apretó la mano para darle ánimos.

–Todo saldrá bien. Es mejor contar la verdad que andarse con secretos.

No estaba del todo convencido, pero no le quedaba otra opción.

Se bajaron del coche y, después de los saludos, subieron la escalera. Dentro de la casa, un aroma delicioso los recibió. Apenas habían tomado algo en el avión y el estómago de Jonathan rugió, haciendo reír a todos.

Mazie sonrió a Lisette.

–¿Ha comido algo en Antigua?

–Ya conoces a tu hermano –respondió Lisette haciendo una mueca.

Siguiendo la sugerencia del ama de llaves, enseguida se dirigieron al comedor. Fue una cena deliciosa, teniendo en cuenta además que la habían organizado con tan poco tiempo. Se sirvieron vieiras salteadas, ensalada de espinacas y una tarta de fresas de postre.

Mazie soportó con mucha paciencia la charla sobre temas insustanciales, pero en cuanto retiraron los últimos platos, clavó la mirada en su hermano y se cruzó de brazos.

–Muy bien, hermanito. Ahora vas a contarme qué pasa. ¿Por qué habéis vuelto antes de vuestra luna de miel?

Lisette sintió lástima de Jonathan. Se había quedado de piedra ante la pregunta tan directa de su hermana. Estaba segura de que si por él fuera, nadie se habría enterado de lo que le había pasado en el barco.

Al ver que su marido no decía nada, decidió intervenir.

–Tuvimos un incidente –dijo, tratando de restar importancia.

J.B. frunció el ceño.

–¿Qué clase de incidente?

Jonathan se quedó mirando por la ventana. La tensión se mascaba.

–Jonathan sufrió un dolor muy fuerte detrás del ojo derecho, que afectó su visión durante unas horas.

J.B. maldijo entre dientes. Mazie, como era de esperar, rompió a llorar.

Jonathan se levantó, rodeó la mesa y abrazó a su hermana por detrás.

–No te angusties, hermanita, ya estoy bien.

Lisette había tenido un día para hacerse a la idea de que podía empezar a perder facultades antes de lo esperado. Su hermana y su cuñado, no.

J.B. se puso de pie y empezó a dar vueltas por el comedor.

–¿Sabes que vas a tener que buscarte un conductor, verdad? No puedes correr riesgos.

Lisette esperaba una respuesta abrupta por parte de Jonathan, pero sonrió resignado.

–Lo sé. Ya nos ocuparemos de eso.

Antes de que ninguno pudiera decir nada más, apareció el ama de llaves en la puerta.

–Señor Tarleton, hay un coche en la entrada, un tal doctor Shapiro. Dice que necesita hablar con usted urgentemente.

Jonathan palideció.

–Que pase.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa. Entonces, Lisette cayó en la cuenta.

–¿No es tu médico, verdad? –le preguntó a Jonathan.

–No, no lo es. No sé qué querrá.

Una docena de alternativas se le cruzaron a Lisette por la cabeza, a cual peor. Tal vez el cáncer estaba más avanzado de lo que pensaban. Al fin y al cabo, el médico que trataba a Jonathan era generalista.

Cuando el ama de llaves apareció en el comedor acompañando al recién llegado, nadie dijo nada.

–Doctor Shapiro –dijo Jonathan tendiéndole la mano–. Creo que no nos conocemos. Soy Jonathan Tarleton, puede llamarme Jonathan.

–Soy el administrador del hospital. ¿Podemos hablar en privado, Jonathan? Es un asunto urgente.

–Ellos son mi familia. Pueden escuchar lo que tenga que decirme.

El médico parecía incómodo.

–Muy bien. Iré directamente al grano. No tienen cáncer, no tiene ningún tumor cerebral.

Todos contuvieron la respiración al oír aquello.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Jonathan.

–El jefe de radiología ha sido cesado y el colegio de médicos lo ha sancionado. Resulta que llevaba un par de años enganchado a medicamentos con receta y otras sustancias. Cada vez se ocupaba de más casos y nos dimos cuenta de que cometía errores en los informes.

–¿Así que no soy el único afectado?

–Hay varios pacientes afectados, pero ninguno con un pronóstico tan grave. Se ve que detrás había un interés económico. Cobraba de las compañías de seguro y de los pacientes. Ha estado inventándose informes. Su caso es uno más.

Mazie frunció el ceño.

–No lo entiendo. ¿Cómo pudo llegar a jefe de radiología en esas circunstancias?

–Era uno de los mejores médicos que teníamos, pero al parecer tenía algunos problemas. Su mujer lo abandonó hace tres años. Eso lo hundió en una espiral. Lo siento mucho.

Había algo que Lisette no acababa de encajar en aquello.

–Pero no ha venido a dar una buena noticia, ¿verdad? Por eso no está sonriendo.

El corazón le latía desbocado. Se acercó a Jonathan y le dio la mano. Tenía los dedos helados.

–Las últimas pruebas confirman que tiene un problema serio, pero no es nada de lo que le han dicho. Tiene un aneurisma cerebral y está creciendo lentamente. Por eso los dolores de cabeza van y vienen.

Mazie tomó la otra mano de su hermano.

–Pero tiene que haber cura. Eso es mejor que un cáncer.

El doctor Shapiro concentró toda su atención en Jonathan e ignoró a los demás.

–Hay que someterle a una intervención inmediatamente. Habrá que hacer algunas pruebas más porque ahora sabemos lo que buscamos, pero no podemos perder tiempo.

–¿A qué viene tanta prisa?

El hombre la miró unos segundos antes de volverse hacia Jonathan.

–Podría romperse en cualquier momento y, en el cuarenta por ciento de los casos, el resultado es mortal.

–Y si no es mortal, podría acabar en coma.

–Hay un riesgo real de lesiones neurológicas, por eso tenemos que operar enseguida. Me he tomado la libertad de contactar con un especialista de Emory, en Atlanta. Está dispuesto a venir. Usted es un hombre joven y sano, tiene un buen pronóstico. Y dadas las circunstancias, el hospital se hará cargo de todos los gastos que no cubra su seguro.

–Aquí el problema no es el dinero –dijo Jonathan frunciendo el ceño–, sino una negligencia.

Mazie dio un paso al frente. Se la veía tranquila y decidida. Le dio un beso a Jonathan y un abrazo a Lisette.

–Necesitáis tiempo para hablar, así que nos vamos. Te mandaré un mensaje mañana a primera hora. Si me necesitas, ya sabes dónde me tienes.

Después de que se fueran, el doctor Shapiro se volvió hacia Jonathan.

–Me gustaría verle en mi despacho mañana a las diez. Estudiaremos todas las opciones. ¿Alguna pregunta?

–No –contestó negando con la cabeza–. Allí estaré.

Lisette estrechó la mano del hombre.

–Gracias por venir en persona.

El ama de llaves acompañó al médico a la puerta. Jonathan empezó a dar vueltas por el comedor, furioso.

–Claro que tenía que venir en persona. Va a caerles una lluvia de demandas. Está tratando de evitar males mayores.

–Eso no ayuda –dijo Lisette.

–¿Sabes qué me vendría bien?

–¿El qué?

–Sexo con mi esposa.

Jonathan disfrutaba haciéndola sonrojarse.

–Si de verdad te apetece...

–Estoy bien. Venga, saquemos las cosas del coche y metámonos en la cama.

Cuando volvieron con el equipaje, el ama de llaves y la cocinera habían terminado en la cocina. Las mujeres se despidieron y Jonathan echó la llave a la puerta.

Estaba tratando de comportarse con normalidad. La razón por la que Lisette se había convertido en su esposa había desaparecido. Ya no tendría que pasar meses viendo su salud deteriorarse.

O se recuperaba o se moría.

¿Debería decirle que la amaba, que quería dejarla embarazada y formar una familia? ¿Qué diría ella? Sus pensamientos más íntimos seguían siendo un misterio para él. Sabía que sentía algo por él. Tenía un gran corazón. Pero si se operaba y sobrevivía, ¿querría quedarse a su lado?

Se sentía animado. Ya no se enfrentaba a una condena a muerte. Tenía posibilidades de recuperarse completamente. Por primera vez en mucho tiempo, estaba esperanzado.

Subieron la escalera y a medio camino pensó que aquella volvía a ser una primera noche para ellos. Lisette nunca había dormido con él en la casa de la

playa.

Al llegar a su habitación se detuvo en seco y resopló. Le había encargado a la ayudante del ama de llaves y a su hija que recogieran las cosas de Lisette de su piso y las llevaran a su nueva residencia. Era evidente que pensaban que tenían toda la semana por delante y Jonathan se había olvidado de avisarles del cambio de planes.

Había montones de ropa de Lisette apilada sobre su cama.

–No te preocupes –dijo ella dejando su maleta en el suelo–. Lo guardaremos todo y ya lo organizaré más tarde. No tardaremos ni quince minutos.

Tenía razón. Enseguida fueron despejando la cama y llevando las cosas al vestidor. Jonathan tenía los brazos largos y se fue animando a cargar cada vez con más ropa. En uno de los viajes, una funda de tintorería que llevaba se deslizó e hizo que se le cayera todo al suelo.

–Yo me ocupo de esto. Ve a deshacer tu maleta y prepárate para meterte en la cama.

Al recoger las perchas de dos en dos, un sobre cayó del bolsillo de una falda. Al recogerlo, vio que ponía su nombre. Era la letra de Lisette.

Abrió el sobre y leyó la cara. Se quedó helado. Había planeado dejarle, dejar Tarleton Shipping. Se fijó en la fecha. Aquella era la razón por la que la había encontrado aquel fatídico día. Mientras él trataba de asimilar su diagnóstico, ella había empezado a dar pasos para cambiar su vida.

A pesar del pretexto de necesitarla para mantener el funcionamiento de la compañía sin que se supiese que estaba enfermo, ahora sabía que le había pedido que se casara con él porque se había enamorado de ella. Había pensado que era posible que ella también sintiera algo por él y, durante la luna de miel se había convencido de que así era.

Después de acostarse la primera vez, había asumido que había aceptado su descabellada proposición para explorar la conexión que compartían y estar con él el tiempo que le quedara. Pero la verdad no era esa. Se había casado con él por lástima. Su corazón compasivo y su carácter generoso la habían llevado a aceptar ser su esposa a pesar de que el acuerdo era un inconveniente para ella.

Sintió náuseas. Si de verdad la amaba, tendría que dejarla marchar. Se había dedicado muchos años al cuidado de su madre. A juzgar por la carta, había estado a punto de construirse una vida propia y no quería que

renunciara a nada por él.

Era incapaz de procesar aquel nuevo detalle después de todo lo que había pasado ese día, así que se guardó la carta en el bolsillo. Ya se ocuparía de ello más tarde, cuando supiera qué decirle.

Cuando salió del baño con una camiseta de tirantes y la braguita del bikini, su sonrisa derritió el hielo que se había instalado en su corazón.

–Gracias por acabar de recoger –dijo ella.

–De nada –contestó Jonathan sintiendo que su cuerpo se tensaba–. Voy a darme una ducha rápida y te veré bajo las sábanas.

–¿No crees que debemos hablar de mañana y de lo que te ha dicho el médico? –preguntó ella, borrando la sonrisa de sus labios–. Te has llevado una sorpresa.

Dos sorpresas, se dijo recordando la carta.

–Siendo sincero, prefiero tener sexo y luego dormirme junto a mi esposa. Ya llegará mañana. No soporto tantas malas noticias.

Justo en aquel momento sonó el teléfono de Lisette, que estaba en la cómoda. Como él estaba más cerca, lo tomó para pasárselo. Al ver la pantalla, sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago. Era Hartley Tarleton.

–¿Por qué demonios te llama mi hermano?

Lisette dejó caer el brazo que había extendido y se puso pálida.

–Puedo explicártelo.

Él apretó el botón para rechazar la llamada. El silencio era ensordecedor.

–No, no creo que puedas.

La sensación de traición le produjo una angustia mayor que la que sintió al nublársele la vista en el barco. Lisette sabía lo que pensaba de Hartley. Todos en su familia lo sabían.

–Incluí su número en mi lista de contactos para no contestarle.

–Invéntate otra cosa.

Sentía los brazos y las piernas entumecidos. ¿Estaría teniendo un infarto? Primero, las noticias del doctor Shapiro. Luego, la ilusión de que tal vez sus sueños finalmente se hicieran realidad. Después la carta y entonces eso.

Lisette levantó la barbilla.

–Ayer me llamó. Me dijo que sabía que te pasaba algo, que siempre ha habido entre vosotros esa conexión que tienen algunos hermanos gemelos. Le dije que no hablaba contigo de esas cosas. Te prometo que no le conté nada.

Colgué en cuanto pude.

–Entiendo.

Se quedó dándole vueltas a lo que acababa de decirle. Tal vez Lisette estaba vinculada a Hartley de alguna manera y él había sido tan estúpido como para firmar un acuerdo prenupcial dándole mucho más de lo que Hartley había robado a la compañía. ¿Qué demonios estaba pasando?

Su esposa se quedó mirándolo. Unas lágrimas rodaban por sus mejillas.

–Es verdad, te lo prometo –dijo y tragó saliva–. Te quiero, Jonathan. Déjame ayudarte, no me apartes de tu lado.

–No necesito ayuda.

Ya no sabía qué creer. Aun así, daba igual si tenía algo que ver con Hartley. Tenía que dejarla libre. No podía permitir que sacrificara su vida por la de él. Si la única manera de apartarla de su lado era siendo cruel, lo haría, por mucho que le doliera.

–¿Te acuerdas de esto? –le preguntó, sacando la carta del bolsillo.

–Oh, Dios.

Jonathan dejó su carta de dimisión en la cómoda.

–Me voy a un hotel. Cuando vuelva mañana, quiero que te hayas ido.

–Sé que todo ha cambiado –dijo Lisette lívida–. Pero te casaste conmigo para proteger la compañía. No hace falta que nos precipitemos. Pensemos bien las cosas.

–La razón por la que me casé contigo ya no existe. Si muero en la operación, mi hermana se hará cargo de la compañía. Si sobrevivo, la vida continuará. Ya no hay sitio para ti.

–Te he dicho que te quiero, tienes que creerme.

–Ahora mismo no sé qué creer. Nada en mi vida es lo que parece. Voy a rescindir nuestro acuerdo, Lisette –dijo y tomó su carta de dimisión–. Siéntete libre para «buscar otras oportunidades» y «afrentar nuevos desafíos». Me da igual –mintió–. De la felicidad de tu futuro no es una cosa de la que tenga que preocuparme. Eso te corresponde a ti.

Escuchó aquellas palabras frías y cortantes abandonar sus labios y vio cómo daban en el blanco. Lisette temblaba tanto que sus dientes castañeaban.

–Ya te he dicho que te quiero –repitió–. Quiero estar contigo cuando te operen, por favor, Jonathan.

–No.

–¿Acaso quieres el divorcio?

Nunca tendrían un hijo, y eso era lo peor de todo.

–Eso sería lo mejor, pero ya nos ocuparemos de los detalles después de la operación. Al fin y al cabo, puede que todo este asunto se resuelva solo si me revienta la cabeza.

–No digas eso.

–Ya has oído al doctor, el cuarenta por ciento de los casos acaban mal. A la vista de la suerte que tengo últimamente, no me atrevería a hacer ninguna apuesta.

–Por favor, ven a la cama conmigo. Te sentirás mejor por la mañana.

El muro que había estado conteniendo todo el dolor y el arrepentimiento se vino abajo. No era suya y nunca lo sería.

–Gracias, Lizzy, pero no. Hemos acabado.

Cuatro días después de que Jonathan Tarleton la echara de su casa, Lisette paseaba por los pasillos de la zona de quirófanos del hospital, esperando. No estaba sola. Mazie y J.B. también estaban allí, tratando de convencerse mutuamente de que Jonathan saldría de aquella.

Estaba nerviosa. Muy cerca de ella, un cirujano perforaba el cráneo de su marido. Había intentado informarse acerca de la intervención, pero los detalles eran tan aterradores que había preferido seguir en la ignorancia.

Como Jonathan se había mostrado firme en su intención de excluirla, se había visto obligada a contarle todo a Mazie. Por suerte, la amabilidad de J.B. y Mazie la estaban ayudando a soportar su dolor. Aun así, en cuanto Jonathan recuperara la conciencia, no podría seguir allí.

Cuanto más pensaba en ello, más decidida estaba a ignorar su decisión. Al fin y al cabo, Jonathan era solo una mitad de la pareja. Tenía derecho a luchar por él y lo haría. En Antigua, había rozado la felicidad. Quería recuperarla aunque tuviera que darle un golpe en la cabeza para hacerle reaccionar. La amaba y así se lo había hecho saber con su cuerpo una y otra vez.

Por fin terminó la operación y llevaron a Jonathan a la unidad de cuidados intensivos.

Los ojos llorosos de Mazie transmitían alivio.

–Tú primero. Todavía está inconsciente, pero te quedarás más tranquila.

–Gracias –dijo Lisette y le dio un abrazo.

Entró en el cubículo y sintió que se le partía el corazón una vez más. Se le

veía desamparado. Le habían afeitado una parte de la cabeza y una venda blanca cubría la herida. Acercó una silla a la cama y le tomó la mano.

–Jonathan, soy Lizzy, tu esposa. Sé que lo nuestro ha sido una farsa, pero no sabes cuánto deseaba que fuera real. Creo que te amo desde siempre. Cuando pensé que ibas a morir, no sabía cómo iba a poder seguir viviendo. Decidí pasar contigo el tiempo que te quedara. Ahora estás enfadado y dolido, y no sé qué hacer. Si puedes oírme, por favor, escúchame. Eres mío, cabezota. Te adoro y estoy segura de que tú también me quieres. Quiero tener hijos contigo y compartir el futuro, así que no voy a dejarte escapar.

Quería decir más, pero las lágrimas se lo impidieron. Mazie había sido muy generosa al concederle esos minutos, pero ella y J.B. también estarían deseando verlo.

Cuando estuvo lista para irse, se secó la cara y se puso de pie. A su alrededor, todo eran máquinas emitiendo pitidos. Jonathan seguía inmóvil. Todavía no estaba fuera de peligro.

Allí mismo decidió luchar. Debía tener paciencia y ayudarle a ver la verdad. Iba a tener que emplearse a fondo para que admitiera que la amaba.

Hizo acopio de toda la fuerza que pudo reunir y salió del hospital, pero no de su vida.

Capítulo Dieciocho

Un mes más tarde

Jonathan se presentó delante de la puerta del piso de Lisette y llamó con los nudillos. Su recuperación se le había hecho eterna y había tenido que superar algunos obstáculos por el camino. Aquel era el primer día que le permitían ponerse detrás del volante de un coche y solo porque le había dicho a su hermana que necesitaba ver a su esposa.

Cuando Lisette abrió la puerta, se quedó absorto al verla. Estaba algo demacrada y su mirada era de cautela. No parecía sorprendida. Tal vez Mazie la había avisado de su visita.

–Pasa –dijo haciéndose a un lado.

Al cruzar la puerta, se sorprendió al ver cajas apiladas en un rincón.

–¿Te vas? Pensé que te gustaba vivir aquí.

Lisette se sentó en un sillón y le hizo un gesto para que también se sentara.

–Me mudo a Savannah. Tengo tres entrevistas de trabajo la semana que viene.

No salía de su asombro, pero ¿qué esperaba después de lo desagradable que había sido con ella? Su anuncio lo había dejado sin palabras.

–El anillo de compromiso y la alianza están en los estuches. Tu abogada me mandó los papeles para anular nuestro acuerdo. Lo he firmado todo. Lo único que tienes que hacer es firmarlos tú. He recogido mis cosas de la oficina y he devuelto las llaves. Si me he olvidado de algo, mándame un mensaje.

–No puedes anular el acuerdo sin mi consentimiento.

–Parece ser que sí. El acuerdo se basaba en un diagnóstico de cáncer terminal. Al no existir ya ese supuesto, lo demás queda descartado. Tu

abogada estuvo de acuerdo, háblalo con ella.

–¿Y la indemnización por rescisión de tu contrato con Tarleton Shipping?

–He presentado mi carta de dimisión. No tengo derecho a indemnización alguna.

–Lo siento, Lizzy –dijo aferrándose a los reposabrazos del sillón–, lo siento mucho. La noche que volvimos de la luna de miel fue la peor de mi vida, incluso peor que el día que me dijeron que tenía cáncer. No estaba en mis cabales, por favor, perdóname.

–No hay nada que perdonar –replicó bajando la vista a la alfombra–. Estabas en estado de shock, es comprensible.

–Te quiero –dijo desesperado.

–Tengo que decirte que he hablado con Hartley un montón de veces estas últimas semanas. Ha estado muy preocupado por ti y pensé que debía saberlo todo.

–No sé por qué mi hermano hizo lo que hizo, pero no tiene sentido seguir dándole vueltas. Ver la muerte de cerca hace que las prioridades cambien.

–Me alegro de que pienses así. Espero que os reconciliéis algún día.

–¿Me has oído? –preguntó Jonathan con voz quebrada–. Te he dicho que te quiero.

Ella sacudió la cabeza.

–Has tenido muchas oportunidades de decírmelo a lo largo de estos años y nunca lo has hecho. Ni siquiera en nuestra luna de miel. Lo que te gusta es el sexo conmigo, lo sé, pero son dos cosas diferentes.

–De veras que te quiero. La única razón por la que no te lo he dicho antes es porque pensé que sufrirías más cuando muriera.

–Es una teoría interesante –afirmó con una sonrisa irónica–. Eres un hombre muy reservado, Jonathan. No dejas que nadie se te acerque. Ni siquiera contaste a tu familia que tenías cáncer. Querías resolverlo tú solo. La persona que mejor te conoce es tu hermano gemelo y ahora, lo has excluido de tu vida también.

–Te pedí ayuda.

–Solo porque me considerabas alguien imparcial. Necesitabas que fuera una intermediaria entre tú y el mundo.

–No es cierto –dijo y se pasó la mano por la cicatriz de la cabeza–. Bueno, es lo que te dije y tal vez incluso lo creía. Pero en Antigua llegué a conocerte mejor. Ya no era tu jefe, era tu amante. ¿Te acuerdas del día en el barco?

–Claro que me acuerdo. Fue el momento en que más disfruté hasta que pasó lo que pasó. No sé a qué recordarlo ahora. Podías haber muerto delante de mis ojos. Nunca había pasado tanto miedo.

–A mí tampoco se me olvida. Te observaba en la proa del barco, riendo, tan guapa y feliz. Fue entonces cuando me di cuenta de que te amaba. Me creas o no, en ese momento decidí que cuando volviéramos a casa haría un último intento desesperado por encontrar un tratamiento –añadió y se volvió para mirarla–. Quería luchar, Lizzy, porque me había dado cuenta de que te amaba. Cuando el doctor Shapiro nos contó la verdad, pensé que teníamos una oportunidad.

–Pero encontraste mi carta.

–Fue el peor momento en todos los sentidos. Acababa de admitir que te amaba y de repente me di cuenta de que estabas sacrificando tu vida por mí. Quería liberarte, así que traté de alejarte.

Se acababa de sincerar, le había abierto su corazón, pero ella permanecía impassible. Tal vez era una estrategia que había aprendido de él.

–Di algo –le pidió.

–No importa –dijo suavemente, con los ojos llenos de lágrimas–. Recuerda la vida que llevabas antes de la operación, cómo disfrutabas trabajando bajo tensión y llevando el control de todo. Rara vez salías con alguien porque no tenías tiempo para una relación. Tenías el futuro planeado y eso te gustaba.

–Me gustaba porque te tenía a mi lado.

–Ya no puedo seguir siendo la misma. Las cosas han cambiado.

Jonathan cruzó la habitación en dos pasos y la obligó a ponerse de pie.

–Entonces, yo también cambiaré. Aquella noche que fui tan cruel contigo, dijiste que me amabas. ¿Ya no es así? ¿Es esa una de las cosas que ha cambiado por haber sido tan egoísta?

Lisette había perdido todo su coraje. Cuando Mazie la había avisado de que Jonathan iba a verla, se lo había tomado como un desafío personal. Estaba cansada de hacer sacrificios por otras personas, cansada de ocultar sus sentimientos.

Estaba llevando a cabo aquella artimaña para hacerle reaccionar, pero si las cosas no funcionaban, se convertiría en una realidad.

Había sufrido mucho durante el último mes. Primero, siguiendo su recuperación y luego, cuando lo mandaron a casa, imaginándoselo durmiendo en la cama que debía ser de los dos.

En aquel momento lo tenía delante de ella, diciendo y haciendo cosas que eran demasiado bonitas para ser realidad.

–Tal vez te ame, tal vez no, pero si estás aquí porque te sientes culpable, puedes volver a ser el que eras. Me merezco ser feliz. Quiero un hombre al que le preocupe más su esposa y su familia que tenerlo todo bajo control.

–Ese hombre ha desaparecido –dijo mirándola a los ojos–. En el hospital, tuve que aprender a aceptar que me ayudaran y a dar las gracias a los médicos por salvarme la vida. Creo que aprendí a ser humilde –añadió y se tomó un momento para acariciarle la mejilla–. Si me dices que no me amas, vas a tener que esforzarte para convencerme. Recuerdo cómo gritabas mi nombre cuando estaba dentro de ti. Todavía lo oigo en sueños.

Lisette sintió cómo la alegría y el temor se fundían en su corazón.

–Tengo un retraso de tres semanas –balbuceó–. Con eso no contabas.

Se quedó mirándola, tratando de asimilar sus palabras. Luego, le puso la mano en el vientre.

–Por supuesto que sí. Fue idea mía en el barco ese día, ¿recuerdas?

–Pero solo porque pensabas que me tendría que hacer cargo yo sola. Pensabas que ibas a morir.

–Te adoro, Lizzy Tarleton –afirmó apoyando la frente en la suya–. No hay nada que me apetezca más en este mundo que hacerte una docena de hijos y ser felices para siempre.

–¿De veras? –preguntó y se secó la mejilla en su hombro.

–Nos prometimos amor en lo bueno y en lo malo. Esa segunda parte ya la hemos superado, así que planeemos el futuro –dijo y tiró de ella para que se sentara sobre su regazo–. Deja ya de llorar, que me acabo de comprar esta camisa –bromeó.

Se inclinó y la besó. Lisette le rodeó con los brazos por el cuello.

–Te quiero, Jonathan –susurró–. Hace mucho tiempo que te quiero, pero...

–¿Pero? –preguntó alarmado.

–Creo que tres hijos serán suficientes.

–Ya veremos –replicó sonriendo.

Lisette sintió su erección contra su pierna y supo que la deseaba tanto como ella a él.

–¿Qué te parece si hacemos las paces? –preguntó ella, mordiéndose el labio de manera sugerente.

Jonathan esbozó una sonrisa pícaro.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

-Pensé que nunca me lo pedirías.